

ESTANTE 7
LÍNEA 6
NÚMERO DE LA OBRA 3
NÚMERO DE TOMOS 1

863(728.1)

C322N

1

18 cm.

130

650



NOBLEZA DE ALMA

NOVELA

63-29.274
COLECCION

— DE —

María Guadalupe Cartagena

PUBLICADAS

“LA PERLA DE LAS ANTILLAS”

“NOBLEZA DE ALMA”

EN PREPARACION:

“VOLUNTAD REBELDE”

“EL AMANECER”

“EL ANTIGUO PANAMA”

Imp. «La República»

Para la
Biblioteca Nacional

863
C 322 N
E. 19. 85

NOG 4845.

SIV

Palabras de la Autora

El orgullo y la vanidad es la peor enfermedad que puede adolecer la humanidad, que tanto y tanto daña en la vida; destruye el hogar, afecta a los negocios, extropea la dicha, empobrece la imaginación y entorpece toda idea de adelanto.

Sed discreto, honrado y amable, y tendréis adelantada una parte de felicidad en vuestra existencia.

La discreción debe ser la inseparable compañera de la mujer; la honradez es la estrella que guía la vida de todo hombre; la amabilidad es la que dulcifica los días aciagos de este amargo vivir.

Tratad de haceros necesario a la vida, no que ella te sea necesaria a tí; procurad haceros la vida agradable para vos y para los demás, contribuyendo así, con algo de vuestra parte en la existencia humana.

Maria Guadalupe Cartagena.

San Salvador, 1728.

En San Salvador

ERA una mañana tibia, bastante soleada, el aire puro y suavemente perfumado de las tempranas horas anunciaba un día espléndido. Mañana del mes de mayo que trae alegrías y felicidad, el perfume delicioso de las flores, el alegre canto de los pajarillos que saltan de rama en rama, esa alegría que comunica al alma de las personas una sensación de dicha.

En el barrio del Calvario, en una pequeña casita blanca, habitaba una señora de mediana edad en compañía de su única hija: una hermosa muchacha de 18 años, de cabellera castaña, abundante y rizada, ojos grandes, negros y expresivos, de una estatura casi regular. Era bella, con una belleza de fruta madura, lozana, fresca y agradable; era la alegría de su madre que la adoraba y veía en ella su único consuelo: del trabajo de ella vivían las dos. Carmen, que así se llamaba la muchacha, era una obrera que cosía en un buen taller de modas, y con el trabajo de sus manos ganaba la subsistencia.

Carmela, como cariñosamente la llamaba su madre, era una buena muchacha, cariñosa con su madre, agradable y generosa con sus amigas o compañeras de taller y un poco esquiva con los hombres. Tenía el raro don de comprender la gran distancia que la separaba de la alta sociedad, sabía comprender quién era y a qué clase pertenecía.

En la calle o en el taller veía a grandes damas elegantes y ricamente ataviadas, pero no por eso sentía envidia hacia ellas. Las compañeras le decían:—!«Oh Carmen!, eres tonta, pues yo te diré que me gustaría ser elegante y rica como aquella hermosa señora que se viste en nuestro taller. Hace dos días en ocasión que yo salía del taller, ella bajaba de su automóvil ¡ah qué auto! precioso, negrito y brillante como un espejo, tan chulo y tan grande que bien cabía yo con toda mi familia.»

Otra de las operarias dice:

—«Dichosa ella, que nunca camina a pie, porque yo creo que teniendo auto, no se echará a la calle así como nosotras, que caminamos siempre por nuestros pies, esas siempre andan arrastradas por las cuatro ruedas de sus autos, agregando con un suspiro ¡ay Dios! quién fuera ella!»

Carmen se ponía a canturrear una canción muy en moda y así terminaban las exclamaciones de las obreras.

Carmen era sumamente simpática, y su carácter suave y alegre le había captado el cariño de la señorita Rosa, dueña del taller «Montmartre» el taller de modas donde ella trabajaba, tenía varias amigas y una legión de admiradores, le gustaba el cine, al que iba algunos domingos y días de fiesta. Para Carmen, su mayor encanto era acariciar una perrita blanca que tenía por nombre «Mimi», un hermoso senzontle y una maceta de bien cuidados geranios rojos, que al verlos tan hermosos se notaba el cuidado de primorosas manos.

Carmen era feliz con su vida tranquila y pobre, no ambicionaba nada. Las delicadas sedas, finas batistas, preciosos encajes y elegantes adornos que a todas horas tenía entre sus manos no la tentaban a desear el lujo, que era la obsesión de algunas de sus compañeras de trabajo, que no podían soportar el que las damas distinguidas gastaran y derrocharan tanto dinero en chucherías elegantes, que adornan las grandes residencias y que para las pobres gentes son cosas sin ningún valor, tonterías, vejatorios sin ninguna gracia. La obrera, lo que más ambiciona es buenos trajes, lucir joyas y gozar libremente de la vida. Hay otras que aspiran más alto y desean ser co-

mo una señora del gran mundo, que visitan los Centros Sociales y, que a su paso, todos las saludan con atención y respeto, que en donde se presentan son acogidas con un murmullo de admiración por parte de aquellos que las cortejan-

Por la imaginación de Carmen nunca había pasado la idea del amor; había tratado a varios muchachos, ya obreros o empleados, que la cortejaban y ellos no creían cuando Josefa, la madre de Carmen, les decía: «Carmela nunca ha tenido novio por más que ya va pateando los dieciocho. Ella dice que no se casará sino con un hombre del que esté enamorada, aunque coma pan y cebolla, pero con amor: por que sin él ¿para qué se quiere el hogar? y ya verá usted que yo la quiero mucho y nunca le haré a la fuerza una cosa que ella no quiera».

La madre de Carmela decía la verdad, pues ésta así lo decía a todo aquel que le preguntaba si pensaba en casarse: hasta ahora no había amado a ningún hombre; tenía sí alguna predilección por uno que otro de los pocos amigos que tenía. Para ella el amor era algo sublime, algo grande y bello que a todos les es dado gozar, pero que no todos saben estimar y guardar; ella por su parte estaba dispuesta a consagrarse a un amor y no malgastarlo y repartirlo en pequeños lotes como hacían sus amigas; ella pensaba que se podría casar con el hombre que amara, pero no siempre suceden las cosas a medida de nuestros deseos, y en el corazón sencillo de la humilde muchacha no cabía un pensamiento oscuro, ni un mal fondo y creía que todas las muchachas que fracasan en la gran empresa de la vida eran por su propio gusto, deliberadamente, que ellas habían contribuido a su perdición, o no habían sabido guardarse debidamente, traspasando los límites que tiene trazados la libertad de la mujer. Aquel corazón bondadoso, sencillo y pobre de instrucción, sabía sentir hondamente, noblemente y con gran rectitud. Porque hay que convencerse, que en las personas humildes y de condición pobre se encuentra mucha grandeza de alma, pensamientos nobles y generosos, que tal vez en la alta sociedad no se encuentran y si los hay son tan raras veces, y en personas que sólo les sirven para hacer alarde de ellos, y no

los aprovechan ni saben sacar partido noblemente.

Si miráis al fondo de estas almas sencillas encontráis, sinceridad, abnegación, humildad, generosidad. Estas pobres gentes de cuna humilde, con un poco de instrucción y en otro ambiente llegarían a ser algo bueno, algo útil, porque en el barro, bajo la ciénaga del vicio se hallan corazones buenos y tal vez no corrompidos, pues han descendido hasta el vicio no por voluntad propia, sino por haber sido inducidas por otros, o por necesidad, por hambre, por ignorancia y por muchas otras causas. Pero si hubiera quién las levantara y les enseñara el buen camino no caerían tantas almas.

En el barrio de Concepción vivía un bueno y honrado muchacho que era mecánico, y vivía en compañía de su hermano: este mecánico, que tendría unos 25 años poco más o menos, llamábase Antonio. Este muchacho era trabajador honrado y puntual; alegre, un poco parrandero y un poquillo delicado, generoso y muy educado; sus jefes le tenían bastante consideración, la que causaba envidia a sus compañeros de oficio. Entre las mujeres tenía mucho partido por su generosidad, largueza y por su simpático aspecto. Era alto, de musculatura atlética, moreno y de facciones agradables. Cifraba sus más caras esperanzas en establecer un pequeño taller por su propia cuenta y trabajaba sin descanso para hacer el dinero suficiente para establecerse.

Así las cosas, cuando una mañana por casualidad fué llamado por su jefe y designado para ir a reparar una máquina perforadora del conocido taller «Montmartre» de la Señorita Rosa. Antonio vestía el burdo traje de trabajo, totalmente manchado de grasa. Con la gorra en una mano y el saco de fierros en la otra entró en el alegre taller, donde había una docena de muchachas, que al principio no notaron la presencia del mecánico, pero una de las que estaban más cerca de la máquina descompuesta, se fijó detenidamente en el muchacho y notó que no era feo, al contrario, ésta disimuladamente dió con el codo a su vecina para llamarle la atención respecto a Antonio, pero éste estaba sumamente ocupado en su trabajo y no se había fijado que era objeto de la atención de las modistillas.

Había entre ellas una simpaticona muchacha que capitaneaba a aquel pequeño batallón y a la que llamaban la Capitana, después de ser una de las mejores cortadoras; tenía el mejor sueldo de la casa, y se había enseñoreado y mandaba despóticamente en el taller, como una Reina. Tenía sus momentos buenos pero era envidiosa, exigente, brusca y delicada. Algunas veces era buena y hasta atenta, pero para con aquellas que sabían ganarse su voluntad con adulaciones: se llamaba Juana y para agradarla había que decirle: Juanita. Le gustaba echarse encima todo el dinero que ganaba; siempre vestía con decencia y de lo que más se ocupaba era de agradar a los hombres. Alta, elegante, de rasgos fisonómicos bastante buenos, amiga de todo lo novedoso y un poco coqueta, se valía siempre de sus artimañas y algunas veces lograba conseguir lo que deseaba, y jamás pasaba de los 25 años.

Al notar Juana la presencia del mecánico, se fijó en él y le llamó la atención la simpática cara del muchacho, y con paso gatuno fué acercándose a él y con insinuante sonrisa le pregunta qué tiene la máquina. Antonio levanta la cabeza creyendo que es la dueña del taller la que le habla, y así se lo pregunta; Juana hace un gesto y dice con presunción:

— «Soy la jefa de las oficialas »

Y con voz suave le pregunta :

— «De qué taller es usted?»

Y como él contestara diciendo que es mecánico electricista de uno de los más conocidos talleres de la ciudad. Juanita empieza a dirigirle miradas coquetonas y a dispararle frases encomiásticas sobre el trabajo que hacía; Antonio la mira y nota que no es fea y que tiene gestos propios de una señora y no de una simple modistilla. Ella lo nota, y para asegurar su mando en el taller, dice:

— «Carmen... venga a probar esta máquina y dígame si está conforme?»— Carmela viste un trajecito blanco muy sencillo, medias y zapatos también blancos, en el cabello cortado a la «Garconne», lleva enredados unos cuantos hilos de seda de varios colores, con que está bordando una elegante pechera. Se acerca a la máquina, se

sienta y sin levantar la vista la prueba; después, con voz dulce y levantando los ojos hasta el mecánico, dice:

—Está completamente bien y creo que ya no moles tará.

Juanita dice al mecánico:

—Si acaso molesta ya le llamaremos, pero por quién se debe preguntar al necesitarlo?

—Diga que necesita a Antonio, y con eso basta para que en el acto me tenga usted aquí.

Y despidiéndose de Juanita, salió; ésta se quedó pensativa, pues le había agradado el gesto varonil y la férrea musculatura del mecánico, que además era bastante simpático y educado.

Mientras Carmela ponía a prueba la máquina, Antonio no le quitaba la vista de encima. le había gustado la nuca morena pero redonda, la rodeaba un corto collar de cuentas de cristal azul, al levantar Carmela sus ojos hacia él, Antonio se quedó alhelado, admirando la esplendidez de aquellos ojos negros y expresivos y una diminuta boca roja, sin necesidad de ningún afeitte. A Carmela no la llamó mucho la atención el simpático muchacho. lo vió pero no se preocupó ni mucho, ni nada; era un muchacho como todos, y si se le hubiera preguntado si era guapo, ella no hubiera sabido qué contestar.

Pero muy distinto efecto hizo Carmela en el corazón de Antonio. que al salir del taller de la señorita Rosa, pensaba; que aquella linda muchacha estaba buena para lucir en otro lugar y no en un taller de modas, le pareció sumamente preciosa y buena, y que sería dichoso el hombre que ella amara, y se decía interiormente:

—Se llama Carmen... ¡qué bonito nombre! ella es un encanto, un pimpollito, un botoncito de rosa, y con toda seguridad ya debe tener novio o varios que se la pelean. ¡Qué diera yo por poder hacer amistad con ella!... esta tarde iré a esperarla a la salida del trabajo, y haré lo posible por hablarle... uno más que llega, no cre que le desagrada.»

Entre las varias obreras que tenía el taller Montmartre, había una muchacha delgada, alta, bastante morena, con el cabello negro y lacio: era envidiosa, mordaz, se en-

trometía en todo y vivía pendiente de los asuntos ajenos; después de estar adornada con todos estos defectos, hablaba hasta por los codos y era fea a más no poder. Se llamaba Laura y no hacía más que soñar despierta, y eternamente se le oía esta cantinela: « Si yo fuera rica, no haría la tontería de votar mi dinero en llevar trajes con mil adornos tan caros o más que los mismos vestidos, que los usan una vez y después los refunden en el fondo de un armario ¡habrase visto cosa igual! hacer un gran gasto y después tirarlo, ¡ah! si yo llego algún día a tener bastante dinero, ya sabrán Uds. quién soy yo! Todas estas señoras, que gastan un capital en plumas, cintas, encajes, flores, cuentas y la mar de tonterías, que para maldita la cosa que sirven, y ellas creen que van lindísimas, hermosas y elegantes y que no hay quien pueda con ellas, y si supieran las tontas que nosotras, con ser inferiores a ellas, sin tener los pistos que ellas gastan, ni tantas pinturas y afeites con que se embadurnan de los pies a la cabeza, siempre son la misma mica; y nosotras vamos más contentas que todas esas remilgadas, pues en solo platiconas y vueltecitas pasan el tiempo y se hacen viejas sin haber gozado, y luego tienen que mandarse hacer operaciones para parecer jóvenes; eso de darse masajes eléctricos, es la peor calamidad, ¿verdad que yo iba a consentir que un hombre me estuviera tentando la cara? ¡Vaya hombre! Eso había que ver . . . pues no señor, aunque se me aturre la cara y parezca un plisado de última moda no me dejo llenar de esas pastas, ni me pasen ese molnillo con que les alisan la cara a esas mariquitas de rechupete, como dice el almanaque de Bristol. Ahora con los famosos postizos, já . . . já, eso es gracioso, no pueden quitarse el sombrero porque se caen los colochitos que se ponen para que se vea que tienen una abundante cabellera. . . . pues yo estaría lucida (como dice la señorita Rosa), con unos pelos ajenos, me picaría mucho la cabeza y me nacerían unos toritos que me comerían viva, ¡ah! eso sería terrible, me pondría loca y me llevarían al Manicomio.»

Esta canción se repetía a diario y se hacía tan molesta esa muchacha, que en varias ocasiones Juanita tenía que llamarle la atención de este modo:

—«Laura por Dios, cállate que me vas a poner enferma de tanto oírte hablar sonseras: ya me estás mareando y luego tendré basca, como si fuera en un vapor, para los Estados Unidos.»

—«Sí Juanita, ya miro el vapor en que Ud. se va, y... oiga, ya se oye el pitazo anunciando que se va Ud.»

Pronto se verá la parte activa que en esta novela toma Laura y también Juanita que con su constante deseo de agrandar perjudica a nuestra protagonista principal, e inconscientemente se perjudica ella misma, con su maldad.

En la hermosa residencia de Silvia Alvarado, una linajuda dama, de la más alta aristocracia. Era divorciada de dos maridos, pero no se preocupaba por nada, ni por nadie, tenía un cuantioso capital del que disponía a sus anchas. Cuando se casó por primera vez, era una jovencita de 18 años, sumamente instruida y bella; tenían sus padres un magnífico capital y fué Silvia la única heredera. El novio poseía una regular suma de dinero y al unirlo al de su esposa, se hizo cuantioso.

Tuvieron un hijo al que pusieron el nombre de Roberto.

A los cuatro años de casados tuvieron una fuerte disputa y como Silvia tenía un carácter fuerte y delicado dijo a su marido: se fuera lejos, donde ella jamás supiera de él, y que su hijo no conociera al que tenía por padre, era un ingrato y falso como un sátiro.

El esposo trató varias veces de contentar a su esposa, pero ella jamás quiso dar oídos a los ruegos de los amigos del marido que como embajadores venían a ella a pedirle indultara la pena al esposo infiel. El señor de Lara que así se llamaba el distinguido español, esposo de Silvia, determinó esperar unos meses más, supo que su esposa se fué a vivir en compañía de sus padres, y pensando que ellos la convencerían a que perdonara a su esposo; mientras tanto el divorcio pedido por ella seguía su curso. Por fin el señor de Lara se cansó de esperar y se marchó para Europa allá murió seis meses después.

Silvia al saber la muerte de su marido, se sintió triste, arrepentida de negarle el perdón, pero su dolor no duró mucho tiempo y tan luego como pasó el luto se ocupó

de viajar. Después a su regreso al país frecuentó los círculos sociales en donde era muy atendida y apreciada. Le sobaban partidos que solicitaban su mano, pero ella no quiso aceptar ninguno y siguió por algunos años sin contraer nuevo matrimonio.

Dos años después, cuando su hijito ya pudo soportar un viaje por mar, se embarcó para New-York donde estuvo cerca de dos años. Después siguió para Europa donde permaneció más de seis meses para dejar a su hijo en un magnífico colegio de Suiza. Ella regresó a su país y vino a vivir en compañía de sus ancianos padres.

El pequeño cuando entró en el Colegio tenía apenas 8 años. Era muy vivo, inteligente y aplicado, poseía gran facilidad para los idiomas y las artes; además tenía un corazón bondadoso, sincero, nobles sentimientos, un poco comunicativo y bastante moral. Era tan juicioso para su corta edad que su madre dejó a su elección la carrera que debiera seguir. díjole al despedirse de él:

—«Elige hijo mío, la carrera que más te guste, y la que estés dispuesto a seguir.»

Cinco años después, estando Silvia en París, conoció á un simpático sporman que se enamoró de ella, él le contó su vida que no era más que una trama de mentiras, pues él vivía una vida Bohemia, no tenía un centavo y andaba a caza de una buena dote. La hermosa Silvia cayó, como tantas otras caen en las redes de un galante fascinador. El francés en los primeros años de matrimonio se portó bastante bien, pero poco a poco fué mostrando las uñas, como comunmente se dice, Gastaba a manos llenas, Silvia al principio no se preocupó por los gastos que su marido hacía, pues era él un parisién elegante y estaba acostumbrado a derrochar, pero cuando su apoderado le comunicó el estado de su capital, y que las rentas eran insuficientes para sufragar los inmensos gastos de ellos en París, Silvia regresó inmediatamente al país y se hizo cargo de sus negocios, y se dió cuenta de que su esposo le diezmaba su capital; descubrió que jugaba y jugaba fuertes cantidades, y como ella no lo había notado el capital se deslizaba ligeramente por una pendiente que terminaba en un profundo fozo, y como hábíale dado poderes, ahora

no podía recuperar lo perdido. Silvia inmediatamente retiró los poderes que había otorgado a su esposo, e hizo constar que ella no respondería por las deudas que su esposo contrajera. Esta fué una medida bastante severa, pero Silvia tenía mucho carácter y sabía velar por sus intereses y los de su hijo.

El marido de Silvia; al darse cuenta que estaba atado de pies y manos y lleno de deudas, pidió el divorcio, para conseguir con él que su esposa lo perdonara y volviera a dar los poderes; pero ella era una mujer decidida y cuando ella se proponía hacer algo, no descansaba hasta conseguir el fin deseado. Era de carácter sumamente rígido, delicado y no perdonaba jamás el engaño; aborrecía la mentira, apreciaba a la gente sincera, franca y leal; patrocinaba los buenos sentimientos, favorecía a las personas trabajadoras, era caritativa, generosa y amable con la gente pobre y necesitada. Los Asilos y Hospitales le debían su constante cooperación, pues ella siempre mandaba su óbolo, y de cuando en vez los visitaba, y era apreciada y acogida con cariño por parte de los directores de dichas casas de Beneficencia, y los muchos pobres a quienes ella favorecía.

Silvia no quiso permanecer un momento más casada con su segundo marido y firmó el divorcio; se quedó a vivir en compañía de sus ancianos padres, se entregó de lleno a la administración de sus bienes y a favorecer a los desvalidos.

Desde que murió su primer esposo Silvia se dedicó por completo a su hijito que contaba a lo sumo unos 4 años; primero a educarle el alma, a formarle el corazón con gran paciencia, un esmerado cuidado y especial gusto. Tenía un magnífico Beneficio de Café no muy lejos de la capital y allá en las colinas se levanta una bella casita, donde dispuso ir a pasar los meses de luto y llevar a su pequeño para que tuviera expansión y respirara aire puro y sano.

El muchacho era inteligente, y después de cursar los primeros estudios y hacer su bachillerato, eligió la carrera de Abogado, esa era la que más le gustaba y le atraía entre todas.

Tenía gran estimación por las letras, le agradaba la música, la pintura; tenía además mucha disposición por

la agricultura, los cultivos le llamaban la atención, las grandes plantaciones le halagaban y ya pensaba en las grandes mejoras que introduciría en sus inmensas propiedades cuando regresara a su país; llevaría maquinarias modernas y utilizaría todos los campos que creían inútiles, y enseñaría a sus empleados un nuevo sistema de trabajar, sin grandes gastos, con poca gente y con rapidez y utilidad. Y así se lo comunicó a su madre.

Pasaron los años con una lentitud asombrosa, para Silvia; quien no tenía otro pensamiento que su hijo, el pequeño y gracioso Roberto; como creía verlo todavía. Deseaba ardientemente verlo, pero no quería que viniera ni a pasar las vacaciones; pues sabía que si él venía alguna vez a su país antes de concluir sus estudios, ya no querría regresar, o por lo menos tomaría las costumbres del país y eso lo que no quería ella que sucediera; además conocía de sobra el carácter de su hijo: generoso, amistoso, comunicativo, y luego se haría de muchos amigos; y según la situación porque atravesaba la juventud del país, no era nada halagüeña pues los mejores muchachos, hijos de distinguidas familias se veían corromper en el vicio; complacerse en los más bajos placeres, después de perderse y arruinar su porvenir, labraban la desgracia de sus padres y hermanos, los capitales más fuertes se venían abajo y con el tiempo no quedaba más que los escombros de una honorable familia. Hay amistades que son nocivas, si para la mujer es peligrosa una mala amistad, para el hombre mucho más. La mujer tiene más alcance, más deducción, es más lista que el hombre, y muchas veces al borde del precipicio se detiene, se arrepiente y por fuerte que sea la tentación retrocede; pero el hombre jamás. Un hombre de carácter, de fuerza de voluntad fuerte y decidido no se detiene cuando está en la pendiente; busca lo desconocido, y cuando quiere algo no le arredran los peligros que pueda correr, y busca aunque sea en el fondo de un negro abismo: cuando corre no se detiene a tomar aliento y avanza hasta conseguir lo que se propone aunque sea a costa de su vida y de su capital. La juventud es así. . . . cree que el dinero no se agota nunca, y terminarse? ¡oh! eso es imposible. La juventud se ima-

gina que el dinero es cosa fácil de guardar y está muy equivocada; fácil puede ser conseguirlo, pero difícil de conservarlo. Aquí está la parte del asunto, difícil en su conservación se conoce la inteligencia y la aptitud de la persona.

.....
 Han pasado quince años como una sombra, como un velo que se corre, y aparece un paisaje distinto del anterior. ¡Quince años han pasado! dejando el recuerdo de imborrables días de gloria, de felicidad, o días borrascosos, noches lóbregas, y aparece el nuevo día, de ventura, de prosperidad; el tiempo que todo lo arregla ha cumplido su obra y trabaja ahora en una nueva cimiento, joven y ávida de ideales e ilusiones. Una moderna generación.

El tiempo pasó dejando apenas una pequeña huella en la vida de Silvia. Es una gran dama que en los elegantes salones descuella por su espléndida hermosura en toda su plenitud, y por la cuantiosa suma a que asciende su capital. Es alta, esbelta, elegante; un poco morena, de acciones correctas, de carácter agradable, tiene los ojos color de ámbar el cabello castaño obscuro: su conversación es amena es un poco delicada y bastante orgullosa. Viste con elegancia y luce joyas valiosas.

Silvia posee en la Avenida de Santa Tecla una lindísima quinta que se llama: «Quinta Las Roas» una bellísima residencia donde pasa el verano en compañía de algunas amigas, a Silvia le sobaban amigas de esas que les agrada estar invitadas en todas las casas grandes, señoras o jovencitas que buscan la compañía de señoras ricas y elegantes donde se puede gozar sin gastar nada de su bolsillo, y están en contacto con la sociedad elegante, y las solteras pueden conseguir un buen partido, aunque para ello tengan que mimar a la dueña de la casa. Esto es ahora muy común, muy corriente y en todos los sitios de paseo y diversiones se ven señoras acompañadas de muchachas bellas y distinguidas, pero pobres.

En la bella «Quinta las Rosas» hay inusitada alegría y por doquiera se ve gran animación, multitud de criados que van y vienen; puertas que se abren y se cierran, salas que se adornan, multitud de flores recién cortadas y ma-

nos ágiles que las colocan en grandes jarrones y floreros de plata y de bronce. Cortinajes de seda que barren el brillante piso o las finas esteras que adornan las puertas.

Este gran movimiento se debe a la pronta llegada del futuro heredero; como llaman a Roberto de Lara. Roberto regresaba a su país después de quince años de ausencia.

Dos años antes, en una Junta de Beneficencia, Silvia conoció a una linda muchacha que se interesaba mucho por los pobres. A Silvia le agradó, desde que la vió, y trató de hacer amistad con ella. Las constantes visitas y juntas benéficas fueron acercando la una a la otra, y luego se hicieron las mejores amigas. Silvia era buena y cariñosa y luego se ganó la confianza de la joven, que a pesar de la gran diferencia de edades que las separaba, fueron queriéndose mucho y la confianza reinó en aquella nueva amistad, que desde el principio se hizo sólida. Silvia descubrió en su joven amiga; un carácter dulce, suave, gran cariño hacia los niños, compasión por los pobres y abnegación por los desvalidos.

Poseía el poético nombre de Leonor; alta, de cuerpo proporcionado para la estatura, blanca con una blancura de perlas, el cabello castaño claro con reflejos dorados, y los ojos color de avellana; ojos bellos como los de una Asiática, sombreados por largas pestañas oscuras que daban una gracia incomparable al perfecto óvalo del semblante; graciosa con una gracia sugestiva que a su paso levantaba un murmullo de admiración,

Silvia llegó a tener tanto cariño a Leonor, que interiormente empezó a acariciar un pensamiento que con el tiempo llegó a ser una obsesión. Una vez que Leonor visitaba a su amiga, vió un retrato de un arrogante y guapo muchacho, y preguntó a Silvia quién era él.

— «Este guapo mozo es mi hijo.»

Díjole Silvia, y desde ese momento la conversación versó sobre él siempre que se hallaban juntas. Un día Silvia inició la conversación de esta manera:

— «Dígame Leonorcita. ¿Le gustaría a Ud. tener un novio como mi Roberto? ■

— «¡Oh, Silvia! eso no se pregunta. Desde luego:

2—N. de A.

pues con las cualidades de Roberto a cualquier muchacha le gustaría, y se enorgullecería de tener un novio como él. Roberto: vale la pena, y es un gran partido por todos conceptos.»

—«No hablemos de dinero. Mi hijo, Leonorcita, es desinteresado, es trabajador, y si no tuviera un centavo él hallaría modo de formarse un capital.»

Con mucha naturalidad pregunta Leonor:

—«Silvia ¿no ha pensado Ud. alguna vez, cómo quisiera que fuera la mujer que escogiera Roberto por esposa?»

—«Oh! Leonorcita, ya tengo pensado cuál es la muchacha que me gusta para novia de mi querido Roberto.»

—«Ah! pero no basta que a Ud le agrade una muchacha, para que la elija Roberto. Silvia, piense Ud. que puede que no tengan los mismos gustos con respecto a las mujeres, pues Ud. es una señora y él un hombre.»

—«Bien Leonorcita, en parte tiene razón Ud., pero no sabe que lo primero es: que Roberto me obedece en todo, que le he inculcado mis mismos pensamientos y gustos; lo segundo: que he elegido para Roberto, una lindísima muchacha, buena y cariñosa, que no creo que él pase cerca de ella sin que se enamore.»

—«Oiga, Silvia, no debiera ser yo la que hiciera ver a Ud. que, no se forme ilusiones con respecto a determinada persona, aún cuando ésta sea un segundo yo. Me parece Silvia, que Roberto debe quererla a Ud. demasiado para acomodar sus gustos a los de Ud.»

—«No sabe Leonorcita, ¡cómo me gusta oír la razonar de esta manera!

—«Piense Silvia, que la muchacha que Ud. ha elegido puede tener novio.»

—«Oh no:, por eso no me apuro, sé demasiado que ella no lo tiene.»

—«Pero puede tenerlo.»

—«Francamente Leonorcita. en eso no había pensado, y yo no contaba con la huésped. Pero eso no me desanima, no, todo lo contrario eso me estimula a seguir en mi empresa. Y créame Leonorcita, que saldré triunfante.»

—«Bien, si Ud. está segura, no digo nada, pero dígame ¿se podría saber el nombre de la elegida por Ud !»

—«Es un secreto Leonorcita,»

—«Aun para mí ?

—«Lo desea Ud. saber, querida mía»

—«Oh ! claro que sí, quisiera saber quién es a la que le cabe la dicha de ser la futura señora de De Lara.»

—«Bueno, le diré pero prométame que no dirá una palabra a nadie con respecto al particular, ni jamás decir el nombre de ella. ¿Me lo promete Ud. amiga mía?»

—«Sí, se lo prometo Silvia pues me pica la curiosidad de conocer el nombre de ella »

—«No se asombre al oír lo que le diré, pero es..... Leonor Delgado.»

—«Ah.....!»

Leonor se queda alucinada y cree que está soñando, no dando crédito a sus oídos y repite :

—«Leonor Delgado» se hunde en el mullido sillón y dice hablando con sigilo misma:

—«Pero será posible? no yo no creo que sea yo la muchacha que Silvia ha escogido para esposa de Roberto.»

Silvia se queda viendo el efecto que sus palabras hacen en Leonor, y gozando de antemano de la dicha que esperaba ver en el semblante de ella, dice luego:

—«Dígame Leonorcita ¿qué le parece mi idea, he acertado?»

—«Silvia ¿qué quiere Ud que yo le diga? que sería un sueño demasiado bello.—y sonriendo dice de nuevo:

—«Esto es una broma verdad Silvia? Oh! es Ud. graciosa y quería gozar un rato a costa mía, ¿no es así?»

—«Pero Leonorcita por Dios, ¿cómo se imagina Ud, por un momento siquiera, que yo me quiera divertir con Ud. ? de ninguna manera. no vaya a creer que yo embrome de este modo en el asunto tan delicado como es el que nos ocupa, y del que depende mi tranquilidad y la felicidad de mi querido Roberto »

—«Entonces Silvia Ud habla . . . Oh! por favor desengañeme, que la incertidumbre es terrible; no puedo creer que Ud. hable en serio, diga la verdad Silvia »

—Esta atrayéndosela cariñosamente hacia sí, le dice dulcemente:

—«Leonorcita no ha comprendido Ud que el gran ca-

riño que siento por Ud. es porque la deseo para mi nuera? Le describo el carácter y los gustos de mi hijo, constantemente le hablo de él y siempre trato de sorprender sus más íntimos pensamientos para saber si a Ud. le gustaría él, ¿qué mejor muchacha podía mi hijo encontrar, fuera de Ud.? Qué ha de desear en otra que Ud. no lo tenga? Ud. posee cualidades que muchas mujeres se sentirían orgullosas de tener. >

—“Silvia, Ud. siente gran cariño por mí, y eso es lo que la hace verme con buenos ojos y darme un mérito que no merezco, pues no valgo tanto.”

—“Oh; que modestia! no quiere reconocerse el mérito que tiene, Ud. sabe Leonorcita, que no me gusta adular; pero a Ud. la quiero tanto. que por eso le digo la verdad.”

“Bueno admitamos, por un momento, que yo sea la feliz elegida de Ud., pero ¿y si a Roberto no le agrado?”

—Por eso no se apene Leonorcita, mi hijo ya la conoce a Ud, demasiado, pues siempre le hablo de una amiguita que tengo, que es muy linda y buena y de la que yo deseo que él sea buen amigo al regresar. En mis cartas le describo detalladamente el carácter de Ud. y sus cualidades, así es que Roberto la conoce a Ud. tan bien como yo misma, talvez ya se interesa por Ud, más de lo que se puede imaginar. Ud. amiguita no conoce el corazón humano y no puede imaginarse cómo es, y por lo tanto no sabe Ud. la impresión que le causará a Roberto su presencia en esta casa y al lado de su madre.

—Por eso mismo Silvia, ¡ah. si yo estuviera segura del efecto que causaré en el ánimo de Roberto, no me apenaría! pero él no me conoce más que suscintamente, por cortas descripciones, no me conoce a fondo, y más que todo, mi cara nunca la ha visto, y después de estar cansado de ver bellezas a cada paso y que las tiene allí en la punta de la nariz, ¡Ya es de imaginarse el efecto que yo le cause!

--Bah!! Leonorcita, ¿por ventura no cree que es Ud, capaz de enamorar al hombre de gustos más refinados y exigentes? Yo sé que Ud. agradará a Roberto, pues él siempre me habla muy bien de Ud. en sus cartas.

—Hum... ..!!!.... Dígame Silvia ¿no ha pensado Ud. alguna vez que, en que Roberto tenga novia allá en Suiza?

—Desde luego, ya tengo previsto este punto del programa. Como Ud. comprenderá Leonorcita, que Roberto al venirse abandona todo cariño y amistad que allá tenga; aquello se termina, pues con la distancia que separa nuestro país con Europa, no creo que Roberto alimente ideas que no se realizarán jamás, y por consiguiente tendrá que olvidar lo que deje en Suiza, o en cualquier país de Europa.

—Bueno Silvia, no hablemos más del asunto, que todavía falta mucho tiempo para el regreso de Roberto.

Y como un conjuro a estas palabras, llega el correo, y viene una carta de Roberto. Silvia se vuelve loca al verla y una alegría efusiva llena por completo su rostro. Leonor para dejar que lea a su sabor la carta de su hijo, se retira a un extremo del salón y se ocupa de arreglar unas flores que aprisiona un precioso vaso de plata y cristal. Después de leer y releer la carta de su hijo, Silvia llama a Leonor y dice:

—Leonorcita ¡qué felicidad!... oiga, le voy a leer un párrafo de la carta de Roberto; “He cambiado de ideas mamá y te participo que aunque ya tenía un año de estudiar Derecho, me he arrepentido y he comprendido que yo no llegaría a ser un buen abogado; y para ser uno del montón (como decimos allí) es preferible no ser nada; o un gran jurisconsulto que dé mérito a mi país. o un simple particular, pues yo no quiero ser un insignificante *pica pleitos*. He reconocido que tengo mejores aptitudes para estudiar Agronomía; esta es una carrera ligera y de mucho provecho y puesto que yo tengo propiedades agrícolas es lo más natural que yo prefiera esta última. Te diré además, que ya me estoy cansando de estar tanto tiempo sin verte, y ya es justo que yo vaya a visitar mi país, pues casi no lo conozco. No sabes, ni puedes imaginarte los deseos que tengo de ir a ver a mi abuelito que me quiere tanto. En estas vacaciones tenía unos deseos locos de darte una sorpresa, y cuando tú estuvieras más descuidada me tendrías en esa, como llovido del cielo, pe-

ro me invitaron unos amigos a pasar unos días en Lucerna, y ya no fué posible hacer la escapatoria a mi país, Silvia deja de leer y dice muy satisfecha:

—Leonorcita, ¿qué me dice de esto?

—«Pienso que Roberto tiene razón de sobra de querer venir a su país, y es muy natural que Ud. y su abuelito le hagan mucha falta.»

—«Oh sí! lo comprendo, pero y ¿ese cambio de ideas respecto a su carrera no le dice algo a Ud.? no vé que desea acortar el tiempo de su estada allá y que no puede decirme claramente que desea conocer a Ud.? y por eso se vale del pretexto de querer visitar su país.»

—«Silvia, en lo que pienso es que así como cambia de ideas con respecto a sus estudios, puede fácilmente que también sea, con los gustos de la misma manera.»

—«Magnífico! . . . así es como yo espero que sucedan las cosas. Pero Leonorcita no me mire con esos ojos tan extrañados, pues ahora sabrá por qué digo eso. Si Roberto tiene alguna idea; o demos el caso que se haya enamorado de alguna suiza, al venirse ya la olvidará y entonces será Ud. la elegida de su corazón.»

—«Bien Silvia; hablemos de otra cosa si a Ud. le parece, por hoy basta, deje nos descansar al pobre Roberto.»

QESTE punto habían llegado las cosas, cuando se llegó la mañana memorable del regreso de Roberto.

Era en los primeros días de septiembre, en la "Quinta las Rosas" estaba todo preparado para recibir al esperado viajero.

Silvia había ido al puerto de La Libertad a encontrar a su hijo, Leonor la acompañaba. La mañana era deliciosa, un aire agradable y perfumado se desprendía de los floridos campos. La calle que une esta capital con el pintoresco puerto de La Libertad es sumamente bella, amplia y pavimentada, sombreada por frondosos árboles y verde vegetación. Y dista nada más que 24 millas. El puerto es pequeño pero de movimiento descomunal, es el puerto más comercial que tiene El Salvador, y que más tarde llegará a ser la mejor rada del Pacífico en Centro Am rica, y la perla del Istmo centroamericano. Como balneario es magnífico, la playa es hermosa, en las rocas se ven unos cuantos chalets y hoteles, el Sporting-Club, tiene un bonito edificio; las temporadas veraniegas son sumamente alegres en ese encantador lugar de expansión, el que es visitado por las personas más salientes de la sociedad capitalina.

Anclados en aguas salvadoreñas había varios barcos de diferentes compañías Europeas y Americanas, entre estos últimos estaba el "Colombia" y en el que hacía su viaje Roberto. En el muelle estaba Silvia elegantísima en su traje Sport, Leonor, bellísima, lucía un Suich de franela gris, zapatos del mismo color y un sombrerito de Fieltro rojo. El pequeño sombrero servíale de marco al perfecto rostro de bellos razgos; dándole un toque de elegancia, Leonor había puesto de su parte todo lo huma-

namente posible para estar bella, sencilla y elegante, sin estar llamativa. Silvia estaba muy satisfecha del aspecto de su amiga, y esperaba nerviosa el momento que su hijo pusiera el pié en el muelle.

Después de una espera larga, que a Silvia le parecieron siglos; apareció una ola de pasajeros y entre la multitud de turistas que con frecuencia visitan nuestro país, venía un arrogante y simpático muchacho, alto, elegante, de facciones correctas y el gesto varonil; ojos verdes hermosos y radgados, el cabello bastante obscuro casi negro como el de su padre, pues era el vivo retrato del señor De Lara, el gesto noble que aquél tenía, el hijo lo había heredado; el mismo continente simpático y distinguido de hombre de mundo, y aunque apenas contaba veinte y tres años, su gran desarrollo y el constante ejercicio al aire libre lo hacía aparecer con una edad poco más o menos de 26 años. Pero al tratarlo se apreciaba la clara inteligencia que poseía, mucha amabilidad, perfecta educación, su ma generosidad y gran simpatía.

Por fin el tan deseado momento llegó.

Silvia no esperaba encontrar a su hijo tan desarrollado y tan guapo. Le estrechaba en sus brazos y besábalo sin cansarse, lo veía y no lo creía. Después de sus expansiones de cariño, Silvia se volvió a Leonor y presentándole a su hijo le dice:

—«Leonorcita; este es mi querido Roberto--Hijo mío; esta linda jovencita es tu nueva amiguita.»

Leonor muy emocionada y con estudiada gracia se acercó a Roberto y extendió su delicada mano. Roberto con ojos maravillados y alegres se volvió a ella y con cariñoso acento dícele;

—“Cuánto gusto de conocerla personalmente, pues ya la conocía por referencias que mamá me ha hecho respecto a Ud.”

Y después dirigiéndose a su anciano abuelito lo abrazó con caricias y luego se volvió a su tío, un primo de Silvia y al que ésta quería como a un hermano, estaba casado y era el padre de Carolina.

En «Las Rosas» estaban unas cuantas amigas íntimas de Silvia y varios familiares de su esposo y de ella, que

deseaban felicitarla por el regreso de su hijo; y más que todo, por conocer a Roberto que era conocido como un muchacho ideal, todo era por espíritu de novedad, algunas mamás que querían conocer al nuevo candidato al matrimonio, y bueno para algunas de sus hijas.

Roberto respira alegría y todo le parece bello, hermoso, grande, notaba un adelanto grande, para un país tan pequeño, y le gustó lo poco que hasta ahora había visto.

Al llegar a "Las Rosas" Roberto quedó gratamente sorprendido de la belleza de aquel rinconcito delicioso; allí encontró varias muchachas distinguidas y bonitas, pájaros, flores y una magnífica marimba, el instrumento musical indígena que es la orquesta del país. Todo esto contribuyó a hacerle ese día, las horas gratas y ligeras.

En esta íntima reunión conoció Roberto a su prima Carolina, una graciosa y agradable muchacha, sumamente alegre, contaría a lo sumo unos 18 años, su persona era solicitada en todas partes y ocasiones. Era rubia y delicada, pequeña y de una vivacidad extraordinaria. Quería mucho a su tía Silvia pero la visitaba poco; a Roberto lo conocía por fotografías y algunas cartas que él solía escribirle, sentía gran cariño por él y deseaba ardientemente conocerlo personalmente.

Roberto desde que vio a Carolina le agradó y desde el primer momento se estableció entre ellos una corriente de simpatía y fueron los mejores amigos. Respecto a Leonor fué otra cosa: ella le pareció muy bella e irresistible, ojos divinos, cuerpo encantador, voz dulce y risa deliciosa era en fin una linda rosa en toda su frescura, era una flor de invernadero, fresca pero delicada, bella hasta demasada, instruída, eso bastante.

A Leonor le sedujo el muchacho desde el primer momento; se enamoró de él al verlo y oírlo hablar, hay que confesar que Leonor era muy romántica y vio en Roberto un ideal personificado, una inspiración de la naturaleza, una obra magna, perfecta. Deseó el amor de él y puso en juego toda su gracia y habilidad. Desde ese momento no dejó ociosa su imaginación y se torturaba pensando cómo haría para agradarle más, quiso conocer sus gustos

y deseos y alagarlo en su vanidad. Y con gran habilidad trató de no dar a conocer sus planes, ni aún a Silvia.

En los círculos sociales Roberto fué acogido con muestras de simpatía y luego tuvo muchos amigos, las muchachas se desvivían por conocerlo y bailar con él; se había formado una corte a su alrededor pues bailaba admirablemente, y era tan strayente que a todos les agradaba tenerlo por amigo; las madres con hijas casaderas le dirigían sus sonrisas y le invitaban a ir a sus casas; las muchachas le buscaban como una cosa rara, única en su género; pero era el gran poder del oro el que ejercía un poder fascinador sobre ellas y el que obraba estos milagros; Roberto era inmensamente rico, guapo, joven y distinguido; en fin reunía muchas cualidades y le sonreía la fortuna, era hombre de mucha suerte. Como es sabido todo lo nuevo llama la atención, aunque poco después le vuelvan la espalda a quien han adulado y festejado; pero el mundo es así y no habrá poder que lo cambie, todo es espíritu de novedad y de imitación.

A Roberto le pareció bellísima Leonor, porque fué la primera muchacha bonita que veía en su país, Pero luego que vió otras más bellas o más feas que Leonor, quiso conocerlas y le sobró quién se las presentara.

Los primeros días que Roberto pasó en su "Quinta" fueron días felices para él. Todos los días llegaban varias amigas de su madre para tomar el té con ellos, y las horas se deslizaban gratas y deliciosas.

Leonor siempre en su papel de conquistadora, se portó admirablemente. ¿Qué había de desear Roberto? que Leonor no lo hubiera previsto y en en el acto se cumplieran sus menores deseos. Para Roberto, al principio todo aquello le pareció natural, pero poco a pocó fué inclinándose hacia ella, pero por cariño, por amistad, no por amor. El mismo no sabía definir qué era lo que sentía por Leonor, pero comprendía que no era amor, pues ella no lo encadenaba, sus encantos; su presencia, sus ojos, su voz contribuía a agradarle más de día en día, pero no comprendía qué era lo que él deseaba de ella, pues cuando la tenía presente le gustaba, pero tan luego como se separaban, no volvía a recordarla y se ocupaba de otras.

Silvia nunca hizo alusión de Leonor a su hijo, ni preguntó el efecto que ella le causara, veía y callaba; quería darles un poco de tiempo, que pudieran conocerse, ella misma les proporcionaba el modo de estar el uno cerca del otro, y vigilaría los resultados,

Leonor no tenía hermanos, era hija única, sus padres eran pobres pero muy distinguidos y pertenecientes a las más apreciadas familias de la capital. Ellos habían visto que Silvia era una magnífica persona, que quería mucho a su hija y tenía gran estimación por ella, y dejaban que Leonor frecuentara la amistad de una honorable dama como lo era Silvia, pues algún beneficio le reportaría, o por lo menos la llevaría a todas las fiestas y la pondría en contacto con jóvenes elegantes y ricos con quienes pudiera hacer Leonor un buen matrimonio. Pues para los pobres padres eraa una gran pena que su hija hubiera llegado a los 21 años sin habérsele presentado un partido aceptable; Leonor siempre tenía un muchacho que la cortejara, pero no pasaba de un flirt y eso era lo que más apenaba a los padres de Leonor.

Hacía un mes eccaso que Roberto había regresado al país; cuando se acercaba el cumpleaños de Leonor; y un día entre otras cosas dice Silvia a su hijo:

—“Dime querido Roberto. ¿ya has pensado qué obsequiarás a Leonorcita en el día de su cumpleaños?”

—“Pues mamá, para decirte la verdad ¡aún no lo sé! no he pensado qué podré comprar que le agrade.”

—Pues si quieres agradarla, llévale una serenata de marimba; ¡oh, no sabes cuánto le gusta a ella las serenatas! . . .”

—“Pero me parece mamá que una serenata se debe llevar a una persona a quien se ame.”

—“¡Oh, no Roberto! una rerenata se puede llevar a una persona que se quiere agradar, aunque no se tenga ningún compromiso con ella, se hace por cariño, o por amistad.

—“Bueno, si tú estás segura que le gustará la serenata, se la llevaré,

¿Cuándo es el día mamacita?”

—Espera quiero ver, hoy es miércoles . . . el sábado.

--Bien, está decidido; la serenata.

--Leonorcita cumple 21 años, es muy niña, demasiado joven, es casi una chiquilla, verdad Bobby?

--Siii..... dice Roberto con displicencia,

--Mamá tengo que dejarte, pues tengo un compromiso.

Y así terminó aquella conversación, que Silvia hubiera querido prolongar siquiera por un rato más.

Leonor venía a la Quinta "Las Rosas" todas las tardes a pasarlas con Silvia y Roberto, después los tres se iban a la ciudad, al Club o al Casino. Silvia acababa de comprarse un lujoso Packard y Roberto trajo un Limousin para su uso exclusivo y del que se servía para sus excursiones con sus amigos.

A todos los bailes y reuniones de sociedad asistía Silvia en compañía de su hijo y Leonor, como si ella fuera su hija también. Roberto bailaba unas cuantas piezas con Leonor, pero como era tan solicitado por todas las muchachas no se dedicaba solo a ella. Cuando Leonor bailaba con él se sentía satisfecha, muy alegre y se enorgullecía de las muchas atenciones que él le prodigaba.

Una mañana en el Campo de Marte se efectuaban unas carreras de caballos. Todos los caballos listos para las carreras, estaban en la cuadra del Hipódromo; era una multitud de bellos corceles; unos bayos, otros negros o alazanes; caballos importados o del país, de las muchas crianzas que hay en las haciendas del Salvador. Roberto tenía dos hermosos ejemplares que tomarían parte y de los que estaba seguro de ganar.

Las elegantes damas de la capital llenaban por completo las tribunas y muchas quedábanse en sus autos, otras pasean por las callecitas enarenadas que circundan los jardines y las cuadras de los caballos,

Era un paisaje delicioso; el recinto veíase cuajado por una abigarrada multitud ávida de presenciar un espectáculo tan agradable y un deporte tan corriente entre nosotros. Se ven elegantes damas y bellas jovencitas que lucen con gallardía las diminutas sombrillas, el brillo de la ceda, de las halhajas, la sonrisa que anima los rostros, el constante crujir de los pasos en la arena. Todo contribu-

ye a hacer encantador ese elegante lugar, donde se da cita la sociedad elegante.

Pasó la primera carrera, la segunda, y así sucesivamente hasta la quinta. Se anunció la sexta y última carrera, en la que tomarían parte solo jóvenes de la (haytg lift) eran diez muchacos y entre ellos estaba Roberto De Lara. La Banda de música se calla, se hace un silencio; el clarín da el toque de aviso, y al momento aparecen uno a uno los jinetes cabalgando en briosos corceles que al asomar, el público les tributa un aplauso. Entran a la pista, se colocan en fila, el corneta da otra vez su voz de aviso, un silencio profundo reina por doquiera, los ánimos de los miles de espectadores están pendientes de la campanada de salida; los caballos piáfan, se mueven inquietos, levantan las orejas, la mirada brilla, de la boca chorrea espuma al tascar el freno, y nerviosamente con una mano rascan la arena del pavimento; los ginetes con mano férrea sostienen el freno que los detiene; por fin la campana anuncia la salida, y los caballos salen al galope. De pronto no se vé más que una nube que los embuelve pero luego se distinguen allá a lo lejos uno tras otro. Pasan unos cuantos minutos de ansiedad; el público está pendiente de aquella carrera, muchos han apostado fuertes sumas y esperan rehacerse de las pérdidas pasadas con esta carrera. Las señoras en las tribunas o en sus autos ponen toda su atención en los caballos, pues de ellos depende la gloria de los ginetes; cada cual tiene su preferido y espera sea él el vencedor.

En su lujoso auto está Silvia en compañía de Leonor y Carolina, todas tres elegantes y bellas, bellezas distintas y cada una en su género.

Poco antes de la última carrera (la de los muchachos elegantes) vino Roberto a saludar a sus amigas que acompañaban a Silvia, y al sonar el clarín se despidió. Desde ese momento, Leonor estaba nerviosa y cuando sonó la campanada de salida, ella no fué dueña de sí misma, y con los anteojos en la mano no dejaba de explorar la pista por donde corrían los caballos.

Por fin se llegó el tan deseado momento. Un alazán de pura raza llegó a la meta el primero; los Jockes de es-

ta carrera eran socios del Sporting-Club y vestían el uniforme blanco con las iniciales del Club en azul. El caballo vencedor fué el No. 5 que montaba Roberto De Lara, él fué el ovacionado. el segundo fué el No. 9 montado por Jorge del Castillo, Los vencedores fueron llevados en hombros por sus amigos hasta la tribuna presidencial en donde recibieron de manos del Presidente de la República los premios consistentes: el 19 en un hermoso caballo de bronce y 200 colones (moneda nacional). el 29 en una medalla de plata y 100 colones, Terminado el acto hípico, fué desfilando aquella abigarrada muchedumbre que llenaba totalmente el Hipódromo; ese desfile es digno de verse, ¡oh qué fabulocidad de gente se da cita en ese recinto! uno de los más bellos y elegantes paseos que tiene la simpática capital del Salvador.

Al terminar el desfile. todos los socios del Sporting-Club dirigiéronse al Hotel Nuevo Mundo donde tenían preparado un espléndido banquete en honor de los vencedores. Esta fiesta fué alegre y terminó pasadas las tres de la tarde.

Silvia no esperaba a su hijo para almorzar, pues sabía que estaba invitado, y más tratándose de ser él uno de los obsequiados, Silvia llevóse a su casa a Leonor y Carolina. A las tres y media regresó Roberto a su casa. Carolina al verlo corrió a él y con gran alegría lo abrazó, Silvia fué tras ella y besó a su hijo; solo Leonor se quedó un poco retrazada, y con ojos sonrientes y brillantes de felicidad le veía tan cerca de ella, siendo tan disputado por todas. Al verla Roberto un poco alejada, se le acerca y le dice:

—Y Ud. Leonorcita ¿No me felicita?

—¡ Oh sí Roberto! le felicito desde el fondo de mi corazón.

—Y le tiende su mano. Pero Roberto en vez de cogérla, le dice con mucha naturalidad, como a una amiga:

—¿Por qué no me da Ud. un abrazo como lo hace Carolina ?

—Porque ella es su prima y tiene derecho, yo no soy más que su amiga.

—Oh! no se haga Ud. de rogar, sea más expansiva y venga a darme un abrazo, sinó no acepto su felicitación, ¿quiere?.....

Carolina se acerca y dice a Leonor:

—Vamos, no seas así, sé más corriente, y verás cómo se goza.

Leonor no espera más, se acerca a Roberto y le abraza, pero cuidando de que no traslusca la felicidad que se desborda en su alma y que hace palpitar precipitadamente su corazón. Silvia les mira encantada de que estén juntos, luego dice a Leonor-

—“Leonorcita, magnífico, me gusta que Ud. sea muy corriente. Así deben ser las muchachas modernas: muy simpáticas, amables, condescendientes, pero sin pasarse de los límites.”

Y volviéndose a Roberto:

—Cuéntame hijo mío: ¿te sientes contento? eres feliz ?

—“Encantado de la vida, feliz de haber nacido”

En esa casa todo es alegría, felicidad, satisfacción, los días pasan, vuelan rápidamente en alas de la ilusión, en medio de una tranquilidad deliciosa que invade por completo el corazón.

III

LA familia Del Castillo; es una de las más antiguas de la capital, entre las muchas familias ricas que hay en la ciudad, la Del Castillo sobresale por el aprecio que se le tiene y por su floreciente riqueza, limpia de compromisos.

Entre las varias propiedades que el jefe de la familia don Francisco Del Castillo posee, está la gran Hacienda «Casa Roja».

Su esposa doña Elena acostambra todos los años preparar el Arbol de Navidad en la «Casa Roja» y siempre hay algunos invitados. Pero este año en honor al regreso de su hija del Colegio, (y a quien llaman por el cariñoso diminutivo de Nena) se han hecho grandes mejoras en la bella casa de campo; se espera una navidad alegrísima, y reina gran contento. La residencia de «Casa Roja», es una hermosa casa de cemento compuesta de dos pisos, con habitaciones amplias, higiénicas y suficientes para una veintena de invitados; fuera de las destinadas a los dueños de la casa. Rodean a esta espléndida mansión, extensos jardines, en los extremos hay quioscos rústicos, en lugar de berja circunda los jardines un alto cerco de piedra, y allá a lo lejos se extiende un verde llano.

Esta propiedad es rica por las grandes crías de ganado vacuno y caballar de las mejores razas. Grandes plantaciones de algodón, y más que todo por la excelente caza que abunda en esos bosques.

Había por ese entonees una rica viuda canadiense que llamaba la atención en los círculos, por su belleza y la riqueza con que se presentaba; era una viuda bastante joven y atrayente. Vivía en compañía de su hermano, que

4—N. de A

hacía poco que habían llegado con el objeto de comprar algodón por cuenta de una gran casa de tejidos en el Canadá.

Esta rica viuda se llama Dora Lincke, y su hermano Winifred Mc Dowell. Como es sabido, en El Salvador todo es espíritu de novedad, (me duele) pero los salvadoreños somos muy generosos, y atendemos y agasajamos a los extraños solo por el hecho de ser extranjeros, y no cuidamos de averiguar antes, si aquellos a quienes les abrimos las puertas de nuestras residencias, son dignas o no de penetrar en ellas.

Todo lo nuevo llama la atención, y nuestros amigos canadienses la estaban llamando a grandes voces. Se hicieron muy conocidos, que a todas las reuniones se les invitaba y en todos los sitios se lea yéa, en compañía de distinguidas familias. Mrs. Lincke tenía una verdadera corte de admiradores, pues además de ser joven, rica, hermosa y viuda, era un poco coqueta, que hoy día es el mejor modo de hacerse popular; de ideas y gustos bastante avanzados en comparación con la educación de nuestro país, pues aunque El Salvador esté bastante modernizado y a estilo europeo, tiene sus ideas sanas y libres de atmósferas viciadas. Muchas elegantes damas hicieron amistad con Dora Lincke y ésta era sumamente atendida en todas las grandes casas donde se presentaba.

La navidad se acerca, es esperada con regocijo, hay gran entusiasmo en todas las clases sociales. Para los chiquillos es de gran sensación el día de Noche Buena, pues no perdonan el clásico Arbol de Navidad. En las casas grandes los niños esperan juguetes, bombones y grandes regalos de sus padres y amiguitos; los niños pobres, trajecitos y algunos dulces que las casas de Beneficencia y muchas damas distinguidas y ricas obsequian ese día. En todas las casas se hacen preparativos para la pascua de Navidad. Unas familias salen para el campo, otras para los balnearios, y las que no, se quedan en sus casas esperando los muchos bailes que se celebran esos días.

En casa de Silvia se hacen también preparativos para ir a pasar la Navidad a Casa Roja donde han sido invitadas por la familia Del Castillo. Silvia dispuso llevar a

Leonor y quiere que se presente muy bella y con lujo, no le importan los gastos que le ocasione. Quiere que la vean en compañía de Roberto y que todas las demás muy chachas la envidien, y Roberto no tenga tiempo de ocuparse de otra, Leonor al enterarse de los gastos que Silvia ha hecho por ella, no quiere aceptarlos y dice que no va. Silvia tiene que valerse de fuertes argumentos para convencerla y por fin a fuerza de ruegos logra hacerla ceder: Leonor se mostró un poco delicada y hasta parecía ofendida de los gastos para ella, y permitía que Silvia le hiciera el matrimonio con Roberto, pero no le gusta causar gastos, recibir obsequios valiosos a los que ella no pueda corresponder. Al principio se encerró en una negativa decidida. Pero la fuerza del amor venció. Silvia era muy lista y se valió de Roberto para que fuera en calidad de embajador a conseguir el consentimiento de Leonor. Roberto tenía grandísimos deseos de ir a Casa-Roja y no podía dejar sola a su madre, pues ésta dijo: que si Leonor no iba, ella no iría. Era la primera navidad que Roberto pasaba en su país y en compañía de su madre; trató pues de agradarla y le prometió conseguir que Leonor fuera a Casa-Roja. Se arregló, trató de estar simpático y elocuente, y se dirigió a casa de los Delgado.

Roberto llega a casa de Leonor, donde es recibido con muestras de suma alegría, Leonor no esperaba ninguna visita esa tarde y estaba con un sencillo trajecito de casa y sin ningún afeite. Estaba en el jardín trasplantando unos claveles rojos a una maseta. En ese momento se presentaba Roberto y la encuentra ocupada y al verla le dice:

—Leonorcita, si Ud está ocupada dejaré mi visita para otra ocasión.

—Oh, no Roberto! de ninguna manera, ¿Quiere Ud. pasar adelante?

—No amiguita, prefiero estar aquí en compañía de Ud., pues veo que no se puede mover, y sus queridos claveles se pueden secar.

—Le gustan a Ud. las flores Roberto?

—Pregunta la madre de Leonor.

—Oh! sí señora, me gustan mucho y más que todas;

los claveles rojos. ¡ pero qué hermosos son éstos !

—Vea Roberto. estos claveles están muy hermosos porque los cuida con esmero Leonor. Cada uno que aparece lo saluda con un beso, y no permite que nadie los toque.

Roberto se vuelve a Leonor y la envuelve en una mirada cariñosa.

—Leonorcita, quiere obsequiarme uno de estos claveles que Ud. cuida con tanto esmero ?

—Sí Roberto, con gusto.

Y un poco ruborizada corta el más hermoso y más rojo y se lo entrega a Roberto. pero éste no lo toma y dice:

—Para que Ud. sea más galante, colóquelo en el ojal de la solapa, ¿quiere Ud. Leonorcita ?

—Lo pide Ud. con tanta gracia que no. se lo puedo negar.

Nerviosa se coloca a su lado y con las manos torpes por la emoción le cuesta prenderlo. Los cabellos flotantes de la muchacha azotan la frente de Roberto y éste la mira sonriente a los ojos; y fijándose detenidamente en ella, nota que es muy bonita, tiene unos rasgos muy perfectos y que sin arreglo es mucho mejor que cuando está ataviada con lujo y muchos afeites. Leonor siente la mirada de Roberto que penetra hasta el fondo de su corazón como una flecha y los colores le suben a la frente, y siente que un fuego la abraza. El amor que la embarga por Roberto la embellece más, dándole un delicioso encanto sentimental. Roberto dice :

—Leonorcita, es necesario que Ud. vaya a Casa-Roja, mamá no estará contenta si Ud. no va. además debe haber otra persona a quien le interesa que Ud. vaya ¿no es así? ¡he!

—No Roberto, está Ud. equivocado; yo no tengo quien se interese porque yo vaya o nó.

—Lo pongo en duda Leonorcita, hay muchos a quienes Ud. les interesa y agrada

—Oh. . . . no! no crea Ud. tal cosa, todos los hombres son galantes y cortejan a las muchachas por atención, o por tener en quien entretenerse, no por amor, ni cariño

de eso estoy convencida y si no me cree Ud. ahora, luego se convencerá por sí mismo,

—Bueno, admitamos eso, pero

—Ah . . . ! hay un pero.

—Sí, yo conozco a uno que Ud. le es sumamente simpática, y a ese no le dirá Ud. que miente.

—No me tache Ud. de curiosa, pero me extraña, francamente, ¿quién es ese valentón?

—No le diré su nombre; por deseñfiada, cuando aprenda a tener confianza en nosotros se lo diré, ahora nó.

—Bueno, dígame Roberto, ¿si voy a Casa-Roja me dirá Ud. quién es él?, me lo promete Ud.?

—Desde luego, yo le prometo que en Casa-Roja le diré quién es él, y haré más, se lo presentaré.

—Bien, en ese caso, diga a Silvia que irá con ella a Casa-Roja.

—Gracias Leonorcita, no esperaba menos de Ud.. ¿verdad que me he ganado el clavel?

—Siii, se lo ganó anticipadamente

Roberto salió satisfecho de su empresa, pero pensando demasiado en que Leonor tenía algo que le atraía, algo que él no le conocía; una gracia y una ingenuidad de chiquilla, todo la ruborizaba y la impresionaba; era muy sencilla, por lo menos aparentaba serlo, y debía saber amar muy fuertemente, con un amor sublime, era tan fresca y tan blanca que no tenía necesidad de usar cremas y mil afeites y cosas necesarias en un tocador moderno!

En Casa--Roja. Es el 20 de diciembre —La tarde es bella, con una belleza agreste, el sol en el ocaso; el día difunde sus últimas luces. El aire que refresca la atmósfera pesada del día trae los perfumes suaves de las flores silvestres de la fronda y del llano pantanoso que a lo lejos se columbra en la lejanía del horizonte.

Una personita muy graciosa, alegre y elegante se mueve de un lado para el otro, previéndolo todo, que nada haga falta en las habitaciones destinadas a los invitados. Desde temprano de la tarde empezaron a llegar los muchos invitados. Esta personita que tan atareada está, es Nena (como cariñosamente la llaman todos los que la conocen). Es muy instruida, le gusta con locura los deportes, la lite-

ratura la entusiasmo, y tiene por ella gran aprecio, canta, toca y baila divinamente; es una bella morenita muy lozana, y de sonrisa picarezca, y da envidia verla siempre alegre y dispuesta para todo con la sonrisa en los labios,

Al llegar Silvia, Nena corre a ella y melosamente la besa, después se vuelve a Leonor y al saludarla le dice;

—Nora, tú no conoces a mi hermano Meme? es este guapísimo que tienes aquí, y que puedes disponer de él a tu antojo.

—Y dirigiéndose a su hermano, dice:

—Meme, esta es Nora mi amiga de tiempos lejanos y que ahora se llama Leonor, pero para mí y para tí siempre es Nora.

Manuel es un muchacho agradable, no tan guapo como su hermana, pero sí un gran partido por todos conceptos y de todo punto de vista. Manuel desde que vió a Leonor quedó prendado de ella, y se propuso hacer lo posible por agradarla, le compondría versos como los de Petrarca, el célebre poeta italiano, y talvez esta vez le era propicia la situación.

Siguieron llegaron más huéspedes a Casa Roja y luego estuvo llena de una multitud de gente alegre y decidida a pasar unas felices pascuas. Entre los quince huéspedes estaba la «Canadiense» o la «Viuda Alegre», como designaban a Mrs Lincke, y el Conde Moneda Falsa [como decían por mal nombre a Luis Gutiérrez y Aguirre; un hombre agradable y ameno, como de 32 años, muy guasón y siempre era el bufón en las fiestas. Aquí en nuestro país es muy común el ponerse unos con otros un apodo y que casi siempre los designan por él y por lo tanto no debe extrañarse el lector de ver varios personajes con un mal nombre. Luis Gutiérrez y Aguirre era uno de ellos. Le decían Conde Moneda Falsa, pues por allí se susurraba que una divorciada le doraba la mano, por ahora, era un hombre de grandes recursos y hoy era una divorciada, mañana una viuda, pero siempre gente rica y de alta posición social. Era muy dado a las letras, y decía él mismo; que tenía un raro parecido con el gran escritor ruso el Conde León Tolstoy, y para decir verdad; no era un mal poeta, tenía pasión por ver su nombre escrito en los periódicos y revis-

tas y hacía versos y más versos que leía en los ratos de ocio o en los que le quedaban libres de sus horas de oficina, pues en honor a la verdad, Luis trabajaba en las oficinas de un banco, con un sueldo insuficiente para sus múltiples gastos, frecuentaba todos los sitios y en todos los bailes y fiestecitas estaba, aunque fueran de obreros. Luis era de magnífica familia, pero muy pobre, entre las muchachas era estimado, y entre los hombres era necesario, disponía de los automóviles de sus amigos como si fueran propios, invitado a comer en todas las casas y frecuentaba Clubs y Casinos sin ser socio. Era gracioso, alegre e insinuante, la suerte le favorecía, pues tenía una suerte loca para todo.

Poco antes de la comida se reunieron en el salón todos los huéspedes; allí fué presentado Mrs Lincke a las personas que no conocía; las demás todas eran conocidas o amigas, pues todas eran gentes aristocráticas y frecuentaban los círculos sociales.

Dora Linke desde que vió a Leonor, le llamó poderosamente la atención aquella clase de belleza. Dora poseía un poder de atracción en los ojos; ojos soñolientos, dulces y sugestivos, su voz y sonrisa eran irresistibles. Luego que conoció a Roberto se monopolizó al muchacho; no quería dajarlo un solo momento y le seguía por todos lados, con su hábil percepción comprendió que él era novio de Leonor, ó por lo menos la cortejaba y de seguro que llegarían a ser novios; eso no le convino a Dora y trató de alejar a Roberto de Leonor. Roberto desde el primer momento se hizo cargo de la situación y trató de escabullirse de las redes que la Wamp le tendía, pues la linda —viuda alegre— era incinuant e y como imán atraía a los que a su alcance tenía.

En Casa Roja se preparaban días felices. Había Pianola, Victrola y varios otros instrumentos musicales; por las noches había radio, se jugaba al Ajedrez, Brigoli, Dominó, Lotería y Cartas, ó se bailaba. Por las mañanas se iba de Caza, se hacían excursiones a caballo o en áuto, por las tardes después del té se leía ó en pequeños corrillos se comentaban los hechos del día, y también se podía nadar, pues había un hermoso tanque de cemento.

Los días volaban en alas de la felicidad y en brazos de la alegría que se desbordaba entre los amenos concurrentes de Casa-Roja; días espléndidos sin una nube que opacara las horas de dicha; noches bellas que la luna derramaba su opalina luz el verde campo y cubría con su manto protector a las flores que la plasidez de la noche hacía despedir el aroma de sus oálises; noches deliciosas que hacían soñar en cosas amarosas y en los románticos amores de Romeo y Julieta.

Llegóse el 24, el día de la noche buena. Una magnífica marimba fué llevada de la capital para que amenizara el baile de esa noche. Era una noche deliciosa, la luz romántica de la luna acarariciaba suavemente la tierra y los campos, invitando a las confidencias y al éxtasis; el ambiente saturado del aromático perfume de las flores, transportándonos a un paraíso de belleza rústica pero delicada.

Leonor estaba bella con su delicado y gracioso traje de baile color verde malba; había tanta poesía en su bello semblante, que daba gusto admirarla. Dora Linke, desde el primer momento que vió el partido que Leonor tenía y las simpatías que contaba entre todos, y más, por las innumerables atenciones de que era objeto por parte de Roberto; se propuso desbancarla del pedestal en que su distinción, belleza y juventud la colocara. Esa noche la Viuda Alegre está irresistible, con un riquísimo traje de plata, luciendo valiosas joyas y haciendo alarde de su fina coquetería, tenía algunas veces la apariencia de una Gacela temida y nerviosa, y otras, la de una serpiente fascinadora.

Roberto y Leonor estaban sentados en un sofá en un ángulo del salón para un descanso que dejaba la música a las parejas, Dora los vió sonrientes y felices, se acercó a ellos y sentándose en frente comenzó a dirigir a Roberto miradas ardientes, sonrisas melosas y coquetonas y frases empalagosas, pero Roberto que no sentía por ella más que indiferencia, se mostraba galaute por pura fórmula como hombre de sociedad perfectamente educado, pero nada más. Dora viendo que no adelantaba gran cosa se dirigió a Leonor y empezó a conversar con ella para dejar callado a Roberto y se aburriera y las dejara solas,

Leonor no se interesaba por la conversación de Dora y se sentía fastidiada de tener que dar corte a una mujer incípida e insinuante, y más que todo tan porfiada y molesta, pero Leonor que estaba disgustada desde que Dora llegó a sentarse enfrente de ellos, trata de alejarse de allí y dice a Roberto que la lleve a fuera; que en el salón hace mucho calor. Roberto desde el primer momento notó que Leonor era el blanco de puyas y constantes burlas de Dora, se constituyó en su defensor contra la sedicente viuda. Y como defensor no dejaba sola un momento a Leonor y a todas horas se les veía juntos; esta unión constante los acercó mutuamente, y la noche del baile Roberto se sentía casi enamorado de Leonor y estaba dispuesto a salvarla de aquellas garras doradas de la viuda, que la juventud y gracia de aquella, era la envidia de ésta; ave de presa y pico de oro.

Roberto leyó en los ojos de Leonor, una tristeza y desesperación tal que se dolió de ella, y tomándola del brazo la llevó afuera. En la terraza la hiedra había formado un docel, con sus fuertes enredaderas compactas por múltiples hojas; la luna daba de lleno en aquel poético lugar y en esa noche romántica que invitaba a las confidencias, Roberto sintió deseos de expandirse y teniendo a su lado una bella compañera en la que había descubierto que él no le era indiferente; esto le agradó, pues aunque no era vanidoso, pero el hombre siempre se siente satisfecho de poder reinar en el corazón de una mujer bella, además contribuyó a esto: que Manuel Del Castillo tributaba un rendido vasallaje a Leonor, y los celos obligaron a Roberto a declararse, antes no se hubiera decidido a hacerlo pero cuando Manuel trató de disputársela, y quitársela si se descuidaba aquél, y esto fue un aguijón y dejar fuera de combate a Meme, pues no quería que nadie compartiera con él en el amor de Leonor. Con palabras belladas le dió a comprender que ella le gustaba mucho, y con frases escogidas y elocuentes le expresó lo que sentía por ella. A Leonor por poco le da un desmayo al oír aquella declaración, se siente feliz y se dice en su interior: no importa que la Canadiense se tome la molestia de dirigirme indirectas, pues por el amor de Roberto me servi-

rá de escudo, pues lo demás no le importaba nada. Desde ese momento Leonor se creyó la mujer más feliz de la tierra, para ella no había otra cosa más bella y más sublime que el amor de Roberto, y la noche terminó entre la mayor felicidad y tan rápidamente para la enamorada Leonor, le pareció muy pequeña e insuficiente para gozarla en compañía de Roberto.

El día siguiente amaneció alegre y despejado, las primeras horas de la mañana presajaban un día delicioso y lleno de sol, aire fresco y perfumado regosijo en el corazón de todos los ahí reunidos; que daban inucitada alegría a aquel encantador recinto.

Serían más o menos las 5 de la tarde. En el enlosado patio que se extiende al rededor de la residencia de Casa-Roja pifaban dos hermosos ejemplares de pura sangre, en espera de sus jinetes. En uno de los pedestales de la escaleara de entrada, estaba parado y luciendo el bello plumaje de su linda vestidura un banidoso Pavo Real. Pasábale suavemente la mano por la tornasolada cola, la sugestiva Dora Lincke, en una posición perfectamente estudiada y con sonrisa y mirada insinuante habla con Luis [a] Conde Moneda Falsa, quien siempre anda a caza de aventuras, y aquella hermosa mujer no le desagradaba y se proponía interesarla. Cuando Roberto y Nena Del Castillo al pasar junto a ellos los invitaron para ir al arroyo como llamaban a una roca de la que nacía un fino hilo de agua que se desborda en una rústica concha formada por la misma peña, que está en el centro de un pequeño bosque. Dora dijo que no y su acompañante repitió la misma contestación. Tras de Roberto y Elena iban Silvia, Leonor, Jorge y otros de los mismos huéspedes. Al llegar al arroyo los paseantes se dispersaron en grupos por el campo hasta que empezó a oscurecer, todos desfilaron con dirección a casa; solo Roberto y Leonor se quedaron un poco retrazados. Del pequeño arroyo corría un riachuelo como una serpiente de plata por entre las malesas y había un punto por el que tenían que atravesar allí su cauce era más ancho y seguía con más fuerza. Para atravesarlo se pasa sobre unas piedras sueltas que sirven de puente. Roberto pasa primero y se vuelve para dar la mano a Leonor, ésta al

poner un pié en una piedra se desliza y queda suspendida en el aire, Roberto inmediatamente la toma por la cintura y levantándola en sus brazos la deposita en el suelo al lado suyo, pero sin separar los brazos que rodean el flexible cuerpo. Roberto siente que el corazón de Leonor palpita al lado del suyo, el aliento embriagador de ella se une al de él, su pequeña boca roja está tan cerca, y por último la ocasión es tan tentadora que Roberto no desperdicia la ocasión y uniendo sus labios a la diminuta boquita de ella, la besa hondamente, con un beso suave, cariñoso e interminable. Por fin Leonor entreabre suavemente los párpados y mirando a Roberto con una mirada indefinible, en la que se podía leer la tristeza, el amor o la angustia, se separa rápidamente de aquellos brazos que la enlazan, se pasa una mano por los ojos, vuelve la cabeza de un lado para otro como buscando algo y dirigiendo una mirada de reproche a su amigo, se encamina silenciosa por el sendero que conduce a la casa. Roberto la sigue y tomándole una mano cariñosamente le dice:

—Leonorcita, no creí jamás que la ofendería al besarla, pues fué una fuerza irresistible, superior a mí mismo me indujo a haerlo, fué un deseo loco el que me empujó a cometer esta ligereza, fué talvez el amor que yo siento por Ud. el que me sugirió el deseo de besar su deliciosa boquita, estaba Ud. tan bella con el rubor que coloreaba su lindo rostro; que me fué imposible detenerme; ¿pero Ud. no está enojada, verdad que perdonará esta libertad que me tomé?

■ Leonor estaba sumamente emocionada, y cuando por fin pudo articular una palabra, dijo suavemente, como un suspiro:

—«Qué voy a perdonarle Roberto.....si.....Ud. no me ha ofendido?»

Leonor camina con la cabeza baja y con la mirada perdida en el suelo. Roberto se le queda viendo y se dice interiormente: Leonor es muy ingenua, o está muy enamorada—se sonríe y le muestra una Margarita silvestre que ha cortado para preguntarle si ella lo quiere o no. Cuando llegaron a la casa iban tan contentos como si no hubiera pasado nada entre ellos.

Al verlos llegar juntos los dos y separados de los de-

más paseantes. Dora se siente molesta y lo primero que hace es, leer en los ojos de ambos gran felicidad, y siente no haber ido con ellos para evitar que estuvieran tanto tiempo solos, ella pudo separarlos y hechar a perder aquel idilio que la ponía fuera de quicio, porque ella quería a Roberto y le fastidiaba ver que él se dedicaba a cortejar a una muñeca de cuerda (como designaba a Leonor) y a quien no podía ver, pues todos los hombres tenían palabras de encómio y admiración para Leonor. La envidia era uno de los principales defectos de Dora, quien se complacía en saherir y perjudicar a las muchachas bonitas, jóvenes, juiciosas y deseadas. Era Dora el Ave Negra que tiende sus alas sobre las cabezas juveniles y afila sus garras y pico para dañar a aquellas que se interponen en su camino de destrucción y de lucro, pues Dora había venido al Salvador con el fin de hacer dinero, pues en todas partes de Europa y Estados Unidos es conocido El Salvador por un país rico, donde todo extranjero que viene hace su felicidad y después de algunos años regresa a su país con una regular suma de dinero. Las apariencias engañan, y esta vez Dora había tendido una venda sobre los ojos de la sociedad, ella no era ni sombra de lo que representaba, y mucho menos tener el capital que derrochaba, y nadie se preocupaba de averiguar de donde procedían los dollars de los hermanos canadienses, bastaba saber que eran gentes ricas, que se presentaban con lujo y elegancia y algunas señoras los atendieron para que no se les molestara con preguntas indiscretas. Así es como suceden las equivocaciones y más tarde se tiene que lamentar la ligereza de haber aceptado en la sociedad a personas que no son dignas de frecuentarla y menos dignas de estimación.

El 27 por la mañana todos, o casi todos los huéspedes van de caza, en el patio principal de Casa-Roja está una multitud de hermosos caballos listos para salir; están inquietos, no tienen un momento de tranquilidad y patean con fuerza el enlozado patio. Entre ellos está un magnífico ejemplar de las Pampas argentinas, un alazán quemado, que nerviosamente sacude la cabeza y relincha de impaciencia por estar atado a una argolla que le tiene sujeto y sin poder correr por el campo,

Unas pocas señoras van a la caza y entre ellas está Dora que en su traje de montar está elegantísima, y de pié en el portón espera que le acerquen su caballo. Todos los huéspedes están allí reunidos. Roberto está en la última grada de la escalera hablando con Leonor. ésta le dice;

—«Roberto, no se exponga mucho, tenga cuidado, que en las cazaerías suelen suceder percances que se lamentan toda la vida. Además, no por salvar a una dama vaya Ud. a exponer su vida, porque nadie se lo agradecería, y ninguna mujer vale la pena de que un hombre exponga su preciosa vida por ella, consérvela, que talvez más tarde se arrepentirá, y su vida puede servir para algo mejor.»

Roberto se sonríe al ver el interés que Leonor se toma por él. y que ella como mujer que es, no deja de ser egoísta.

—No se apene Ud. por mí Leonorcita,—dice—todas las señoras que van, saben montar divinamente. Mire, allí tiene una mujer que monta como hay pocas, no en balde es semi-inglesa.

Y señalando con el puño del látigo a la Viuda-Alegre, que en ese momento se acerca para montar el inquieto potro alazán de sangre joven e indomable. Jorge De Castillo se acerca a Dora y dícele;

—«Este caballo es peligroso señora, solo porque Ud. se empeña en montarlo se lo permito, es muy fuerzudo y al momento menos pensado arroja de la silla al jinete.»

Pero Dora dice: que tiene demasiada confianza en sí misma, y para demostrarlo, toma las bridas, y de un salto queda montada. Con mano fuerte recoge las riendas, y con la otra da un latigazo en el anca del furioso caballo, que al sentirse azotado se encabrita, levanta las manos en alto y se aferra al suelo en el cuarto tracero, y da una vuelta en el aire e inmediatamente después baja las manos y queda tranquilo y a merced del jinete. Todo esto pasó con la rapidez del rayo. Dora impávida y sin siquiera moverse en su silla mira sonriente a sus amigos. Todos los allí presentes le tributan un aplauso como un homenaje de admiración. Roberto que admira todos los gestos de valor y valentía, se acerca a Dora y tomando por la

rienda al caballo, lo acerca a las gradas, y dice con voz fuerte y alegre para que todos oigan:

—«Salud a la más intrépida y hermosa jinete de la temporada.»

Todos a una voz contestaron con un alegre viva, y Dora da las gracias con una inclinación de cabeza. Roberto se acerca a Leonor y dice:

—«Esta mujer monta tan bien como un Vaquero del Oeste, no le teme a nada, y con una mujer así se puede ir hasta el infierno.»

Leonor le mira un poco seria y no contesta una palabra, y vuelve la vista a otro lado. Roberto la mira, suelta una alegre carcajada y con voz cariñosa y suave le dice:

—«Estás celosa Nenita linda? no seas chiquilla, yo solo a tí te quiero. Estás contenta princesita encantada?»

Y con un apretón de manos se despide de ella, Una hermosa jauría de galgos y sabuesos, ladran desesperados por selir; por fin todos salen al galope y desaparecen tras una arboleda.

El día terminó alegre y sin otro incidente digno de mencionarse.

Llegóse el 28 día en que todos debían regresar a la capital para el baile del 31 que se efectúa en el Casino, y al que toda la aristocracia asiste; es el baile que nadie perdona, pues reúne allí a toda la sociedad para despedir el año viejo y esperar el nuevo. El año nuevo es esperado con regocijo y la alegría anima los rostros jóvenes que esperan con ansia el otro año que les traerá dicha, alegrías, progreso, dinero y todo aquello que se puede desear. Confiados y con grandes esperanzas puestas en el porvenir, aguardamos; así como los niños americanos en Christmas esperan ansiosos a «Santa Claus» el mago de la lengua barba, y en el que cifran sus más caras esperanzas y deseos, y si por casualidad no se realizan ¡oh... que fatalidad, qué desilución! Pero no hay que desmayar, hay que tener confianza y mirar siempre adelante, que es por donde nos llegará todo lo bueno.

IV

EN el 2 de enero. En la elegante residencia de la familia de la Cuenca se efectúa un suntuoso baile de disfraces. La residencia es hermosa, distinguida y rica. Millares de focillos eléctricos dan una claridad de un día lleno de sol, la galería principal está bella con el sencillo adorno de flores naturales de Pascuas, que llenan y lucen tanto. Toda la casa esta arreglada con sumo gusto.

Desde temprano de la noche ya se hallaba bastante concurrida la bella manción: reinaba inusitada alegría, era un ir y venir de orientales Marroquíes, Japonesas, Muñecas, Hawayas, Luis XV, Pierrots. Aldeanas, Marineros, Húsares, Pashás y así una infinidad de bellas y alegres mascaritas. Los dueños de la casa tienen prometido un premio para el disfraz más acertadamente, imitando y caracterizando a la perfección el personaje que representa. A las 11 p. m. se efectuó el desfile ante los jueces calificadores, para otorgar el premio consavido. Desfiló ante nuestros ojos maravillados una riqueza de sedas, brocados, encajes, piedras de colores, bordados, perlas, en fin, un derroche de lujo y de arte, de elegancia y hermosura, de belleza y gracia. Una alegría loca se dibujaba en todos los rostros allí reunidos. El premio por unanimidad de votos fué otorgado a una encantadora Marquesita de Pompadour, perfectamente imitada, en el tamaño, en el cuerpo, en su belleza, gracia, majestuosidad, elegancia y coquetería. Esta deliciosa marquesita era la linda y delicada Isabel Diego, una graciosa muchacha que tiene muy marcado el tipo francés. Es muy salerosa, tiene toda la vivacidad de los 19 años y es muy precoz para la edad que cuenta. Isabel es bella con una belleza de muñeca parisién; pero tiene gestos de reina, una magestad que se lee

en sus menores movimientos; de mirada viva y ardiente, de ojos oscuros y profundos, que sabe dormir con coquetería y de mucha gracia a su rostro de madona, una sonrisita que constantemente alegra su semblante blanco como el alabastro que marca dos oyuelos en sus tersas y rosadas mejillas y que la hacen sugestiva. Isabel es una muchacha muy popular, toda la sociedad elegante la conoce y aprecia por pertenecer a una magnífica familia que debido a los reveses de fortuna está ahora bastante mal de fondos; pero no por eso deja de ser quien es, el orgullo de familia no se acaba nunca aun cuando el capital no deje ni recuerdos. Era de las familias que aunque estén en la ruina, nunca se presentan en público mal trajeadas y con apariencia de gente pobre, no, eso no, primero la muerte antes que presentarse mal. Aquí tenemos un viejo adagio: (que es la verdad con respecto a los salvadoreños) y es: "tanto tienes, tanto vales", y debido a eso la familia Diego no quiere que se la posponga; y aun haciendo esfuerzos y compromisos, cuando sale a la calle es con elegancia y a la moda del día. Van a muy contadas fiestas, pero siempre a las más aristocráticas no la aristocracia del dinero, sino la de la sangre o la del nombre.

Isabel desde los 17 años empezó a frecuentar los salones y círculos sociales; pronto se captó las simpatías de las mujeres,—las que son tan difíciles de conseguir,—la de los hombres viene después y por sí sola y cuando las señoras ya han dado su aprobación, siempre tiene Isabel varios admiradores que la cortejan, pero ella no se preocupa y deja que la cortejen solo por el efímero placer de estar oyendo frases galantes y más por las muchas serenatas que sus rendidos admiradores le llevan. La noche que le llevaban serenata, Isabel no dormía y desde los primeros acordes de la marimba se sienta en la cama y empieza a llevar el compaz de la pieza con la cabeza, las manos y hasta los pies, o se arroja de la cama y descalsa se lanza al baile con una rapidez vertiginosa, que hace que todos los muebles u objetos del dormitorio cambien de lugar; esta movilidad era terrible y se calmaba hasta que la marimba se iba.

Al dar el reloj la última campanada de las doce, se dejó

oír la voz del dueño de la casa anunciando. “¡Abajo las caretas” y todos los allí reunidos se descubrieron el rostro. Fué aquello como una enorme catarata, desbordante de alegría, risas, freses de admiración, palabras de encomio, felicitaciones, un verdadero diluvio de palabras. Luego corrió de boca en boca el rumor de que la Marquesita de Pompadour era la encantadora Isabel Diego. Ella tenía mucho partido entre muchachas y muchachos; pero no le faltaban enemigas; inconcientemente se había hecho de ellas, pues la envidia es una semilla fecunda que se propaga vertiginosamente y en grandes proporciones en los campos de El Salvador,—así como en otros países—pero con más acogida en este pequeño pedaso de tierra. Isabel era envidiada por su juventud, belleza y alegría que como una copa de espumoso champagne se desborda en el plato; por su adorable encanto sugestivo que llena toda su persona, y también por las muchas atenciones que personas serias y de reconocida inteligencia tributan a la familia de Isabel, y más que todo, por el gran campo que Isabel se había abierto entre las familias principales y las invitaciones la asediaban, pues ella sabía conquistarse el cariño de unos y el aprecio de otros.

Al saberse que la Marquesita de Pompadour era Isabel Diego todos sus amigos corrieron a felicitarla y hasta muchos que no tenían amistad con ella, lo hicieron guiados por la magestuosidad con que sabía encarnar el personaje de la más famosa, la más conocida y hermosa mujer de Francia, la que durante 18 años (desde 1721 a 1764) fué la verdadera reina, y tuvo entre sus manos los destinos de la ahora República Francesa.

Muchas muchachas y aun señoras, al saber quien era la favorecida por la suerte con el hermoso premio, fué de comentarlos allí mismo, en plena reunión y era de oírse; por un lado se decía.

—¿Qué se dice de esto María?

—¿Qué es ello? te refieres al premio, he?

—Sí María, ¡imagínate el premio para la hija de los Diego! esa mariposilla que anda de flor en flor.

— ¡Oh Emilia; nunca hubiera creído yo que el hermo-

so premio hubiera recaído en Isabel, porque para ella no debió ser ese el premio, sino, unos cuantos días de encierro en su casa solariega. y... ya verías como se le acababa todo ese alboroto que vuelve locos a todos los muchachos que la ven y la conocen.

—Gracias a Dios que yo no tengo un hijo varón, ¡ay María si él andava con historias con esa muchacha; ya verías tú que haría yo de mi hijo! lo mandaría inmediatamente a Inglaterra, como hizo mi amiga Tula con su hijo para que olvidara a una chica bonita por cierto, y que de seguro por ahí debe andar entre las disfrazados.

—Eso no es lo que se llama un buen remedio Emilia, pues además que cuesta tan caro sostener al muchacho en el extranjero, va a derrochar tontamente el dinero y resulta que el día que regresa a su país, vuelve con la muchacha, como está sucediendo hoy día.

Por otro lado se oye esto, entre dos novios:

—Mira Mercedes, que premio más bueno se llevó Isabel Diego!

¡Um...! por bueno que el premio sea, en sus manos no vale la pena, Alberto, convénsete.

—Bah! es verdad que está ataviada con lujo y sabe llevar el traje, pero no es para tanto, pues hay otros disfraces que lucen más y son de más mérito que el de ella.

—¿Qué hay otros mejores, Alberto? no te quepa duda. Pero Isabel es coqueta y con eso basta para que le otorguen el premio.

Otro comentario entre madre e hija:

—Vistes mamá; que Isabel Diego fué la que se llevó el premio; y esto que fué una comisión de jueces calificadores y nadie sabía quien era ella, por que llevaba un tupido antifaz.

—Por el mismo tanto Julia, lo primero que fueron hombres los que integraron el jurado, lo segundo, que ella llevaban antifaz, que si le ven la cara le dan dos premios en vez de uno. Isabel es despreciativa orgullosa y vana, no tiene nada digno de envidiársele, como no sea la coquetería de que ella bien sabe servirse.

—Pero mamá, habiendo disfraces tan lindos, como el de Leonor Delgado, una muchacha tan dulce y tan precio-

sa que se vé en su traje de «Disco Victor», también Tula que es, una Tuth-Tan-Kamen y Adela mi amiga, que lleva el bello traje de Sol, ¡ah! si a mí me hubieran puesto de Juez yo les hubiera dado una lección de buen gusto.

Se acerca a este grupo Alicia Diego, hermana mayor de Isabel. Al ver a Alicia dice la madre de Julia, muy sonriente:

—¡Oh, Alicia! la felicito, Isabel es la única muchacha que vale la pena de ser premiada, qué traje! qué lujo y qué gracia tan encantadora la de ella. Ahora estaba diciendo a Julia que Isabel es una criatura tan bella y tan buena que no hay entre todas una que pueda competir con ella. Isabel es tan linda y sabe escoger con tanto acierto todo lo que usa, que siempre es la más elegante.

Alicia se aleja de allí, y al verla dar la vuelta entre madre e hija se quedan rogándola y comiéndose viva a Isabel. Viene una amiga con su compañero y dice a Julia:

—¡Ya supiste quien se ganó el premio?

—¡Claro que sí, fué la pretenciosa de Isabel Diego, para el traje de Marqueza que lleva no había necesidad de premio, no te parece?

—Calla, por allí dicen que imita perfectamente a la Pompadour, y talvez sea por eso por lo que le dieron el premio, he!

—Tienes razón Elvira, debe ser por eso, pues ella es muy lista y no se quedará atrás en ese sentido—dice la madre a Julia.

Julia se vuelve al compañero de Elvira y le dice:

¿Qué haces tu ahí callado, sin abrir la boca para decir algo Ricardo? ya sabes que te va mal si no estas de nuestra parte, ve que no volvemos a bailar con tigo... ¿qué dices?... arda pronto, da tu opinión.

Digo lo mismo que dicen Uds.; a ella no necesito tenerla contenta, aunque baila divinamente y parece una linda muñeca, pero es pequeña, casi chirriquitica, y a mí no me pasan las mujeres bajitas.

—Oye Julia, el traje de Isabel es costoso, la tela es magnífica y los adornos ya no se diga, cuanto le habrá costado? y ella que no tiene en que caer muerta.

—¡Oh! es lo más fácil, nada cuesta ir a un buen al-

macén y proveerse de lo necesario y después lo irán pagando, conforme esté el bolsillo. Estas son gentes de las que siempre tienen cuentas pendientes en todas partes y al fin son gente elegante y con eso se llenan la boca los comerciantes, aunque no les paguen debidamente.

Se hace un movimiento y luego se ve acercarse Isabel que del brazo del Sr. De la Cuenca y una compacta corte de aduladores la sigue. Al ver a Isabel Elvira se le acerca y cariñosa:

—Isabel, mis más sinceras felicitaciones y me uno a tu coorte que admira y te quiere con cariño,—dice la menaguada Elvira.

Ricardo alargando su mano para felicitar a Isabel, dice:

—Amiguita; uno de sus más rendidos admiradores la felicita de todo corazón—e inclinándose con suma cortesía.

Y así siguen las felicitaciones que recibe Isabel. ¡Oh, mundo ingrato y traidor! te revistas con un ropaje de seda y oro para tendernos un lazo, y te cubres con una máscara de celestial belleza para cautivarnos y hacernos caer en tus redes, y cuando estamos en tus garras nos cortas sin compasión ninguna en mil pedazos que vuelan por el espacio; algunas veces van a caer en manos suaves que se compadecen y lamentan tu tiranía, tu ferocidad salvaje, tu inhumana maldad. Esto sucede cuando tenemos suerte, y cuando no, entonces! ... solo Dios sabe lo que nos espera, aunque vislumbramos un poco de verdad, pues nada bueno se puede esperar de la envidia, la deslealtad, la hipocresía y de los más bajos defectos de que adolece esta ilusa humanidad. Triste análisis es este; pero es la realidad, la verdad limpia y simplificada, pero son la recopilación de los hechos de una humanidad incipida, cruel y descreída. Bárbaros realismos, sin paralelo asimilatorio, dura, pero verdad al fin.

Anita de la Cuenca, la hija de los dueños de la casa, en compañía de Roberto de Lara, venía hacia el centro del salón, cuando de improviso se encontró con Isabel. Anita hizo las presentaciones, Roberto tenía grandiosísimos deseos de conocerla; pues desde que ella se mostró con el ros-

tro descubierto, Roberto pudo apreciar aquella belleza delicada y sugestiva, sintió al estrecharle la mano, una fuerte palpitación y una fuerza magnética le empujaba hacia ella. Esa noche Roberto se sentía feliz y dichoso: había bailado casi todas las piezas con Leonor, y ésta satisfecha de él no se cansaba de verlo tan guapo en su elegante traje de Húsar. Silvia en compañía de varias damas sostenía la siguiente conversación:

—Por lo que se vé Silvia, Roberto está enamorado de Leonor.

—Desde que mi hijo vino de Europa y conoció a Leonorcita, no le gusta otra muchacha.

—¿Y tú qué dices Silvia?

—¡Oh!, Leonorcita es un encanto, después que es tan linda, quiere mucho a sus padres, y una joven que es buena hija, será buena esposa y buena madre.

—¿Leonor está enamorada de tu hijo?

—No sé Matilde, aunque Leonorcita tiene bastante confianza en mí, nunca me ha hecho ninguna confidencia de sus amores. Ellos siempre están juntos, pero hasta ahora, no han dado lugar para que yo pueda suponer que se aman. Con ella no hemos tenido ninguna conversación análoga al asunto, pero yo comprendo que no hay entre ellos más que una sincera amistad.

—Leonor es una magnífica muchacha; y hoy día que anda la juventud tan desparpajada, tan libertosa, tan modernizada, es una dicha encontrar una muchacha juiciosa, buena y seria, y Leonor Delgado se puede contar en este reducido número. Silvia, ahora hay que tener mucho cuidado con los muchachos para el matrimonio; pues ahora que la situación se presenta tan civilizada, ha creado mucha libertad a la mujer; y la que no es inteligente considera esta civilización de distinta manera, le da un sentido contrario que redundará en mal hacia ella.

—Matilde, tú tienes muchísima razón, hoy día es el matrimonio un problema difícil de resolver. Este requiere mucho pulso, mucho cuidado, buen criterio, gran filosofía, bastante paciencia, un poco de carácter y buena voluntad.

—Ahora es tan difícil encontrar un matrimonio bien

venido. Muchachos jóvenes que se casan enamorados, un año después están divorciándose. ¡Oh, que calamidad! Cómo están degenerando estas generaciones, y cada día tiende más a la libertad incomprendida, a la civilización mundana no definida y a la modernización desprovista de moral.

Parece mentira que en nuestra juventud de ahora, se haya terminado la poderosa sabia que resplandecía en los cerebros de nuestros antepasados: aquella sinceridad y lealtad a prueba de hecatombes, el templo de acero, la gran moralidad, el sentido práctico, todo aquello ha desaparecido gradualmente, y si ahora lamentamos la falta de acción, la incompetencia, el poco apego para el enaltecimiento, y la coronación de los más caros ideales; más tarde nuestros hijos lamentarán la falta de moralidad, del desinterés y de la honradez. Porque un país demasiado civilizado, donde impera la mucha libertad para llegar a terminarse el preciado dón de la honradez que está por encima de las demás cosas. Un país que no esté debidamente preparado para una abalancha de civilización, puede sucumbir fácilmente, y si la libertad abre una brecha en nuestro país, están perdidos todos los esfuerzos de los antepasados nuestros, que formaron sólidas cimientos para el porvenir.

—¡Oh!, Silvia, si tú supieras cuánto me cuesta comprender hasta qué grado ha llegado la juventud a modernizarse, a perdido toda noción de las cosas, de la definición abstracta de los hechos, y por último viene a terminar en la insuficiencia para formar un hogar y ser más tarde los mejores maestros y concejeros de sus hijos. No puedes imaginarte siquiera por un momento, las penas que yo paso al pensar que tengo una hija de 22 años, que está en la edad capaz de poderse casar y llegar a ser una buena esposa, por que yo no concibo un buen matrimonio, cuando los dos son demasiado jóvenes. El no es un hombre suficientemente experimentado en las luchas de la vida, no ha analizado su carácter y suficiencia para un cambio de vida. Por último, no está capacitado para vivir la vida como se debe vivir. Y ella, en su juventud e inexperiencia, no puede dar el valor a las cosas, no comprende el significado

de los hechos, ni los mil cambios que en la vida pueden sobrevenir; el buen sentido y la cordura no puede ser el báculo de un hogar cuando el ama es demasiado joven.

—Marta tiene muchísima razón. Silvia,—dice Martilde—porque tú comprenderás que por mucho que un marido ame a su esposa, no se concretará a prepararla para llegar a ser lo que se llama una verdadera mujer, dispuesta para ayudar a su marido en las difíciles tareas de la vida.

Y así siguieron conversando por algunos momentos, hasta que un caballero las llevó al salón-comedor.

Roberto estaba muy entusiasmado con su novia al principio del baile y hasta le prometió una serenata; pero cuando conoció y bailó con Isabel, cambió de ideas; por fortuna no dijo a Leonor cuando le llevaría la serenata, por que después de estar con Isabel todos sus buenos propósitos de fidelidad hacia su novia fueron debilitándose, y mientras tocaba la marimba un sentimental tango al pie de la ventana de Isabel, Roberto se decía mentalmente: —Realmente, Isabel es deliciosa, esa vivacidad que posee en alto grado la favorece tanto, que emana de ella una sugestión, que estoy tentado de probar; tiene un no sé qué de despectivo que atrae, el poder de lo desconocido es más fuerte que mi voluntad. Pero no, aunque Isabel sea tan bella, Leonor es también encantadora y me quiere tanto que sería muy ingrato de mi parte no ser tan variable; esta sugestión pasará luego; yo me conozco bien, además mamá lo sabría luego, y no hay necesidad de disgustarla, ella quiere mucho a Leonor, y ésta andaría con celos . . . ¡Ay qué horror le tengo a los celos! Esa maldita enfermedad que tanto prevalece en la mujer, es mortífera, y a nosotros los hombres nos daña cruelmente una mujer celosa, porque yo no soportaría ni un minuto a una mujer que me celara, con sus estúpidos celos se hacen cargantes y todo el atractivo se acaba.

Han pasado algunas semanas. Leonor está triste, se siente cansada, desanimada, no quiere salir a ninguna parte, y se nota en ella una nerviosidad febril. Su madre le pregunta con solicitud, que tiene; y ella contesta invariablemente: No tengo nada, estoy mejor que nunca, mamá,

no te aflijas por mí, que no me pasa nada. Leonor no quería decir en su casa lo que tanto la afligía y que valientemente soportaba. Pero un día fué a casa de Silvia, y ésta que tenía adoración por ella, le conoció en el semblante toda la pena que embargaba su corazón.

—Leonorcita,—dice, cuéntame qué le sucede? Ud. tiene alguna pena; tenga confianza en mí que tal vez lo- gre consolarla.

—Pero Silvia, qué penas puedo tener yo?...nada me pasa, créame digo la verdad.

—Yo soy mayor que Ud. Leonorcita, y por lo tanto tengo más experiencia, más conocimiento, no me gusta verla con el semblante contristado, y leo en su rostro un no se qué, que no es natural en Ud. Oígame; ¿no cree Ud. que yo puede consolarla en su aflicción? Sea franca y dígame la verdad; en su casa ha tenido algún disgusto? alguna amiga la envidia y a tenido Ud. con ella palabras desagradables? O está enojada con Roberto? cuál de todas estas cosas es la que tiene a Ud. tan preocupada?

Mientras Silvia iba preguntando con solicitud maternal cual sería la pena que adolecía su amiga, esta contestaba con un no rotundo que no daba lugar a duda; pero al llegar a la última pregunta, no tuvo valor la interrogada para negar y se quedó callada y con la cabeza baja. Silvia le mira muy intrigada y comprende que si calla es porque esa es la razón por la que se siente triste y con el semblante abatido, y que solo por delicadeza, no quiere decir la verdad.

V

Roberto es de una naturaleza especial; su carácter sus gustos y hasta sus más insignificantes deseos son una especialidad. Estaba dotado de una gran fuerza de voluntad, pero que nunca ejercía en asuntos ligeros como solía llamar a los enredos amorosos, y le satisfacía mucho el ver a dos mujeres que se disputan su amor, para él, el amor era un juego divertido, el que vale la pena de jugarse y de arriesgarse. Le agradaban todas las mujeres bonitas que veía; todas las que le gustaban las cortejaba y se

ocupaba por algún tiempo sólo de aquella nueva conquista, la anterior quedaba relegada al olvido; se alejaba de ella con una facilidad asombrosa, y sin decirle una palabra que denotara un deseado rompimiento por parte de él. Roberto entre las muchas cualidades que poseía, tenía el defecto de ser voluble, la inconstancia en amores era su inseparable compañera, y siempre que alguien le hacía notar ese defecto, contestaba con tranquilidad: "En la variedad está el gusto, y para que el gusto sea refinado, se debe practicar con constancia"; y nunca trataba de corregirse, o no quería tomarse la molestia de hacerlo, y si entre sus amigos alguno tocaba ese punto, Roberto decía con un deje de amargura:

—Yo mismo no comprendo mi modo de ser y pensar. Tengo un carácter extraño; lo que hace unos días me gustaba con delirio, ahora no lo puedo soportar, lo aborrezco y me parece fastidioso. Así soy con respecto a las mujeres y los caballos. Es este un defecto del que algunas veces me avergüenzo, me arrepiento de mi falta de carácter, y me extraña sobre manera que teniendo tanta fuerza de voluntad para otras cosas, por qué para el amor soy tan débil y me dejo llevar de ese sentimiento dulce y agrio a la vez? Porque hay que convenir en que el amor es la cosa más bella que hay en la tierra, fuera de él, todo es mentira, la esencia de lo divino está en el amor; pero ese amor verdadero, recíproco, desinteresado, noble, sublime hasta el sacrificio. Mas hoy es tan difícil llegar a saber cuándo uno es amado!—y con un suspiro y un rictus de tristeza en la comisura de los labios—¡Ay...! por qué es tan falso este pícaro mundo? y por qué está lleno de tantas tentaciones? Si yo soy inconstante, no por eso quiere decir que todo el mundo sea así. Bien, si por mi mal adolezco de volubilidad, es porque no he puesto empeño en amoldar mis gustos y arreglármelas de modo que no sea perjudicial para ambas partes; tengo, es verdad, volubilidad de un cubano de pura raza pero tengo suficiente sentido moral y comprendo, que por tarde que sea, siempre llegaremos al convencimiento de que vivimos en un error. La vida es corta y hay que

S. 6—N. de A.

vivirla. Los goces no siempre están al alcance de la mano, y cuando llegamos a tocarlos hay que aprovecharlos, antes que sea demasiado tarde.

—Pero Roberto—dice uno de sus oyentes—¿por qué no haces la prueba de corregir tu insaciable ansia a enamorar a toja chica que se coloca ante tu nariz?

—Porque la mujer es el sér más bello, más delicado, divino, sensible y amoroso que hay sobre la tierra y necesita que siempre se le tribute un homenaje; y yo que sienta en mí un alto grado de curiosidad, comprendo que el amor será un gran aliado para llegar a conocer un poco siquiera a la mujer, y cada vez que me separo de alguna, veo que no la he conocido a fondo y que encierra un segundo yo, que no está al alcance nuestro, y así, voy en busca de otra, esperando conocer algo más; y he sacado en conclusión, que la mujer es algo delicioso e imprescindible para nosotros, pero tenemos que tratarle con mucho pulso, no debemos jugar con ella, pues perderíamos la partida. Ella tiene más capacidad que nosotros; es más lista, más perspicaz y analiza con más rapidez; ella es un sér delicado que requiere mucho cuidado, suavidad, atención y cariño. Estudiad bien a la mujer y comprenderéis que ella quiere por bien y no por mal.

—No cambiarás por hoy, pero luego cuando encuentres quien te venza, entonces quiero verte.

—Pues Paco,—dice Roberto,—sacudiendo tranquilamente la ceniza de su cigarrillo en la cenicera—Ya es muy tarde para cambiar carácter. ¡Oh... eso sería aventurado y no verá nadie en algún tiempo esa reforma!—con un suspiro—Esto es nadar contra la corriente; es de todo punto imposible el hacerme cambiar. Nací con este mi carácter, vivo en él, y así moriré. ¡Caray....! había que hacer bailar al diablo ante mí para que yo cambiase, y aun así lo dudo. Calla por un segundo, y luego, dejando caer pesadamente la cabeza sobre el respaldo del sillón, dice con gesto aburrido:

—Al fin y al cabo este carácter que yo tengo, es molesto y cansado; pues no se encuentra la tranquilidad y la perfección del gusto en ninguna parte y así no se puede

ser feliz. — Con la mirada vaga y sonrisa desdeñosa—Compadecoo a la mujer que algún día se enamore de mí; pues sería difícil que llegara a comprenderme, y estoy seguro de no hacer feliz.

Silvia conocía muy poco el corazón de su hijo, sabía de sus gustos pasados, pero no los presentes, ni de sus deseos, ni pensamientos, pues los jóvenes, generalmente son menos comunicativos con sus padres que las niñas. Creía conocerlo muy a fondo, pues ella misma le había formado el corazón y de las primeras nociones ella fué su preceptora; pero luego dejó de verlo y de estar en su compañía. Cuando Roberto estaba educándose en Suiza, ella iba cada dos años a verlo y se lo llevaba a pasar las vacaciones fuera del país, pero ese poco tiempo que pasaban juntos era insuficiente para comprender el carácter y gustos de un muchacho educado a la moderna, en un colegio de reconocida distinción y en un país europeo. Un muchacho de inteligencia viva, carácter fogoso y muy dado a las innovaciones y aventuras, que ponían fuera de quicio a sus profesores y daba mucho que hacer a sus compañeros y amigos, no es de extrañar que en sus amores, cambiase de novia como cambiar traje.

Roberto había visto en Isabel el ideal que siempre encontraba en una nueva conquista. Le parecía que cada una encerraba un secreto distinto que él debía conocer, su curiosidad de niño, no se saciaba nunca, pues decía, que cada una era un libro en el que había mucho que aprender, y en lugar de evitarlas, las buscaba.

Primero trató esquivar a Isabel para no dar lugar a una escena de celos por parte de Leonor, pero sin saber cómo, poco a poco fué acercándosele. Primero por amistad después por cariño y por último por amor, visitaba su casa. Roberto con la mayor despreocupación, pensaba de Leonor, como de las anteriores novias y se decía: "cuando venga la escena interesante de los celos me marchó y todo ha concluido". Se quedaba un momento pensativo y luego divagando: «Las novias pasadas son copas vacías... etc,.... etc»

Un día Jorge del Castillo conversando con su buen amigo Roberto le dijo en intimidad:

—Roberto, ¿te gusta de veras Isabel Diego?.

—¡Oh!—dice Roberto con entusiasmo—no hay duda, hombre, esto es tan claro como el cristal. Otro amigo interviene.

—Pero hombre Roberto, dime ¿qué es lo que te ha gustado en Isabel Diego? sé franco y di la verdad.

—“En primer lugar, Isabel es una especialidad; en segundo, el corazoncito atolondrado que posee, ese fuego que llamea en sus ojos negros y profundos como un abismo, y en el que con gusto me arrojaría de cabeza, Yo sé que Isabel no ha amado nunca a ningún hombre, aunque tenga por allí alguno que la corteja, sé que varias veces ha estado a punto de casarse y ha desistido por falta de amor. Pues bien; lo que a mí me atrae es ese fogoso corazón que nunca ha conocido el amor y yo puedo enseñarle a conocer, en el que ya se me están quemando las alas, pues ella posee en sus divinos ojos un fuego que me abraza; ella nunca ha sentido el amor porque no ha habido quien se lo muestre y por lo tanto no conoce la felicidad, pues no hay cosa más grande y más sublime sobre la tierra que el AMOR. . . . ; pero yo me encargo de ser su profesor y pronto verán Uds. que yo triunfo en mi discípula, por que siempre suele suceder que la discípula aventaja al profesor”

—Ah. . . . ! se ve Roberto que tú desconoces por completo a Isabel. Ella no es como la mayoría de las muchachas romántica y que busca la felicidad en el amor. No, ella cifra sus más caros anhelos en conseguir lo que se llama “un buen partido” y este para ser aceptado por ella debe reunir las cualidades de ser un muchacho guapo, distinguido y rico.

Roberto suelta una alegre carcajada.

—Bab!—dice—no crean Uds. que las cláusulas del reglamento sean tan estrictas. Ella es joven, bella y tiene un tierno corazón; si no ha amado, amaré. Yo os lo afirmo y cuando yo me lanzo a una empresa es porque estoy seguro de salir victorioso.

—Oh, Roberto! eres porfiado, sigue con tu tema de

conquistar a Isabel, pero, te diré, eso se llama "... echar sal a la mar."

—Tú lo has dicho; yo soy porfiado, y por más que te empeñes no me harás retroceder, he metido la mano al fuego y tengo que sacarla o dejar que se me quemé; eso nunca!

Pasaron algunos días. Roberto siempre seguía atento y cariñoso con Leonor, pero no era lo suficiente para que la muchacha no lo notara. Ya no era aquel cariño de novio que con frases impregnadas de un fuerte amor confesó un día a Leonor. Pero debemos recordar que Roberto padecía del Mal de Amores, y si este era todavía cariñoso con ella, era debido a que no quería disgustar a su madre; además leía una dulzura inagotable en la mirada cariñosa de su novia y esto le quitaba las fuerzas para romper definitivamente sus relaciones, pues él sentía hacia ella gran cariño y en el fondo de su corazón algo que le hacía tener consideraciones para con ella; tenía un alma hermosa y si ella le perdonaba su desvío, él estaba perdido, pues ella con su inmenso amor y abnegación, y su madre con el enojo, tenía que verse obligado irremisiblemente a dos cosas: a casarse con Leonor o a disgustar a su madre para toda su vida.

Roberto logró la conquista deseada después de algunos días. Isabel cayó al fin en las redes de aquel guapo seductor. Otra víctima de las seducciones, y enamorada no un hombre que su mayor encanto consistía en jugar con el amor, pues Roberto no se enamoraba de las mujeres que lo buscaban, sino de aquellas que lo despreciaban, conquistas fáciles no le agradaban, las detestaba, no les encontraba atractivo, y buscaba lo difícil, lo escabroso, y algunas veces lo peligroso y las aventuras fuertes. Cortejó a Isabel con la misma asiduidad que a Leonor y a otras tantas, pero nunca se presentó en público más que en compañía de su madre y algunas veces con ésta y Leonor. Esto provocaba en el público, ávido de sensaciones, el ridículo para las dos muchachas que se disputaban un mismo hombre. Al principio Leonor no trató de inquirir el motivo del desvío de Roberto, pero los chismes (que nunca faltan en las ciudades pequeñas) y que destruyen

la felicidad de una familia y la tranquilidad de un hogar, la pusieron al tanto. Esta polilla destructora que tanto se propaga y jamás termina, penetró un día en casa de Leonor en forma de una amiga íntima. La maldad se reviste de sus mejores galas para perjudicar !Oh... los chismesi huid de ellos y de quien los fomenta como de un animal feróz de un insecto venenoso; esa es la peor enfermedad de que puede adolecer una persona, es el dardo más venenoso que penetra hasta el fondo y produce una muerte lenta y dolorosa.

Con bien preparada conversación llegóse la amiga a casa de Leonor, y con naturalidad y cuidado acostumbrados al oficio, dice:

—Tú eres amiga de Isabel Diego?

—No, la conozco, pero no somos amigas, aunque en varias ocasiones hemos estado juntas en algunas reuniones. Pero ni ella a tratado de acercarse a mi, ni yo a ella

—“Oh! esto es claro, tú sabes que cuando dos personas tienen el mismo gusto no congenian, verdad?, pero no siempre sucede esto; otras veces se aborrecen hay entre ellas un odio que las separa, y tratan de hacerse mal y, más mal”.

—Bien, y a qué viene todo esto?

—Oh! qué sencilla eres Leonor.

—Por qué te admira?, no todas estamos en la obligación de tener un gran talento ni poder comprender a las personas que hablan con monosílabas? ¿Qué me quieres dar a entender al decirme que soy sencilla, he?

—Pues si tú te tomaras la molestia de abrir un poco más los ojos, verías lo que todos ven, y tú teniéndolo en la punta de la nariz no le ves.

—Y ¿qué es lo que todo el mundo vé...y yo no?

—Pues hija que tu novio tiene muchas enamoradas.

—Pues dice María Luisa...con la misma entonación que adoptó su amiga siempre las ha tenido, desde que estaba pequeño.

A la amiga no le cayó muy en gracia el modo como lo tomó Leonor, y con despecho y sonrisa sarcástica:

—Las de aquél tiempo no importan, esas no afectan ya están descartadas, pero las de ahora sí, pues si tu te

descuidas te lo quitan Leonor, y será difícil que lo recuperes.

—Sabes tú quién es la que me lo quiere quitar, María Luisa?

—Sé de una que te lo quitará pues es más lista que tú.

—Y quién es ella?

—Isabel Diego, dijo la picotera de la amiga, recalando las sílabas para que el veneno fuera más activo.

Leonor sintió en el fondo de su corazón una fuerte punzada, pero aparentando indiferencia, repuso:

—Isabel es muy disputada entre los muchachos, y no creo que se ocupe en quitarle el novio a otra, cuando ella tiene el suyo.

—Ah . . . ! se ve que vives en la luna, que no sabes que ya dos serenatas que Roberto lleva a Isabel; todos los días está de visita en casa de ella, todos los días le manda hermosísimos ramos de rosas, y el sábado, en el teatro fué a sentarse a su palco y al salir la trajo en su carro. Y todo esto te parece poco?

Leonor sintió la fuerte mordedura de los celos. En su alma se libraba la más terrible batalla; y haciendo titánicos esfuerzos logró contenerse y sin darle tiempo a la inofensiva amiga para que se gozara en su triunfo dijo con indiferencia:

—“Eso era todo?, pues no valía la pena de que tu te molestaras viniendo aquí con ese pastel. Si Roberto gasta su dinero en pájaros de mal agüero, eso no me importa, dícelo a su mamá. Yo sé que el amor de Roberto es sólo para mí, que es lo que yo deseo, aunque les pese a todas mis amigas y a tí la más envidiosa de todas”.

Y dando media vuelta salió del salón dejando plantada a la chismosa amiga que creyó ir por lana y salió trasquilada.

Esta era la causa de la tristeza que se leía en el bello semblante de Leonor. Desde que supo el poco correcto proceder de su novio, no tuvo gusto, y quiso averiguar la verdad de los hechos, pero reflexionó y comprendió que lo mejor era esperar; que talvez no sería verdad todo lo que María Luisa le había dicho, que talvez había ido guiada por envidia, por despecho, o por enemistarla con Isabel.

Leonor no creía que ese fuera el comportamiento de Roberto, pues tenía demasiada confianza en él. ¡Pobre mujer enamorada! tan confiada, tan creída, tan poco lista, el amor la ciega y no vé más que por los ojos del hombre quien ama; el amor la desposee de criterio, de sentido común la inteligencia se aplanay, desencilla una cosa se torna grande; no se perdona una insignificancia, o perdona demasiado. La pobre Leonor había puesto todas sus facultades en juego para conseguir la conquista de Roberto; creía tenerlo bien seguro y se equivocaba de medio a medio. Para conceder el amor a un hombre hay que conocerlo bien primero y estar seguro de él. Cuando menos lo esperamos nos hace una trastada. Una mujer inteligente no necesita de mucho para conocer al hombre que la pretende, ella misma hace que él se coloque en el verdadero terreno, y con un poco de buen sentido fácil deducción y habilidad, se puede conseguir lo que se desea, pues nada hay difícil en la vida cuando se tienen verdaderos deseos de llegar a conseguir su realización, se necesita nada más que buena voluntad y perseverancia. Leonor creía firmemente que Roberto estaba enamorado de ella y le había declarado su amor con una ferviente pasión, y de modo tal, que no podía ser falso. ¡Ah qué engañado vive el mundo! . . . si todo lo que se dice y se promete fuera cierto qué hermoso sería este mundo!, pero desde los primitivos padres, Adán y Eva, comenzó a existir la mentira y no tendrá fin sino hasta la terminación de los siglos. Ya no se conoce la veracidad, la abnegación, la solidaridad; solo se vé por donde quiera que se extiende la vista, el destello de las formidables armas de la impiedad, la hipocresía el lucro y la corrupción. ¡Oh. . . humanidad, a qué grado de civilización has llegado! La pobre Leonor todavía no sabía quién era Roberto, ni lo tornát!! de su poco firme carácter y mucho menos podía imaginar los sufrimientos que el destino y su loca ambición le tenían reservados. Pasaba largas horas entregada a sus cavilaciones y siempre terminaba de este modo:

—“No es posible, por más que juren no lo creeré, mis amigas envidiosas de mi dicha quieren destruir mi felicidad y quitarme el novio; ¡ah Roberto! te quiero tanto,

tanto, que es imposible amarte más y si tu amor me faltara, me moriría de pena. No, yo tengo que hacer lo posible por conservar a Roberto, él es mi dicha, mi vida y en sus manos está la realización de mi sueño."

Silvia, con mucho pulso, gran cariño y especial cuidado en las palabras que pronunciaba, logró que Leonor le dijera lo que había pasado. Entre ellos no había habido enojo alguno, ella no había dado motivo para llegar a esa situación, por lo tanto Silvia dedujo, que Roberto había dejado a Leonor deliberadamente, o que no estaba enamorado de ella, sino que todo había sido un pasatiempo. Silvia no conocía bien a su hijo y se dijo mentalmente; «que hacer esas conjeturas era aventurarse por un camino desconocido, y que lo mejor sería averiguar la verdad y después si era cierto, llamarle seriamente la atención y encaminarlo otra vez a Leonor y ésta con su cariño y dulzura harían lo demás; su hijo era demasiado joven y le obedecía tanto que no dudaba del éxito.» Y con frases cariñosas convenció a Leonor de que aquello era envidia de sus amigas, que no volviera a dar crédito e los comentarios que se hicieran respecto a sus amores con Roberto, y que tuviera confianza en ella, que haría hasta un imposible por conservarle el amor de su novio. Las palabras de Silvia devolvieron la calma al apenado corazón de Leonor, y con semblante alegre esperó la llegada de Roberto. Este, al regresar a su casa encontró a su madre y a Leonor en tan grata intimidad, que, sentándose en una silla baja a los pies de las dos mujeres, participó de aquella dulce intimidad.

El calor del hogar era tan agradable, y Roberto había carecido de él durante tanto tiempo, que aquél momento le pareció muy grato.

Roberto era muy joven, no contaba más que veinte y tres años y a esa edad no es posible que un hombre tenga tanto apego a su casa, pues los placeres mundanos son tan variados de día en día que retienen a los hombres fuera del hogar más de lo debido.

Roberto al ver a Leonor se mostró muy cariñoso con ella, era ferviente adorador de la belleza y Leonor tenía cierta dulzura, cierta gracia que lo cautivaba; y sin que

él pusiera nada de su parte, al verla se sentía fascinado, ella lo atraía y no tenía más ojos que para ella. aunque al dar la vuelta, ya no pensara, ni se ocupara de Leonor, él se sentía inclinado hacia ella por un poder desconocido que leía en sus ojos y lo encadenaba a sus pies; ésta era la causa por la que Roberto no se alejaba definitivamente de Leonor.

IV

ANGEL es un simpático muchacho, que tiene la cabeza un poco ligera y el nada agradable estado de ser casado desde hace tres años, con una mujer linda que lo domina y lo cela: él pasa por todo pues ella es la dueña del capital que su marido se ocupa de botar tontamente, y padece la flaqueza de enamorarse de cuanta mujer vé, aunque sea una escoba con falda. Y es de verse los apuros que pasa el pobre marido para que su cara mitad no sepa, que se dá sus escapadas a la Laguna de Ilopango o a La Libertad en compañía de amigos y unas cuantas chicas.

Angel es jóven, alegre, simpático, gastador y juerquista; siempre anda en compañía de amigos solteros, que no tienen otra ocupación que las parrandas. Como hombre elegante que es, está en contacto con todos los hombres aún con los de mayor edad que él, en todas partes es solicitada su amistad, y donde quiera que está, se goza con sus incomparables y numerosas historias que cuenta con mucha gracia, que se hace indispensable.

Tiene la manía de enamorarse aunque sea por quince días, pero solo de obreras, muchachas pobres y de clase baja, pero siempre de mujeres bonitas, y tiene la suerte de ser aceptado por todas aquellas que corteja; tal vez sea por su simpatía, pero más que todo por la esplendidez con que las obsequia. A Angel no le importa el dinero que tira, con tal de divertirse. Además él sabe que el dinero no falta en casa y aunque faltara, sus suegros son bastante ricos y se lo proporcionarán.

El tiempo siguió su curso ordinario. Habían transcurrido unas cuatro semanas. La casa de Silvia volvió a ser alegre con la constante presencia de Leonor.

Roberto como niño mimado a quien le sobran los ju,

guetes, era antojadizo, exigente e inconstante, y pronto se cansó de las melocidades de la Marquesita, (como llamaba a Isabel Diego desde el baile de disfraces en que ella vestía el traje de Madame de Pompadour) Isabel creyó encadenar a Roberto con halagos, y ponía toda su seductora gracia en agradarle; para Roberto no tenía nunca un no, ni un imposible, todo lo que él deseaba se le concedía pronto o se adelantaba a sus deseos, y esto fué lo que contribuyó para que el enamoradizo Roberto no diera tanta importancia a esa conquista, y luego se cansó de ella, y un día de tantos dejó de visitar la casa de Isabel, que inconsolable le llamó por teléfono, se valió de varios amigos para que se lo trajeran, o le hicieran comprender que ella le quería siempre y que su ausencia la hacía sufrir. Los días pasaban y Roberto no venía. Un día se decidió a preguntar a un amigo de Roberto cuál era la causa por lo que aquél novolvía hacia ella y que no se le veía por ninguna parte. ¡Cuál sería su furor al oír esta contestación!: Roberto está en su beneficio «Lourdis» en compañía de su madre y de Leonor Delgado de la que es novio según rumores». La marquesita se sintió morir y por poco le da un desmayo, una cólera sorda se alvergaba en su despreciado corazón por la detestable afrenta de haber sido engañada tan descaradamente por un muchacho, que había tenido el atrevimiento de declararle su amor, un amor falso, que rebosaba apasionado en las más insignificantes palabras, y que no había sido más que una farsa, una sarta de palabras afrentosas para aquella que pudo dar oídos a una apasionada declaración, pues Isabel no había sido sino una de tantas románticas víctimas del amor ideal, de la ambición de honores y grandezas: el juguete nuevo en manos de un niño descontentadizo.

La marquesita estaba poseída de un furor terrible y se decía interiormente: que se vengaría de ese fachendoso Roberto, y lo haría en la persona que más quisiera él, para que el dolor fuera más agudo, pues la había ofendido bárbaramente, en lo más hondo de su corazón. jugando con ella, como con una flor que después que se lleva en la solapa y se luce por todas partes, un día después se arroja a la basura o se pisotea, pero todo eso se paga con creces.

Además Isabel no era de las que desmayan al primer fracaso, nó, ella era una muchacha astuta que por un descuido perdió el equilibrio esta vez pero estaba dispuesta a desquitarse lo mejor que pudiera para salir airosa como tantas veces lo había hecho, siempre que tenía necesidad.

En «Lourdis» se hacía una vida agradable, deliciosa. El tiempo inmejorable, siempre despejado; un cielo azul y límpido, el sol suave y tibio, el aire perfumado, una exuberante vegetación crecía alrededor de la blanca casita que se destacaba en el verde llano, como una titilante estrella en un jirón de cielo otoñal. Atrás de esta diminuta residencia, una huerta provista de sabrosos frutos de la estación, cultivados por expertas manos, y al frente un pequeño y florido jardín cuidado con esmero, cuyas delicadas flores perfumaban el ambiente, unidas al delicioso perfume de los azahares de naranjos que poblaban las cercanías de la casa. Después una calle ancha, recta, muy limpia y enarenada, que conduce a los grandes patios de café, y un poco más allá el Beneficio, que lo separa regular distancia de la casa de habitación de la familia de Lara. El clima es benigno, y todo lo que se puede abarcar con la vista desde la colina donde está ubicada la casa, es bello, sugestivo y atrayente. Todo allí invita a una vida apasible y deliciosa.

Leonor pasó días felices en esa magnífica posesión. De Roberto puede decirse lo mismo, pues allí en la intimidad conoció las buenas cualidades de Leonor y de las que ella nunca hacía alarde porque era una muchacha modesta. Roberto notó la gran diferencia de Leonor a la marquesita. La una tan alborotada, locuaz, y coqueta; la otra dulce, tranquila, modesta, amorosa y un poco coqueta, sí, pero solo para él, y no para la generalidad; muy enamorada, pero sin demostrarlo de todo.

Ha transcurrido todo el mes de Febrero, y empieza a sentirse el calor sofocante del mes de Marzo, el sol es fuerte, quema y molesta mucho en aquella zona,

Un día llegaron unos amigos de Roberto a visitarlo. De esta capital se puede ir a «Lourdis» en automóvil y así llegaron esos amigos. Era Luis Gutiérrez y Aguirre

(Conde Moneda Falsa), Jorge del Castillo, y el inseparable y simpático Angel, gran amigo de Roberto. Pasaron un día delicioso y en el que reinó la más cordial alegría, y al llegarse la noche regresaron a la capital. Pero antes cumplieron con sus deseos, pues el objeto de aquella visita era el traerse a Roberto para la ciudad y conociendo su carácter, trataron de llenarle la cabeza de las mil fiestas que se tenían preparadas y otras tantas diabluras: una nueva Compañía de Zarzuelas que estaba exhibiendo cuadros plásticos al desnudo, un grupo de coristas lindísimas que lucían sus blancas formas, ligerísimas de ropa, y así una infinidad de diversiones, de las que él se estaba perdiendo, y de cosas por el estilo le llenaron la cabeza para obligarlo a venirse a la ciudad, lo más pronto posible pues les estaba haciendo falta. Pero ellos en su loco afán de divertirse no contaban con Silvia, que es una mujer de carácter, y desde que ellos empezaron a hablar de las muchas distracciones que se preparaban, conoció que el objeto de la visita de los amigos no era otra que llevarse a su hijo para la ciudad, y eso era lo que ella quería evitar a todo trance, pues lo separaban de Leonorcita cuando tanto le había costado a ella hacer entrar a Roberto en el surco y caminar de acuerdo por el camino del matrimonio. Cuando Roberto le preguntó el día siguiente, qué pensaba de la temporada en «Lourdis», Silvia dijo:

—«El campo es delicioso y se puede vivir en él con tranquilidad y sin preocupaciones, mas cuando se está en familia, estos ratos de solas resultan cortos. Yo creo que podremos estar unos días más en nuestro rinconcito de estas colinas, y dentro de una semana, a más tardar regresaremos a San Salvador, pues tú, querido hijo mío, debes tener deseos de estar con tus amigos y frecuentar los círculos sociales. No es así?».

Roberto no queriendo dar a comprender a su madre que se muere por irse a la capital, se contenta con decir distraídamente:

—«Oh! yo estoy contento donde quiera, siempre que esté en tu compañía madre mía.»

—«Qué bueno eres hijo querido, tienes que ser el hombre más feliz de la tierra, pues eres un hijo modelo. A-

demás no podemos estarnos aquí más de una semana, pues a Leonorcita sus padres le dieron permiso para un mes. ya nos hemos tomado quince días más, y para que en otra ocasión no nos la nieguen, tenemos que ser cumplidos esta vez. No te parece? »

—Sí mamá, todo lo que tu hagas está bien hecho.

Roberto había estado muy contento, todo el tiempo que estuvo con su madre y Leonor, pero desde el día en que llegaron sus amigos. ya no tuvo tranquilidad, contaba las horas, y los días se le hacían largos, interminables y aburridos. Hacía supremos esfuerzos para no demostrar ante su madre, que estaba desesperado por volver a la capital. Silvia que era mujer inteligente y de mucha penetración, conoció en el acto, que su hijo estaba molesto porque le temporada se hacía demasiado larga. Su hijo era tan joven y a esa edad los muchachos necesitan de amigos que les hagan agradable la vida, y la amistad les es muy necesaria para todas sus distracciones, pero notó que desde que vinieron de visita los amigos de la capital ya no se contentaba con los vecinos de su propiedad, y de seguro, con algo vinieron los amigos que le imbuyeron en la cabeza de su hijo, para que éste se sintiera nervioso y deseoso de volver a su casa de San Salvador.

VII

HACIA una semana escasa que se hallaba en San Salvador de regreso de su temporada en «Lourdis», cuando una mañana de improviso Roberto tropezó en una esquina con una muchacha de clase baja pero con el aspecto de no ser esa su verdadera categoría.

Era una muchacha humilde, que vestía con sencillez un trajecito pálido, y la misma sencillez de su traje hacía resaltar la esplendente frescura de su gracioso rostro, enmarcado en una cabellera oscura y risada.

Esta insignificante figura es nada menos que Carmela la alegre modistilla del Taller «Montmartre» de la señorita Rosa, y que nuestros lectores no habrán olvidado.

La acera por la que caminaba Roberto y en la que la casualidad le colocó ante su paso a Carmela, estaba bastante concurrida y era demasiado angosta. Roberto de pronto le molestó aquél encuentro que le detenía, pues tenía necesidad de estar puntual en una cita, pero mientras pedía excusas a la persona que le interceptaba el paso, se fijó detenidamente en ella y notó que era muy bonita. Después de unos segundos en que la examinó con deleite le dejó el paso libre; mientras contemplaba aquél rostro agradable y sumamente joven, no pensó en que el tiempo pasaba y podía llegar tarde a la cita. Siguió su camino, pero apenas había andado unos veinte pasos, regresó y siguió de cerca a la graciosa modistilla que acababa de interceptarle el paso, y que desde ese momento empezó a interesarle más de lo que debía, y por la que se sentía arrastrado, en su loco afán de perseguir a las mujeres bonitas, y su insaciable curiosidad podía llevarle algún día a un fatal desengaño; pero la casualidad

que en todas partes mete su mano, hizo que a la vuelta de una esquina la perdiera de vista y ya lo le fué posible encontrarla. Desistió de su empeño en buscarla pues recordó el compromiso que tenía con un amigo que lo estaba esperando, y el cual le tacharía de incumplido, pero no era culpa suya, sino de su corazón impresionable que le agrada admirar la belleza y la estética, pues las mujeres ejercían sobre él un poder fascinador, ¡oh las mujeres! eran su mayor obsesión, esas maripocillas de luz que revolotean al rededor de las cabezas débiles y corazones frágiles; eran la enfermedad del pobre Roberto. El mismo comprendía que su carácter enamorado y voluble le acarrearía fatales consecuencias, pero no podía o no quería detenerse en la pendiente por la cual se deslizaba suavemente empujado por la suerte que lo favorecía, y estaba dispuesto a soportar los resultados hasta el fin.

Este encuentro hubiera pasado desapercibido, si el destino no hubiera estado de por medio, pero la casualidad que es la que interviene en todo, se mezcló en el asunto proporcionando a Roberto la ocasión.

Carolina desde que vió y trató a su primo se sintió subyugada por la gallardía y gentileza innata en Roberto, y después a medida que fueron tratándose Carolina había hecho para su primo la amiga íntima, la prima inseparable y la indispensable confidente. Un gran cariño, una ciega confianza y la unidad de sus pensamientos los unía con estrechos y dulces lazos. Sus corazones se sintieron atraídos el uno hacia el otro, y se estableció entre ellos una alianza ofensiva y defensiva. Con el tiempo el cariño que Carolina sintiera por su primo, trocose en el más rendido amor, que ella trataba de sofocar, comprendiendo que aquello era un imposible; después de muchos padecimientos logró encadenar en el fondo de su corazón, aquel amor que nunca debía saberse y mucho menos, que Roberto fuera a imaginársele siquiera por un momento. Cóstole muchos trabajos pero su fuerza de voluntad logró imponerse a su enamorado corazón.

Una mañana como a eso de las 11, venía Carolina de hacer algunas compras, caminaba por la acera de la 7a. Calle Poniente con dirección al centro de la ciudad, Roberto

que manejaba su Roadster, al verla paró el carro y la invitó a ir con él a su casa.

—Roberto, voy a casa de mi modista, quieres llevarme allá?, quisiera encontrar a una de tus ex novias y me vieran en tu compañía, para ver si les dá un poquitín de envidia. Que dices tú de esto Bobby?

—Que eres una chiquilla, y lo más probable es que encontremos a Rafael y se ponga celoso de mí.

—No, no creas que él es celoso, y tiene tanta confianza en mí, que eso me prueba que me quiere de verdad.

—¡Que dicha para un hombre tener una novia como tú!, yo estaría orgulloso, como ya lo estoy de tenerte por primita. Creeme Linita: es una felicidad poder decir: Tengo mucha confianza en mi novia, porque sé quién es ella. Qué me dices ahora Lina?

—Roberto dime; ¿no estas satisfecho de Leonor?

—No es eso Lina; de quien no estoy satisfecho es de mí. Pues comprendo que estoy entre la espada y la pared. Me gusta mucho Leonor, pero no quisiera casarme con ella, soy tan joven para hacer el ridículo papel de marido, además, no estoy seguro de amarla toda la vida; tú comprenderás, que para casarme en una edad como la mía y un carácter igualmente como el mío, se necesita estar muy enamorado de su novia, y yo no sé si realmente lo estoy de Leonor.

—Pero Roberto. ¿porqué has esperado llegar a este caso?, todavía no has podido localizar tus sentimientos y analizarlos?

—Tu verás; cuando estoy con Leonor me parece que la quiero y me digo que sería una buena esposa, y... que... tal vez llegaría un día en que yo la amara como a tal. Pero tan luego me encuentro entre amigos y en compañía de muchachas bonitas, pienso que sería una locura, una necesidad, unir mi destino a una mujer, con un lazo indisoluble, una pesada cadena que me impone el destino y que por fuerza tengo que arrastrar. Pienso que el matrimonio es una cosa bella cuando es formado por un amor recíproco, sincero y eterno.

—Mira querido Roberto: si no estás seguro de amar verdaderamente a Leonor, es mejor que no la cortejes tan

«sualmente pues la pobre sufriría una decepción terrible. Y mientras no estéis completamente seguros de ser felices los dos; no te comprometas con ella.

—¡Ay...! mi querida Linita; es demasiado tarde para retroceder. Tú siempre que me aconsejas, me dices: «Querer es poder», pero en mi situación no se pueden aplicar tus palabras. Esta mañana mamá me sacó la promesa de casarme con Leonor y como no me quedaba otro camino, tuve que decirle que... sí; ella quiere que dentro de ocho días, el en que cumpla veintitrés años, nos comprometemos oficialmente.

—Oh, Roberto! estás perdido irremisiblemente. Cuando regresaste de la finca, me contastéis que tu mamá te había hablado allá en Lourdis de tu matrimonio, y recordarás que dije esto: Tía Silvia te puede coger desprevenido, y piénsalo bien antes de contestar. Pero bien, no por eso debes andar tan apenado, primo; por que al fin y al cabo, si los dos estáis de acuerdo no tienes que preocuparte pues llegaréis a ser felices.

—Sí, todo lo que tu dices es cierto, tu hablas como un profeta, pero yo no esperaba que mamá volviera a la carga tan luego. Y aquí me tienes sin saber qué hacer de mi persona. Si yo hubiera seguido tus consejos, no estaría en este difícil trance, que ya me está fastidiando.

—Roberto; perdona que te lo diga pero es la verdad. Tía Silvia es una mujer muy lista, más viva e inteligente que tú, y que con mucha sagacidad y gran política te arrancó la deseada promesa. Comprendió el peligro que había si esto tardaba mucho y trató de abreviar el tiempo, poniendo manos a la obra. ¡Ah! tu madre es demasiado perspicaz, ¡al fin es mujer...! Yo creo que lo mejor que puedas hacer es portarte como un caballero, y cumplir tu palabra empeñada.

Roberto quedóse callado y cabizbajo, sin encontrar palabras con qué expresar lo que sentía allá en el fondo de su corazón. Carolina hacía esfuerzos para no dejar traslucir a su semblante la pena que le destrozaba el alma, pues si supiera que Roberto sería feliz con Leonor, no se sentiría tan dolorosamente impresionada, más con su sagacidad había comprendido que Leonor no amaba a

Roberto con un amor nacido del alma, como el de ella, sinó, por vanidad.

El auto se detuvo a la puerta del taller «Montmatre» de la señorita Rosa, uno de los talleres de Modas, más elegantes de la capital, y en el que se vestían las más ricas damas de la aristocracia:

—Si no tardas mucho aquí, vuelvo por tí, pues tengo que hablarte de varias cosas interesantes.

—Ya dentro de diez minutos a lo sumo, estoy lista.

—Bien, te esperaré aquí.

En el preciso momento, en que Carolina bajaba del auto, salió del taller, Carmela; al ver a Carolina la saludó cariñosamente. Carolina es tan amable y atenta con toda la gente, sin reconocer distinción de clase, que en el acto se gana las simpatías de todos. Carmela maquinalmente volvió la vista al interior del auto y en el acto reconoció en el joven que acompañaba a Carolina, con el que había tropezado una semana antes, y que tan buena impresión le causó. Roberto por su parte al ver a Carmela, la reconoce, y aunque aquel encuentro ya lo había relegado al olvido, pues su situación actual no era de las más alagüeñas, y tenía demasiado en que pensar para tener presente a aquella obrerita; pero al verla de nuevo sintió que su insaciable curiosidad le empujaba hacia ella, y la tentación le decía que siguiera a la simpática muchacha, y poniendo en práctica una idea que le vino de pronto, tomó el volante, hizo andar el carro y dió la vuelta a la manzana con gran rapidez, viniendo en dirección contraria a Carmela; se hizo a la orilla de la acera por donde ella venía, ésta inconscientemente volvió la vista hacia el auto que pasaba tan cerca, y vió a Roberto que la observaba, con esa mirada risueña tan peculiar en él; Roberto pasó despacio, y mirándola a los ojos, como embebido en aquella mirada bañada de luz que le llamó la atención desde su primer encuentro. Ella un poco esquiva, volvió la cara a otro lado y siguió su camino. Roberto no contento con esto, hizo la misma maniobra anterior, en la cuadra siguiente; en el momento que él paraba en la esquina, ella venía a pocos pasos de allí. Carmela al verlo por segunda vez, comprendió lo que él se propo-

n'a y no pudo contener una sonrisa, que iluminó su agraciado semblante. Roberto sale del carro y acercándosele dice con atención:

—Señorita, ¿quiere tener la amabilidad de decirme dónde está situado un almacén de Modas que se llama «Montmartre»?

Carmela le mira a los ojos con insistencia, y sonriendo de la pregunta, contesta:

—Desande lo andado, de aquí a dos cuabras, en la esquina, no hay dónde perderse, pues tiene el nombre en la puerta.

—Gracias, pero, dígame ¿Ud., trabaja allí? . . . no quisiera llegarse hasta allá y dejarme en la puerta del establecimiento?

—Voy a desempeñar una comisión.—dice ella—y no tengo tiempo que perder, además, Ud. conoce tan bien como yo, puesto que dejó a la señorita Carolina en la puerta del taller.

Y sonriéndose, quedósele viendo al elegante joven, de manera particular. Roberto conoce que ha sido cogido en la mentira, y que tiene ante sí una muchacha más lista que él. Y de verla sonreír, ríe él también, y luego dice:

—Gracias, es Ud. más viva de lo que yo me imaginé.

Y subiendo a su auto siguió recto hasta «Montmartre», en donde Carolina ya estaba esperándolo; una vez cómodamente instalados, Carolina nota la alegría que se dibuja en el semblante de su primo,

La curiosidad la aguijonea y por fin pregunta:

—¿Ya cambiaste de ideas Roberto?, te encuentro con el rostro muy placentero, y con seguridad algo extraordinario la sucedido durante mi ausencia, no es así Bobby?

—Sí, así es. Acabo de ver a la muchacha más encantadora que se haya conocido.

—Ah. . . .!—dice Carolina—ya lo decía yo. Las mujeres, las benditas mujeres son tu obsesión, y no estarás contento hasta que no estés metido en un lío.

Roberto distraído dice:

—No, . . . es la segunda vez que la veo, y está muy lejos de imaginarse lo que yo pienso de ella.

—Si no se lo has dicho, es claro que está lejos de imaginárselo, pero no tardará mucho en saberlo. ¡Pobre de ella! después de algún tiempo será como las demás; «sí te ví; no me acuerdo». La compadezco; desdichadas las mujeres que se fían de tí

—¿Porqué Carolinan, no soy bueno con ellas dándoles un poco de mi cariñon.

—Oh! si fuera amor lo que tú les das, estaría bien, pero tú no les das amor, sino melosidades, atenciones y frases galantes; les pintas el amor como una obra maravillosa y fácil, y que hablando claro, tú no conoces, según me lo has dicho.

—Tú lo ves, primita? has dicho la verdad; yo no conozco el amor verdadero y dudo que haya mujer que me lo haga conocer

—Ah! toca madera buena pieza, y no creas que tú serás la excepción de la humanidad.

—No Lina; mi amor, mi dicha, mi tranquilidad todo se lo deberéa ella, y por lo tanto me dedicaré sólo a amarla.

—Hum! Todavía falta que ver.

—Yo lo afirmo, y así será.

—Bien no discutamos.

—No Linita, querida, contigo no hay discusión posible, pues eres la mujer más pacífica del mundo, la más buena y sabia

Carolina con entusiasmo ríe, diciendo:

—Ja! ja, mira que me dices un piropo, cuidado, no te vayas enamorando de tu prima también.

—No sería de extrañar que yo me enamorase de tí, pues reúnes todos los encantos y cualidades para que un hombre sensato te ame. Además, no porque sea yo un mujadero enamorado, creas que no sé apreciar el mérito. Sé apreciar a la mujer decente en todo sentido, y el día que yo me case si es con la mujer que yo elija, ese día dirás tú, que estimo a la mujer en lo que vale

Desde ese día Roberto quedó con la idea de aquélla obrera, y todas las mañanas pasaba frente a «Montinartre» para verla. Pero Carmela que trabajaba en el interior, estaba muy ajena de lo que afuera sucedía.

Para Carmela no pasaron desapercibidas las miradas

que Roberto la dirigía mientras le hablaba, siempre lo recordaba y se decía interiormente que era un joven guapo, tenía ojos encantadores que cautivaban y una sonrisa de enamorado. Daba por hecho que él era hermano de la señorita Carolina. Carmela en su sencillez pensaba: que el día que fuera a probar el traje que estaban confeccionando para Carolina, encontraría al hermano de ésta allí en su propia casa y ¡Jesús María! no iba a poder dar una puntada, y ¿qué diría ella?

Han pasado ocho días como un soplo mágico, las horas corren, los minutos vuelan, y se acerca presuroso el momento deseado por una persona y temido por otra.

En casa de la distinguida matrona Silvia Alvarado, se efectúa la noche del sábado un suntuoso baile con motivo del cumpleaños y compromiso matrimonial de su hijo con Leonor Delgado. La elegante residencia está engalanada con los más bellos y ricos adornos. Un fuerte torrente de luz invade toda la casa. Las parejas iban y venían alegres y ligeras por salones y galerías; las conversaciones se mezclaban con palabras de felicitación o encomio para los festejados.

Leonor está bellísima, la felicidad ha aumentado su hermosura, su traje de costoso tisú dorado da una encantadora nota de elegancia a su deliciosa persona; un diminuto cinto de piedras entrelazadas en su cabellera le comunica un toque de soberanía. Sus incomparables ojos somnolientos y melancólicos tenían un destello de luz; su dulce sonrisa se acentuaba más y atraía con fascinación su voz suave tenía un ritmo de caricia y de queja, en su corazón había un poema de dicha que asomaba a sus ojos, en fin, de toda su persona se desprendía un sugestivo encanto que la hacía más seductora. Todos los concurrentes decían que Leonor coronaba su dicha, que era la muchacha más feliz y su revesante felicidad no podía esconderla. La misma Carolina decía:

«Una de dos, Leonor está muy enamorada de Roberto, o representa divinamente su papel de comedianta. No, esto último no lo creo. Roberto tiene un poder ambroso para fascinar a las mujeres, todas se enamoran de él en

cuanto lo ven Yo misma... si Bobby no fuera mi primo, talvez... pero no, debo tener fuerzas suficientes para olvidarlo aunque me cueste un dolor terrible. Leonor no puede mentir. Cuando la gente finge, aunque sea la más hábil comedianta no engaña a una mujer tan lista y perspicaz como tía Silvia. Leonor está loca por Roberto. Cuando baila con él, entorna los párpados, su semblante rebela una deliciosa felicidad, y lo envuelve en la más amorosa de sus sonrisas. Lo que para todos pasa desapercibido para mí no es un secreto, ¡pobre querido Bobby!, talvez ese sentimiento, mezcla de amor y de indiferencia, que él no puede comprender, más tarde haga su dicha, pues Leonor es una buena muchacha, un poco presuntosa, pero en el fondo es buena. ¡Dios mío haced dichoso a Bobby!, y que jamás sepa lo que mi corazón siente, pues de nada sirve que yo le quiera tanto si él no puede amarme, este sacrificio que me impone el destino, servirá algún día para la felicidad de Roberto y de tranquilidad para mí". Y monologando consigo misma, siguió observando.

En realidad, Roberto se sentía dichoso. Era un poquito vanidoso y le alegraba que todos le envidiasen la novia, y más sabiendo que Manuel del Castillo se moría por Leonor. No se sabe si esta felicidad que mostraba Roberto era sincera, o ficticia, pero mientras se hallaba bajo el influjo fascinador que Leonor ejercía sobre él, sentía que la adoraba y no tenía ojos más que para ella.

Frente a los varios ventanales de la casa de Silvia se aglomeraba una infinidad de gente de todas clases sociales. En un grupo estaba Carmela con una amiga suya.

En un intermedio paseaban frente a un balcón Roberto y Carolina, los dos conversaban alegres y sonrientes. El corazón de Carmela dio un salto dentro del pecho, al reconocer a Roberto: éste vestía el elegante traje de etiqueta, pero Carmela lo hubiera reconocido entre mil pues ella misma no sabía por qué su corazón se inclinaba hacia Roberto. Comprendió que él no era hermano de Carolina, puesto que bailaba con ella y la atendía tanto, pero tampoco podía ser su novio; y al formular esta idea, sintió un dolor agudo en el alma. Ella misma se extrañó de aquello y se preguntó interiormente;

¿si estaría enamorada de aquel elegante que no había visto más que dos veces?, ¡oh... no era posible!, era nada más que simpapía: otra cosa no podía ser. Quiso verlo otra vez, y la ocasión no se hizo esperar. La Marimba tocaba un tango argentino muy en moda. Roberto, el gran bailarín de tangos, lucía sus habilidades en cadenciosos pasos con Leonor que graciosamente se dejaba arrobar por las notas acariciadoras de la música, y las palabras amorosas que Roberto susurraba a su oído. Esta pareja pasó muy cerca de la ventana en la que estaba Carmela; la sagacidad y fácil deducción que ésta poseía, la hicieron comprender que Leonor era la novia de Roberto. Un dolor profundo se produjo en el corazón de la pobre obrera. Volvió la cara a un lado y se alejó de la bulla.

Carmela no pudo dormir en toda la noche, y a la mañana siguiente se levantó muy temprano y se dirigió al taller llegando mucho antes de que abrieran. Más tarde, mientras ponía unos encajes de plata en un traje de noche; recordó el baile del día anterior; y dice mentalmente:

«Porqué. Dios mío, yo me ocupo de este guapo joven de la alta sociedad?, Virgen del Socorro; qué es lo que me pasa? por qué me siento celosa de los amores de este desconocido que no sé quién es, ni cómo se llama?... Yo no puedo amar a un hombre de su clase» La cabeza de la pobre Carmela era un mundo de ideas confusas, y por más esfuerzos que hacía, no lograba ponerlas en orden.

Como a las once y media de esa misma mañana salió, a la calle a desempeñar una comisión. Habría caminado unos veinte pasos cuando vio a Roberto que venía por la misma acera, pensó evitar el encuentro, pero no había medio posible, pues él ya la había visto. Por más esfuerzos que Carmela hizo por no volver la vista hacia él, fué imposible y sin querer, sus ojos se encontraron con las de Roberto; éste se mostró satisfecho de su suerte. Se acerca a ella y dícele con entusiasmo:

—Oiga señorita, haga el favor de concederme unos minutos, deseo hacerle una pregunta, si usted me lo permite.

Carmela le mira entre seria y sonriente, y sumamente extrañada, dícele:

- En qué puedo servir a usted caballero?
- Tenga la bondad de decirme si en «Montmatre» está la señorita Carolina?
- La señorita Carolina Ferrera? preguntó Carmela.
- Ella misma.
- No sé si todavía estará, pero me parece que esta mañana la ví en el salón.
- Gracias encantadora criatura. ¿A quién tengo el gusto de hablar?
- Para qué desea usted saber mi nombre?
- Porque es usted simpátiquísima.
- Gracias, es usted muy generoso,—con una sonrisa picarezca—pero no veo la necesidad de que usted sepa cómo me llamo.

Y dando media vuelta siguió muy campante su camino. Roberto se quedó como quien ve visiones, pues una insignificante modistilla le había dejado con un palmo de narices, lo que tal vez muy pocas veces habíale pasado a un aristócrata. Sus ojos quedaron estáticos contemplando el andar suave y simbreante de la muchacha. hasta que la perdió de vista. Se encogió de hombros con un gesto despectivo y se dirigió al Casino. Algunos minutos después lo vemos acercarse a la mesa que ocupa Luis (Conde Moneda falsa), y tras unos minutos de conversación general, el Conde dice confidencialmente a Roberto, sus triunfos de la noche del viernes anterior, con algunas muchachas, y de lo que Roberto se había perdido. Roberto, no oía nada de lo que su amigo le contaba pues su imaginación estaba llena de la linda obrerita que hacía unos momentos lo dejara boqui-abierta, en plena calle, por fortuna nadie se dió cuenta. Disculpándola decía:

«Tiene razón, no sabe quién soy, y con qué intenciones me acerco a ella. Me gusta mucho, no puedo negarlo, ... más de lo que yo podía imaginar. ¡Qué me agrada ese modo altivo que tiene! se ve que no es una muchacha con la que se puede jugar; se conoce que es honrada y seria. No es coqueta, y la mejor prueba de ello, la acabo de obtener, La chica es linda en verdad».

El día pasó sin otro incidente digno de mencionarse. Al regresar al taller Carmela iba muy emocionada por

su casual encuentro con Roberto. Cogió la labor comenzada, pero como Laura estaba con su eterna cháchara contando a todo el que quería oíría, los muchos asuntos íntimos de las casas elegantes,—que nadie sabía nunca cómo se las arreglaba esta maritornes para saberlo todo.—Carmela fué a sentarse a un extremo del cuarto. En la cabeza le bullían estos pensamientos: «Por qué me negué a decirle mi nombre?, tal vez él me hubiera dicho el suyo, y no estaría ahora arrepentida de mi modo de portarme. ¡Tan guapo, atento, y cómo me gustai...! Como late mi corazón en cuanto lo veo, aunque sea de lejos!... Ahora estoy convencida de que aquella linda joven con quien él bailaba no era su novia, porque si así fuera, no andaría él buscando las ocasiones de encontrarme. Ella es verdad, lo veía con ojos amorosos, pero ¿quién no se enamora de un hombre tan atractivo como él? ¡Dichosa aquella que sea su novia!—y con un suspiro—pues él la debe querer mucho. Con gusto me cambiaría yo, por esa señorita, para poder gozar del cariño de él». Y hubiera seguido en sus divagaciones, si no hubiera sonado la campana anunciando la salida.

A Carmela no le gustaba salir a la calle en compañía de las muchachas del taller, con la única que tenía amistad era con Ester, una muchacha formal y trabajadora, a quien Carmela ayudaba en sus labores. Esa mañana como de costumbre salió Carmela y su amiga Ester, de pronto se les acercó Laura diciendo a Carmela:

—Hoy me iré con ustedes aunque no me quieran, pues tengo que hablar con una amiga que vive en tu barrio.

A Carmela no le hizo mucha gracia, pero contestó:

—Bueno, Laura.—Y ésta en su peculiar lenguaje, continúa:

—Vieras Carmen, en lo que vos estabas afuera, llegó al taller una señora elegantísima, lo que se llama una gran señora. ¡Lo que me gusta ver extranjeras! me parece estar viendo las «estrellas» del cine. Esa que ví, llegó a encargar un vestido. Y con la mar de adornos que le ense-

ñaron, ninguno le gusto; y después de tentarlo y revolverlo todo,—y que la señorita Rosa sacó lo mejor!—por que yo no sé, qué será cuando llega esa clase de gente la mentada señorita Rosa desatiende a las paisanas pasa ocuparse sólo de estas de afuera, que no saben más que hablar entre los dientes, y vaya el diablo a saber quiénes son en su tierra. Bueno, el caso es que se decidió por unos adornos de cinta. Pero ¡Jesús me valga! qué mujer más orgullosa y petulante, que no una vez que la muy boba se pone solo un antejo y se lo está teniendo con la mano!... yo no sé cómo hara para ver con un sólo ojo, estas gentes que le enseñan a uno tantas cosas, que nunca aprendemos, por que yo soy una; que ni a palos lograrán que me ponga un antejo de un vidrio. Ah! ya sé....es qué eila es visca y solo con un ojo mira bien.

Carmela sin dar importancia a la conversación, pregunta:

—Mira Laura; ¿cómo viste a esa señora, y supiste de que mira con solo un ojo?

—Porque la señorita Rosa me llamó para que llevara unos encajes.

—Pero. ¿y Gabriela no estaba en el salón para atender a las señoras que visitan el taller?

—Es que, Gabriela estaba ocupada por allá adentro. Cuando llegué al salón, oí que decía la señora que se llamaba Lich.... Liche, no,dijo: Linche, o Lancha si vos quieres, que lo mismo da. Verdad que es extranjera? seguro, porque no habla bien el español así, como nosotras.

--Sí, tan bien como lo hablas tú. Bueno, ¿a que viene todo eso que me estas contando? ¿ami que me vá?

--Pues mujer; que vos de seguro tendrás que entenderte en el bordado de esa extranjera.

—Y si no habla el español ¿cómo voy ya a saber lo que a esa señora le gusta?

--Vaya hombre!... y no te estoy diciendo que yo le entendí algo de lo que decía?

—En ese caso Laura, sería mejor que tu te encargaras del trabajo.

Laura meditando un momento, repuso:

—Pues hombre no, ¿como crees que yo voy a hacerme cargo de ese vestido, cuando solo Dios y María Santísima saben cómo lo quiere esa vieja *emperifloreada* y más pintada que un payaso. Lleva una tienda encima; sólo en un brazo llevaba cuatro pulseras de piedras (por supuesto que son piedras baratas) tres o más anillos en cada mano, y come seis vueltas de perlas en la garganta. ¡Imagínate! había para hacerle la competencia al «Alambre d Oro» y con unos aritos que echan más luces que el aviso de los cigarros «Monarcas» que está en el «Hotel Nuevo Mundo». Que tal será de rica esa mujer, que hasta en los zapatos lleva piedras. Viéndola de arriba abajo brilla tanto que parece una vitrina de «La Joya». Y ahora qué me decís Carmen?

—Que te calles ya, a la pobre señora le deben estar ardiendo las orejas de todo lo que tú haz hablado de ella.

—Pues que le ardani más me ardió a mi el desprecio con que me recibió, al no más entrar yo en el salón.

En este *exquisito* diálogo, netamente criollo, llegaron las tres obreras a la próxima esquina y se separaron. Carmela pensaba: «si Laura es tan habladora hoy que está joven, ¿que será cuando vieja?. Laura era incorregible y por más que la dueña del taller la amonestara, no había manera de hacerla entrar en razón. Ella misma lo decía: «No señorita Rosa, usted se quiebra la cabeza y no me hace cerrar la boca, yo soy como las gallinas, bullanguera, y cuando una gallina come huevo, por más que le quemem el pico, siempre come». Era tan necia, que comprendía su enfermedad y no quería curarse. Este su carácter tan malicioso, cavilador, porfiado y chismoso le había acarreado varios sinsabores, pues por su lengua ligera habíase metido en no pocos líos que luego le dieron serios disgustos.

VIII

Cuatro días después de los pasados acontecimientos, una tarde, como a eso de las cuatro y media, se hallaba Roberto en casa de Dora Lincke, en un pequeño saloncito y al lado de una ventana por la que se filtraba la luz, estaba Dora recostada muellemente en una «Chais longue», miraba llena de romanticismo las correctas facciones de Roberto, a quien trataba de esgrudar. Envuelta en las espirales de humo que despedía su cigarrillo, mil ideas fantásticas vagaban por su imaginación.

Aparece la camarera y dice a Dora:

—Señora, una empleada del taller «Montmartre» viene a probar un traje a usted.

Dora levantándose perezosamente se vuelve a su amigo, y con una mirada acariciadora, díjole:

—Querido Roberto, usted tendrá que perdonar. Dentro de breves momentos estaré aquí.

Carmela, pues era ella la empleada de «Montmartre», alcanzó a oír el nombre que Dora dió al desconocido que tanto le gustaba.

Roberto encontrábase ante una mesa sobre la cual habían unas motitas de algodón muy blanco, que examinaba con mucha atención, y hablaba con Mc Dowell hermano de Dora.

En el momento que Carmela pasaba frente a la puerta del saloncito, Roberto levantó inconscientemente los ojos y se encontró con la profunda mirada de la operaria; esta, presurosa, desapareció por una puerta que le indicaba

ron. Roberto inmediatamente concibió una idea, y trató de terminar rápidamente el negocio, y consultando su reloj dice a su amigo, que tiene una cita y no puede prescindir de ella, que le disculpe con Dora, que otro día volverá, y salió. Montó en su carro y se alejó, pero media cuadra más allá paró. La espera no fué larga y diez minutos después se acercaba por la acera al lado de la cual estaba parado el auto, una muchacha; era Carmela, que en el acto reconoció a Roberto. Este al verla, se dirige a ella:

— Oiga señorita.—dice—¿quiere hacerme un favor?

Carmela creyendo que se trataba de los favores anteriores, sonríe, y tras un momento de indecisión contesta:

— Diga usted, caballero.

Roberto mirándola con insistencia, pregunta:

— Tengo grandísimos deseos de hablar con usted y desearía saber cómo se llama, ¿quiere decirme su nombre?

— Me llamo Carmela.

— Ah!, que nombre tan bonito. ¡Car...me...la, es encantador.

— Gracias.

Carmela dió media vuelta para alejarse, pero Roberto deteniéndola, le dice:

— Oiga linda Carmela no se vaya tan luego. Tengo mucho que hablar con usted y es de gran trascendencia.

— Pues escogió Ud. un mal día, porque tengo mucho que hacer.

— No sea usted ingrata cóntame unos momentos. — Y como Roberto notara indecisión en ella, exclama:

— Si usted me escucha unos minutos, la iré a dejar en mi auto.

— Eso sí que no, señor; repuso Carmela, yo nunca me acompaño, de buenas a primeras, con ningún desconocido.

— Es que usted tiene miedo de mí?

— Oh, no! yo no le tengo miedo, ¿porqué había de temerle?, sé que usted es un caballero, don Roberto, y siendo así, no pueda intentar nada malo contra mí además yo soy una muchacha que sabe defenderse cuando el caso es llegado.

Roberberto se queda admirado de encontrar tanta decisión en una muchacha de baja clase. Pues él, como todos los de su categoría; creen que entre la gente humilde, no hay más que corrupción y degradamiento.

Equivócase, indudablemente como todos los que así piensan.

Roberto entusiasmado, continúa:

-- Es usted encantadora, Carmela; qué me gusta su modo de pensarl. Porque las muchachas tan bonitas como usted están expuestas a cada momento a que algún atrevido les falte, y se necesita tener carácter y dignidad para saberse defender. Pues los buenos sentimientos no salvan en caso de peligro; Porque no basta ser honrada una persona, y aparentarlo, sino, tener conciencia de lo que significa la honradez.

— Muchas gracias por sus buenos consejos, los estimo en lo que valen, don Roberto.

— Quién le a dicho a usted mi nombre? cómo lo supo?.

— Porque oí a la señora Lincke que lo llamó por Roberto.

— Lo vé usted, así suena más bonito en su boca.

— En boca de la señora Lincke? — pregunta Carmela, con un deje de ironía

— Nooooo... que vai no se trata de Mrs. Lincke, sino de usted. Llámeme Roberto a secas, ese DON suena a viejo y afea su boca; está bueno que se lo aplique a un hombre serio, pero no a mí. Pues creo que nada tengo de viejo o es que tengo la seriedad de un papá?.

Carmela ríe alegremente, y luego barbota:

-- No, usted no es nada viejo, ni cosa que se parece; si ahora mismo empieza a vivir la vida. Pero el DON es para comprender que no hay intimidad al tratar a usted y también para... recordarle la gran distancia que nos separa, y no sería bueno que yo, tan pronto lo tratara a usted de tú.

— Es que las criaturas tan hermosas y educadas como usted, me gusta que me traten de tú, porque yo creo que llegaremos a ser buenos amigos, verdad Carmela?.

— Talvez... ya lo veremos más tarde.

— ¿Porqué dice usted talvez?.

—Por que no sé cómo se irá a conducir usted. Si es un amigo de verdad, ya lo probará con el tiempo.

Se despidió con una graciosa sonrisa y se alejó antes de que Roberto tuviera tiempo de detenerla. Este se quedó viéndola hasta que desapareció. Y mientras caminaba, decía interiormente: «Es una muchacha realmente encantadora, en la aristocracia habrán muy pocas, ciertamente, que reúnan las dotes de esta deliciosa chiquilla; un corazón sencillo y noble, un alma pura que asona a sus bellos ojos. ¡Oh...! es una verdadera lástima no haberla encontrado antes. ¡Cuánto habría yo gozado con la ingenua amistad de esta linda muchacha!... Pero, para qué?, correría la misma suerte que las demás. Y la olvidaré como a Telma, Liana, Rina, Lea, Leonor, y otras tantas, ... ¿qué más da una menos?»

Aunque Roberto se hizo estas reflexiones, no dejó de pensar con asiduidad en Carmela aunque extrañándose de que esa humilde muchacha se hubiera enseñoreado de su corazón, tan variable. Lo que más le sorprendía a Roberto era que nunca hubieran tropiezos en sus conquistas anteriores, y ésta se mostraba un tanto difícil. El acostumbra ir derecho al grano, y en esta ocasión sin saber porqué, se mantenía a distancia y no encontraba palabras para deslumbrar a aquella muchacha que tan esquiva se mostraba con él. Toda su gran seducción había desaparecido, y creía que estaba dando demasiada importancia a la humilde Carmela. En su imaginación bullían estas ideas: «Tanto respeto y consideración para una obrera, tanto cariño y estimación para una modistilla, ¿porqué perder tontamente el tiempo? estar haciendo el ridículo papel de enamorado de la ingenuidad y la pureza». Y cada día formaba planes para el siguiente, pero ese día jamás se llegaba, y en resoluciones se pasaba el tiempo.

Las temporadas veraniegas se habían inaugurado y gran concurrencia llenaba los varios hoteles y chalets del pintoresco Lago de Coatepete.

El Domingo posterior a los acontecimientos recién pasados, Roberto fuese a dicho lago en compañía de varios amigos. Habíase Roberto propuesto desterrar de su imaginación el recuerdo de Carmela. Muchos hombres no sa-

ben, o más bien, no quieren apreciar la inteligencia en la mujer, y pasan junto a ella con indiferencia; la ven como un sér inofensivo, vano, material, insignificante, desprovisto de cultura, de sentimientos nobles y hasta de gran corazón; pero están equivocados, y los que oren y piensan así, son unos verdaderos necios. ¿Se puede concebir ignorancia más grande que negarle sus cualidades y derechos al sexo contrario? Sólo por envidia, se puede desconocer la cultura de otra persona que como aquel, está llamada a ocupar un lugar en el mundo. ¿Por qué negarle al sexo débil, las aptitudes de ilustrarse, igual o superiormente que muchos hombres? por qué no comprender que la mujer tiene también dotes suficientes para apreciar la ciencia en su verdadero valor?

El día siguiente de su regreso del Lago, Roberto hallábase por la mañana en la puerta del Casino en compañía de sus inseparables amigos Angel y Luis (Conde Moneda falsa). Angel que siempre estaba contando cuentos alegres y picantes, de pronto esclama con entusiasmo y admiración, al ver una muchacha que se acerca:

—Mira Bobby; ¡que pantorrillas las de esa chica que viene allí; toda ella es encantadora.

Roberto se vuelve sonriente y busca con ojos curiosos el objeto de la exclamación de Angel. ¡Cual no sería su sorpresa al encontrarse con que la muchacha de las bonitas pantorrillas era nada menos que Carmela! Roberto inconscientemente hace un gesto duro, que marca una profunda aruga en la juntura de las cejas, y comprendiendo que Luis prepara un piropo para la encantadora obrerita, dícele con una entonación que sin darse cuenta, resultó suplicante:

—Noye Conde; no hagas eso, deja a las muchachas con tranquilidad, sé un poco más formal.

Pero el Conde, no se preocupó lo más mínimo de las palabras de Roberto, y al momento de pasar Carmela, exclamó con mirada conquistadora:

—Divina criatura, ¡quién fuera tu amante, para adorar!

Carmela enojada, mide con la vista fría y áspera, al attervido galanteador, y despreciativamente sigue su camino.

Roberto se pone furioso al oír las palabras dichas por el Conde a Carmela; su corazón se rebela, y un gran coraje le invade por completo, a duras penas logra contenerse, y dando media vuelta se dirige al interior del Casino. El mismo no sabía darse cuenta exacta porqué se enojó al oír las palabras dirigidas a Carmela, ¿acaso no era ella una muchacha hermosa, digna de un piropo elegante? y no frases vulgares que sonaron a ofensa en los oídos de la digna obrera. Pero ¿a qué venía todo ésto? por qué se enojaba, si Carmela le era indiferente? No, no había tal, a Roberto le impresionó Carmela desde el primer momento que la conoció, y de un modo muy especial como no lo habían impresionado otras mujeres a quienes cortejara antes.

.....

Antonio el inteligente mecánico que conocimos una mañana en el taller «Montmartre», desde que conoció a Carmela se enamoró perdidamente de ella, y trató de conquistar su amor asediándola constantemente. Carmela al principio le oyó con indiferencia, pero el muchacho era constante y su primer fracaso no lo amilanó, al contrario, esto lo enardeció y siguió de frente en su empresa. Después de varios meses Carmela se dolió del pobre Antonio, y una vez que éste le hablaba de su amor, ella díjole:

—Mira Toño; no estés perdiendo el tiempo en enamorarme, pues yo, para serte franca te diré, que no siento amor por ti. Si tú quieres, seremos amigos, yo responderé a tu amor con cariño de amiga, de hermana si tu quieres, pero de novia eso no lo esperes, sería malo de mi parte estar engañándote y por eso prefiero decirte la verdad, por-que un muchacho tan bueno, cariñoso y formal como tu, no debe ser nunca engañado.

Antonio se sintió con el corazón destrozado, pero conoció la nobleza del proceder de Carmela, y se lo agradeció, sin desilucionarse, pensó: «Yo no puedo vivir sin ella, es mi alegría, todas mis ilusiones las tengo cifradas en Carmela, es buena, y no oreo que tenga un corazón duro y sordo a mis ruegos. Ella me amará tarde o temprano, no nos demos por vencidos que «La constancia vence» y yo lograré hacerme amar a fuerza de fidelidad, pues, un viejo

adagio dice: «Más vale tarde que nunca».

Habían transcurrido dos años desde el día que Antonio conoció a Carmela. Esta se mostraba cariñosa para con él, y sabía agradecerle el cariño y respeto que este le tenía. Algunas veces meditaba de esta manera: «algún día, talvez llegaré a amarlo, él es constante, honrado, respetuoso y trabajador, dicen; que de la simpatía al amor no hay más que un paso, puede ser cierto y amí me puede suceder esto, . . . pero mientras no llega ese día, no quiero darle esperanzas, y es mejor dejarlo todo en manos del destino».

Antonio logró reunir la cantidad necesaria para comprarse un taller de Mecánica y se estableció. Pasados algunos días, dijo a Carmela:

—«Si algún día me concedes la dicha de ser mi esposa, ya tendré dinero para establecernos».

En este estado estaban las cosas, cuando Roberto se interpuso en la vida de Carmela.

Pasados unos días, después de la mañana memorable que Roberto se enojó por el piropo que el Conde dirigió a Carmela; Roberto descubrió que su corazón estaba lleno de amor por la obrerita. Un amor sincero, que en nada se parecía a los que sintiera en otras ocasiones anteriores a ésta. Leonor lo fascinaba, lo atraía pero no era amor naído en el fondo de su alma.

Roberto un día propuso a Carmela ir a verla a su casa, pues esto era lo más lógico y decente, pero ella se opuso, exponiendo estas razones: «Mi madre no le conoce a usted, su visita no le agrada, usted es un joven rico y elegante que no pasará de cortejarme y hacerme pasar el tiempo, y ella quiere que yo me case con un buen muchacho que me quiere mucho. Usted con sus visitas acharía a perder mi matrimonio con Toño, que ella me he preparado».

Roberto meditó un momento y luego preguntó:

—!Oh. . . pero la delicadeza de su madre, Carmela ¡lle gará a creer que nosotros los elegantes (como nos llaman) arruinamos todo lo que tocamos o vemos?, no, es posible ni creo ¿que su madre prefiera que yo me reuna con usted en la calle, en ves de venir a su casa!.

—Usted no conoce a mi madre don Roberto, ella es un poco delicada, quizá rigurosa, y me cuida más que a las niñas de sus ojos.

—Dígame Carmela ¿cuando se vá usted a quitar de la boca ese fastidioso Don que tanto me molesta?

—No lo se... tal vez nunca.

—Cómo así... tiene que acostumbraase a llamrme simplemente Roberto, y no don, de lo contrario, me enojaré con usted.

—Si usted se enoja, ¿qué voy hacer?

—Pero Carmela por Dios!... ¿no comprende que cuando un hombre ama a una mujer, cómo yo la amo a usted, no es bueno tratarlo con tanta dureza cómo la que usted emplea con migo?. Si usted sintiera siquiera ésto —(y le muestra lo blanco de la uña del dedo pulgar, que apreta la llema del indice)—de cariño por mi, sería un poco más amable y tendría confianza en mí

—Bueno si usted se empeña y para que vea que tengo confianza en usted le diré: que talvez... conste que digo tal vez, no lo aseguro! le tengo un poquito de cariño, pero sólo un poco, y esto a escondidas de mi madre, porque si ella sabe que tengo amistad con una persona que no pertenece a nuestra clase, me costaría caro.

—Encantadora Carmela: ¿porqué tanto odio, ó terror nos tiene su madre? ¿qué mal le han hecho los hombres de elevada categoría, que no pueda perdonar el ver en su casa a uno de ellos?

—Pues don... digo Roberto, ¿está usted contento ahora?, yo no sé que resentimiento tiene ella contra los hombres de la categoría de usted, pero el caso es que no los puede ver; porque al fin y al cabo, nada bueno nos traen ustedes al llegar a nuestras casas.

—Chiquilla divina, yo comprendo lo que usted me quiere decir, pero ¿no comprende que amando tanto a usted como yo la amo, pueda hacerle mal? al perjudicar a usted, me perjudico yo. Dígame ¿porqué querer labrar la desgracia de la persona amada!. !Oh Carmela! cuan poco conoce usted a los homres, es usted demasiado joven para conocerlos.

Ella con viveza repuso:

—Por eso mismo, por que los conozco poco, es que desconfío de ellos. Si los conociera a fondo pensaría de otra manera, no les temería. Pero cuando aman, aman hasta perjudican, y cuando odian, lo hacen hasta hacer daño. Diga usted si no es así!

Roberto admirado se apresuró a preguntar:

—Cómo se explica esto Carmela! si usted conoce poco a los hombres, porqué les juzga de esta manera!.

—!Ahaa! eso prueba que estoy en lo cierto, por todo lo que a diario se ve, en la vida, a nuestro alrededor.

Roberto sonríe, y tras un segundo preguntó:

—En cual de los dos casos quisiera estar usted Carmela, en el del amor, o el del odio? cual preferiría! sea franca y conteste sin vacilar.

Carmela piensa un momento, y luego replica con decisión:

—Para llegar a esos extremos, era necesario haber comensado por alguno y como yo ni siquiera he tenido la intención de comenzar, no sé por cual me decidiría, pues los dos me son desconocidos.

Roberto la mira a los ojos, y luego dijo:

—Carmela ¿quién le ha enseñado a decir estas cosas!

Ella encogiéndose de hombros, y con naturalidad:

—Nadie, son cosas que yo pienso. Todo lo que sale por mi boca, sube desde el corazón, y no, de la cabeza.

Roberto hace grandes descubrimientos en esta ingenua muchacha. Después de cada conversaci6n que tiene con ella, comprende que su voluntad esta atada a la de Carmela. Roberto no olvidaba que Leonor era su prometida, pero como no se había fijado la fecha del matrimonio, pensaba que tendria tiempo suficiente para cortejar a Carmela; pero nunca se imaginó que el cariño que sentía por ella fuera un verdadero amor, sinó uno de tantos caprichos; y se equivocaba, pues este amor fué creciendo de día en día hasta tomar grandes proporciones.

IX

Silvia, en su eterno afán de derrochar dinero y obsequiar a su amiga y futura nuera Leonor, concibió la idea de ir a París y traer para esta, todo el trousseau de Novia, y así se lo comunicó a Leonor, ésta al principio se negó, pero las razones de Silvia la convencieron. Silvia no contenta con esto, quiso que Leonor la acompañara, para que ella eligiera por sí, su ajuar, y muchísimas cosas necesarias e indispensables.

Leonor al conocer la feliz idea de Silvia, se sintió dichosa y no pudo contener su alborozo aceptando gustosa. Ella jamás había viajado y por lo tanto no conocía todos los atractivos que tiene un viaje para una muchacha. Las diversiones, las amistades, en fin todos los goces de que puede disfrutar una joven simpática, inteligente y social. Cuando Roberto llegaba a su casa, hacía que él le contara muy detalladamente todos sus viajes, y lo concerniente a ellos. Después de oír con inusitada alegría y bastante atención lo que Roberto decía, de repente Leonor languidecía y con una sonrisa llena de tristeza perfectamente imitada, decía a Roberto:

— Me siento feliz al pensar que nuestro viaje durará algunos días, y espero gozar un poco en París. Pero... mi alma se entristece, mi corazón se siente pequeño dentro del pecho, y late fuertemente cómo queriendo romper las paredes que lo aprisionan; al pensar que tú te quedas aquí, que te dejo aunque sea por tres meses, que me parecerán años interminables. Verdad Boby, que no estarás triste mientras dure mi ausencia? me prometes ser forma??. Quiero encontrarte muy guapo, más de lo que hasta ahora eres, para eso es necesario un buen método

de vida, todo los goces san lícitos cuando no se abusa de ellos. ¿verdad querido Roberto?

Este asentía a todo, con una inclinación de cabeza y hacía mil promesas sin saber de cierto lo que prometía. Su imaginación no estaba allí sino muy lejos. Roberto estaba muy lejos de entristecerse por la momentánea ausencia de su novia, al contrario, estaba deseando ardientemente que su madre y ella se fueran y le dejaran en libertad para gozar con el amor de Carmela.

Dos semanas después de los hechos Silvia y Leonor embarcáronse rumbo a Europa.

Roberto iba a casa de Carmela todos los días. Las primeras visitas no fueron del agrado de Josefa la madre de Carmela, pero él fué tan solícito y atento con la buena mujer, que logró hacerle simpático al poco tiempo de tratarlo; demás está decir, que Josefa tenía mucha confianza en su hija y la conocía tan a fondo, que no desconfiaba de ella. Luego comprendió Josefa que su hija estaba enamorada de Roberto, y viceversa. Le hizo ver a su hija, que ese novio no le convenía, que Roberto no era un muchacho de los que podían casarse con ella, y como la muchacha no diera crédito a esto, su madre hizo un poderoso esfuerzo, y le dijo:

—Oyeme Carmela; te voy a contar la historia de mis amores, para que veas que yo también fuí joven, tuve corazón y amé. Yo era una buena muchacha que a los pocos años quedé huérfana, mi madre murió cuando yo apenas contaba seis años, mi padre me llevó al Hospicio y allí estuve hasta los diez y ocho, tiempo en que mi padre estando enfermo, desidió llevarme con él. El era un buen zapatero y trabajaba para los dos, yo seguí cosiendo para el Hospicio, iba todas las mañanas y regresaba por las tardes a casa, las hermanas eran muy buenas conmigo y siempre me preferían en los bordados, y yo ganaba lo suficiente para ayudar a los gastos de la casa, así se pasaba el tiempo, y talvez así hubiéramos vivido toda la vida. . . . Pero el destino cruel y la suerte ingrata y traicionera atisbaba un momento débil para dejar caer su sarpa sobre mí. Había un joven simpático que hacía algunos días estaba esperándome en la la esquina del hospicio, y cuando

yo salía de mi trabajo se venía tras de mí, diciéndome palabras dulces y dirigiéndome miradas llenas de amor. Me **hac**edió con sus mil promesas de amor, por espacio de dos meses. Era simpático, elegante y vestía bien; hablaba con tanto fuego, que era imposible no atenderle. Por fin llegué a enamorarme de él. Yo hacía grandes esfuerzos para que mi padre no llegara a enterarse de mis amores con un joven distinguido como él. Pasó algún tiempo, después vino lo inevitable, pues yo di demasiado crédito a sus falsas promesas y caí en la red que me tendió. Mi padre era un hombre de carácter duro y me ahorcaba al saber lo que me pasaba. Al comprender mi anciano padre todo lo terrible de mi falta, me hechó de casa, yo sin un centavo, manchada con una falta que me quemaba la frente, busqué a mi seductor y cuando después de grandes trabajos logré encontrarlo, le hice ver lo que yo sufría por causa suya, con mi honor pagaba mi in**ex**periencia. El me dijo así con una carcajada burlona y sarcasmo en las voz: «Que es lo que te has creído mísera mujer, piensas que yo favorezca tu falta? tú irás donde están las demás mujeres que cómo tu has cometido una falta vergonzosa. Porqué lloras y te apeñas, no eres la primera?, no . . . ¡hay tantas como tú!.. Bien, ya estoy h**ast**iado de tí, y oyelo bien; no quiero que vuelvas a pisar el suelo de mi casa, dónde sólo penetra gente honrada, cómo podrás ver soy un hombre elegante y rico, y no quiero que con tu presencia desacredites esta residencia. Anda a mi oficina, que allí te darán algún dinero para que no vuelvas a venir con tu repugnante persona a pedir limosna». Y dando la vuelta se entró a la sala donde estaban varios hombres de su misma categoría, y que habían oído todo lo que él me dijo. Yo con la cabeza baja y la cara roja de vergüenza, me arrimé a la pared para no caer, y tuve tiempo de oír, que uno de sus amigos se compadecía de mi, y le decía a él, que no fuera ingrato con una muchacha tan joven e inesperta, pero el se contentó con murmurar estas palabras:

—«Estas mujeres no son dignas de lástima, deberían estar agradecidas de que hombres como nosotros descien**dan** hasta fijarse en ellas. Esta, tarde o temprano tenía

que hacerlo, conmigo o con cualquier otro». ¡Oh, aquello fué la muerte! Yo no esperaba tal cinismo, ni corrupción tan grande de aquel corazón desnaturalizado, que tan vilmente se mofaba de una muchacha indefensa, que tuvo la debilidad de creer en las falsas palabras de un hombre, que se titulaba CABALLERO, y que no era otra cosa, que un farsante y vil cobarde que la sociedad aristocrática cobijaba bajo su manto protector. Después vinieron días terribles, días de hambre y desesperación, pues no quise recibir un centavo del hombre que había manchado mi existencia. ¡Ahí... mi vida era horrenda, fatal, el más maligno reptil no era tan despreciable como yo. Apuré el cáliz de la amargura hasta las eses, pero en medio de toda mi desnuda miseria había un diminuto rostro de angel que me sonría y su dulce vocesita me llenaba de alegría. Así pasaron los años hasta que tu crecistes y te fuiste haciendo mujer. El día que una buena señora se me ofreció para ser tu madrina, de bautizo, ella te puso una medallita de San Rafael Arcángel, para que te librara de todos los peligros, tentaciones y malos pensamientos. Después, tu madrina y yo te hemos llevado por el buen camino de la religión y la honradez. Te he contado minuciosamente mi vida, para que tu no vayas a cometer el pecado de tu madre, y quiero que siempre lo seas buena para que Dios que todo lo ve, te bendiga, y te proteja, proporcionándote la tranquilidad de un estado, sin sentirte avergonzada de nada, y poder llevar la frente alta como toda persona honrada, porque sólo la gente descarada, puede cometer una falta, y siempre se cree con los mismos derechos que la gente buena pero nunca miran de frente y siempre se encuentran ofendidas, cuando mueren no lo hacen con tranquilidad porque llevan encima todo el peso de su falta. Las persona buenas y que viven como Dios manda, aunque sufran mucho, pero sin cometer una falta vergonzosa, no tienen nada que temer de nadie, ni esconderse como un malhechor».

Al terminar de hablar su madre, Carmela intensamente pálida, pero con gran tranquilidad preguntó:

—Cómo se llama él, mamá.?

—Para qué quieres saber su nombre? no ganarías na-

da con saberlo, no me ahorraría ni en parte, las penas y sufrimientos que él me ocasionó, conténtate con lo que te he dicho.

Carmela, no obstante, insistió:

—No mad e; yo quiero saber el nombre de él, voy a muchas casas distinguidas, no es raro que el día menos pensado me dé de manos a boca con él, y sería bueno que yo sepa quién es mi padre

—Para qué hijita? de nada te servirá saber su nombre.

—Talvez madre; los tiempos cambian, y bien puede que ahora ya no sea el hombre rico y elegante, deshorador de muchachas sencillas, que creyeron en sus palabras viles, sin sospechar que eran víctimas de farsantes.

Josefa con un arranque de amor y respecto para el padre de su hija; dijo con dureza:

—Carmela . . . ¿quá es eso? olvidas que eres la hija, de ese hombre a quién ofendes?. no, eso no está bien hija, tú no debes sensurar la vida de tus padres, como quiera que esta haya sido. Todo el mal que me hizo, ya se lo he perdonado. Dios es el único que debe castigar al culpable. Además, yo tengo un poco de culpa en todo esto, por haber dado oídos a las palabras de un hombre que no pertenecía a nuestra clase, todo lo tengo merecido. Y si tu quieres a tu madre, tienes que respetar el nombre del que es tu padre, y tienes que prometerme que le perdonarás y nunca hablarás mal de él.

—Es que . . . si usted le ha perdonado, después de lo mucho que la hizo sufrir, es usted una santa.

—No hija mía, pero soy cristiana y comprendo que todo es obra del destino fatal. Tú nunca bajas la frente, aunque eres hija del oprobio, pero tu no tienes la culpa de las faltas que tus padres cometieron, sólo a ellos les toca sufrir la vergüenza de sus actos. Quiero que hagas lo posible por olvidar a ese joven que te visita, aunque no tiene la cara de ser malo, pero los hombres tienen cara de angeles y corazón de diablo.

Carmela bajó la cabeza y quedóse pensando que lo que su madre exigía de ella, era bastante difícil.—y dando un fuerte suspiro—pero lo intentaría y talvez conseguiría el

fin que perseguía.

Una mañana Carmela salió del taller, pasó a la acera del frente y dió de manos a boca con Roberto; este al encontrarla le coje las dos manos, y con voz autoritaria preguntó:

—Dime Carmela, ¿porqué esquivas el encontrarme? porqué no quieres estar en tu casa cuando llego? es que ya te cansaste de mí, ya no me quieres o nunca me has querido?

Carmela dolorosamente impresionada balbucea:

—!Oh... Roberto!—y bajando los ojos.—No es eso.

Roberto impaciente, dijo:

—Pues si no es así, ¿porqué te escondes de mí? Dí-melo, sé franca, cualquiera que sea la causa, yo necesito saber que es lo que te aleja de mí, o quién es el que te quiere alejar.

Y así discutiendo por espacio de quince minutos, siguieron allí, hasta que Roberto logró convencerla de que debía subir a su auto, y luego después la condujo a su casa. La madre de la muchacha estaba parada en el umbral de la puerta, cuando vió llegar en el carro de Roberto a su hija. La pobre mujer no pensó nada bueno, y en su desesperación desconfió de su hija por un momento. Roberto contole porqué, Carmela venía con él. La madre quedó satisfecha.

Roberto en su loco afán de felicidad, dispuso un día dar a Carmela una fiesta en su quinta «Las Rosas»; invitó a sus íntimos amigos, y y unas cuantas de Carmela entre ellas Juanita.

Roberto había hecho prometer a sus amigos, que ninguno diría a Carmela que él tenía novia, y mucho menos que estaba comprometido para casarse. El ponía especial cuidado en todo lo que decía, para no tener que mencionar a su prometida y no decir una palabra que pusiera sobre aviso a la muchacha, pues ésta era muy perspicaz y podía descubrir su compromiso. Los amores de Roberto y Carmela no eran un secreto para los amigos de aquel, pero Roberto no quería que se hicieran públicos, y excusaba el reunirse a ella en la calle. Roberto tenía que valerse de precauciones para que la familia Delgado nunca

fuera a suponer siquiera que existían esos amores, pues algún amigo o amiga chismosa fuera con semejante noticia a los familiares de Leonor, se tomaba estas precauciones por evitar un disgusto a su madre y por no meterse en un lío con la familia de su novia. Además su madre no toleraría ni un momento sus amores con Carmela.

Roberto trataría de ir retrasando la boda y cuando Leonor viera que se alargaba mucho el plaso, se cansaría de esperar, y talvez ella misma rompería sus relaciones.

X

HABÍAN transcurrido cuatro meses. Un día recibió Roberto un cable de Silvia, anunciándole su regreso. Roberto contaba los días y las horas que le quedaban libres para gozar del amor de Carmela.

El barco en que regresaban Silvia y Leonor, traía también a varios pasajeros para Centro América, entre ellos, un guapo argentino que hacía las delicias de todos, con su amena charla y sus graciosos bailes. Tan luego como el barco salió del Harre, Carmela y el argentino hicieron buena amistad, la belleza y atracción que Leonor ejerció sobre todos los hombres, y la simpática del bonaerense, les fueron uniendo estrechamente, hasta hacerse inseparables, y de esta intimidad Leonor quedó perdidamente enamorada de su nuevo amigo.

Silvia era muy dada a la literatura, y leía horas enteras sin preocuparse lo más mínimo de lo que a su alrededor sucedía. Tenía mucha confianza en Leonor, y aquella pensaba; que dejándola en entera libertad, no le harían gracia los galanteos de otros muchachos; sino que se dedicaría a Roberto. Silvia trataba de que Leonor gozara cuanto quisiera, y se hiciera simpática a todos, y después se entregaba muy de lleno a sus libros y dejaba que el resto del mundo siguiera según sus deseos.

Para Leonor pasaban las horas con una velocidad asombrosa los días se sucedían unos a otros con rapidez vertiginosa, y ya sentía tener que abandonar el barco en donde dejaba un girón de su alma. Le pesaba como una carga su compromiso con Roberto; pero trataba de ocul-

tar a Silvia la verdad de sus pensamientos, y hacíala creer que se desesperaba por ver a su novio querido.

El argentino cortejó a Leonor como a la muchacha más bonita de las que venían abordo. El era un muchacho que no poseía nada más que su persona; trabajaba como agente viajero de una casa comercial francesa. Este era su primer viaje a Centro América y venía como todo extranjero, con deseos de conocer las costumbres de estos países. Este agradable muchacho era muy dado a las aventuras; con su simpática presencia, sus dotes de gran conquistador y sus bailes, se atraía muchas admiradoras en el sexo femenino. Cortejaba a todas las muchachas bonitas que se colocan a su alcance, y cuando alguna se resistía, le prometía casarse con ella a su regreso del viaje que hacía; pero ese ansiado regreso nunca llegaba, y las bellas prometidas quedaban esperando al novio ausente, que jamás volvían a ver.

Leonor contó al muchacho argentino que ella estaba prometida a un joven de su país, el que era muy rico y distinguido. El bonaerense, que era muy listo, aprovechó esta circunstancia para decir a Leonor que: «Era una verdadera lástima que ella estuviera prometida, porque él estaba dispuesto a casarse con ella. Leonor era muy lista y práctica pero en esta ocasión dió muestras de tener poco sentido común; se tendrá en cuenta que Leonor estaba perdidamente enamorada de su compañero de viaje, y una mujer enamorada no reflexiona, ni piensa nunca con la cabeza, sino con el corazón, y hace sólo lo que este le dicta. El mal de que adolece toda mujer enamorada, es carecer de cordura; pierde la noción del tiempo y de las cosas; no le interesa nada más que aquello que se relaciona con su amor. Y hasta las más inteligentes, atraviesan esta crisis de inconsciencia. Así es que tenéis que perdonarles esa debilidad temporal.

Los días transcurrieron rápidamente y por fin una mañana amaneció el barco anclado en puerto salvadoreño.

Leonor al desembarcar, la primera cara conocida que vió fué la de Roberto; en ese momento ella pensó con dolor en el argentino, pues ante sí tenía al muchacho más desea de todas las mujeres, el más rico y distinguido. Con

la rapidez del rayo razonó de esta manera: «el argentino es muy guapo pero Roberto además de sus dotes personales, con toda seguridad se casará conmigo, y hay que aprovechar esta ocasión; aunque mi amor se quede en el barco, pero el capital de Roberto se encargará de hacermelo olvidar, además en Roberto yo soy la que manda y le puedo exigir el lujo que se debe a una mujer de mi categoría, y con mi argentino varía la cosa, él es quién ordena». Y dispuso ensayar la más seductora de sus sonrisas y la más amorosa de sus miradas para recibir a su prometido, como si estuviera loca por él; interiormente pensaba: que Roberto estaba muy enamorado de ella, y que lo más lógico era demostrarle que le correspondía con el mismo amor: aunque todo era falso pues sólo la ambición la guiaba a casarse con él, era necesario fingir siquiera mientras se efectuaba la boda. Todo era obra de cálculo. Lo que ella deseaba era poder disponer de un capital cuantioso como el que poseía Roberto, y ser la esposa envidiada de aquel guapo y distinguido muchacho. Ya se imaginaba el lujo que se daría cuando fuera la señora de Lara. ¡Oh! como la adularían sus amigas y la envidiarían sus enemigas.

Roberto notó en Leonor un gran cambio; mucha belleza, refinamiento y elegancia. Pero todo este chic y lujo, no le hacían olvidar aquella carita morena de grandes ojos negros que era su única ilusión, ella encerraba para él toda la idealidad poética que pueda crear la fantasía de un hombre enamorado.

Al poner pie en tierra Leonor, se le acercó Roberto y tendiéndole la mano exclamó con cortesía pero sin entusiasmo...

—Qué dicha Leonorcita el tenerla otra vez entre nosotros

Esta esperaba un recibimiento más cariñoso, un abrazo o un beso, pues al fin y al cabo eran prometidos. Pero pensó, que si su novio no era tan expansivo con ella, era debido a que en el muelle había mucha gente de todas clases sociales que la demasiada pulcritud de Roberto le obligaba a no poner de manifiesto sus expansiones en público. Pero no había tal; Roberto ahora no estaba bajo la sugestión con que Leonor le dominaba, bajo aquel in-

flujo magnético con qué logró atraerlo. La mujer muy rara vez se engaña, pero en esta ocasión Leonor se equivocaba por completo; creía que Roberto seguía tan enamorado como cuando lo dejó; sí, realmente estaba bastante enamorado, pero no de ella sino de otra que había sabido atraerlo con amor y no con halagos falsos: aquella impresión de alegría, fugas como un relámpago que Leonor vió en los ojos de Roberto, era debido al placer que le causaba el regreso de su madre y no la presencia de Leonor como torcidamente interpretó ésta.

Ha pasado una semana al cabo de la cual, Leonor se ha dado cuenta del gran cambio que se ha efectuado en Roberto éste ya no es el mismo de antes, es verdad que siempre atiende a su novia pero aquel cariñoso y rendido novio se ha evaporado; el prometido actual es atento, pero con elegante frialdad, solícito pero por mera galantería, o por costumbre, pero no por amor. Leonor comprendió todo esto con mucha claridad, y se hizo esta reflexión: «Roberto no pueda tener otra novia, puesto que está comprometido conmigo puede gustarle alguna, pero aunque así sea, él no puede casarse con otra que no sea yo. Quisiera saber quién es a la que ha cortejado en mi ausencia, para sacarle los ojos, ... pero... para qué? yo no lo amo, él me es indiferente... ¡ah, si no fuera porque tengo tanta necesidad de ser riquísima! no me casaría con él. Pero no hay más remedio, la situación me obliga, la ambición es más poderosa que yo y el imán que despide el oro es tan fuerte que me fascina. A Roberto nunca lo quise, y ahora menos; iré al sacrificio. Bien, no importa, pero venceré».

Roberto en vano trataba de encontrar un medio de enojar a Leonor para romper con ella, sentíase culpable por su ligereza en comprometerse matrimonialmente cuando no estaba seguro del paso que iba dar. Si bien es cierto que Leonor le gustó, pero esto fué un amorío pasajero y él creyó, que no tendría sus consecuencias; además, la amó como aman todos los hombres a un regular número de muchachas bonitas, Leonor no era la dulce prometida, ni la novia ideal con que el soñara tantas veces. Roberto atravesaba una crisis terrible, estaba entre la espa-

da y la pared; por una parte su madre y por la otra Carmela. No sabía como hacer comprender a Silvia que Leonor no era la llamada a hacer su felicidad, porque él amaba a otra. Carmela era una muchacha que por sus nobles sentimientos, su conocimiento de la honradez y su bastante buena educación, podía muy bien haber pertenecido a una familia distinguida. Roberto no sabía de qué medios valerse para resolver la situación. Conocía perfectamente los sentimientos de Carmela, y ésta no le perdonaría nunca el gran dolor que le ocasionaría con su falta de franqueza.

XI

UNA mañana en el taller, dijo confidencialmente Juanita a Carmela con un deje de misterio:

—No me habías contado Carmencita, que tienes un novio tan guapo y sumamente distinguido.

Carmela creyendo que se trata de Antonio, se sonrió y contestó:

—No es mi novio, Toño es mi amigo desde hace más de dos años, y nunca me ha dicho «linda tienes la cara».

—No hijita—dijo Juanita con un deje de protección—que Antonio ni que ocho cuartos, no me refiero a ese, habló de Roberto.

Carmela asustada la mira con insistencia, luego preguntó:

—¿Qué Roberto? yo no conozco a ningún elegante que se llame así, y menos que sea mi novio.

Juanita riendo maliciosamente siguió interrogado:

—Te haces la inocente, crees que no lo conozco?, pues mira que él es una buena tajada. Yo siempre dije; Carmela es un bocado de príncipe, y algún rico será el aprovechado, y no me equivoqué.

—Pero Juanita—exclamó Carmela—de dónde saca usted esas cosas? quién le ha dicho eso?!

—No te apures Carmen que fué un pajarito.

Carmela enojada y muy nerviosa repuso:

—¿Qué pájaro más hablador! cómo no se ocupa de sus asuntos y deja de meterse en la vida ajena, y anda reparando noticias como un anunciador de películas.

Juanita sin preocuparse del tono enojado de Carmela, prosigue:

—Mira, te acuerdas del paseo de campo al que me invitaste y que tu no quisiste decirme que era en tu honor?, pues ya ves que cuando uno quiere todo lo sabe, y yo sin quererlo lo supe. No seas tonta y no pongas esa cara de boda —y confidencialmente—yo te puedo ayudar, cuéntame algo en confianza que te sabré cubrir el secreto, y cuando quieras verte con él, puedes venir a mi casa.

Carmela roja de furia, piensa: ¡Que atrevida la tal Juanita, y yo que la tenía por mi amiga! Y con una mirada que despedía odio dijo:

—Gracias Juanita por su deseo de servirme, pero no tengo necesidad porque cuando tenga novio él irá a mi casa, y yo no tendré que molestar a una extraña para verme con él.

Juanita se vuelve furibunda, porque no esperaba que la mosquitilla mueta como ella solía llamarla, le diera un tapa boca, además Juanita habíase hecho la ilusión de hacer dinero con los amores de Carmela. Y con mirada dura y voz silvante de coraje, barbotó:

—Desagradecida, no mereces que uno te haga un favor. Cuando tu amigo te haya dado la vuelta no encontrarás quién te ayude.

Y dando media vuelta se marchó sin esperar contestación. Mentalmente se decía: «Yo te lo quitaré embustera; la tonta se a creído que es una señorita porque tiene la cara lavada; y se equivoca porque yo soy más hermosa y elegante que ella. Por pretenciosa te irá mal, yo te enseñaré de lo que es capaz Juanita cuando desca algo. Para mí será ese guapo mozo que llevas a la cola cómo un perro faldero».

Carmela enojada porque en el taller se comenta su vida íntima, recordó que a la casa frente a la suya, llegaba Juanita por las noches, y siempre que Roberto salía o llegaba a su casa ella lo veía. Juanita era de las que como dice Ricardo León: —siembran la cizaña y la discordia entre hermanos, parientes y amigos. La malicia, que a manera de vorás incendio, todo lo destruye, lo devora y nada respeta; inventa las mentiras, fabrica las calumnias, y

llevando de aquí para allá los chismes, ded⁴igando el mundo, y es más inexorable que la muerte. Es la mala lengua.

Pasó una semana. Una tarde en ocasión de que Carmela acababa de llegar del taller, se presentó en su casa un mensajero llevando para Carmela una carta. Esta vió la letra del sobre y le llamó la atención pues era una letra desconocida, parecía que habían querido desfigurarla. Por fin rasgó el sobre y sacó un pequeño papel amarillento. Su sorpresa no tuvo límites al enterarse de su contenido, púsose intensamente pálida, luego entregando el papel a su madre le dijo:

—Lea... —y dejándose caer en una silla, se quedó mirando el piso preocupadamente.

Josefa después de leer la carta se volvió a su hija, y con mucha calma se expresó así:

—Estos papeles Carmela, son de alguna amiga envidiosa que tienes, alguien te vió con don Roberto y eso bastó para que se ocuparan de tí. Mientras no te hacía el amor un joven rico y distinguido tú no estabas en el mundo, pero desde que él empezó a venir, todas las vecinas están de amigas tuyas. Te hablan con cariño, pero por detrás te están desollejando. Ahora ya existes, ya eres bonita, pero el día que él deje de venir, 'ah... ese día se burlarán de tí' y son tan malas algunas gentes, que vendrán a dolerse de tu pena y a proponerte busques distracción por otro lado. ¡Ay hija mía...! el mundo es ingrato y la envidia es terrible. Esta enfermedad es tan mala, que no se detiene ante nada, ni nadie. Y no creas que sólo entre la gente pobre como nosotros existe ese vicho malo, no hija mía, hasta en la más elegante sociedad, hasta allí se esconde ese pícaro defecto que hace heridas mortales y duelen más que la misma muerte. Y hasta se ha visto que en la aristocracia desprecien a señoras y señoritas buenas y decentes sólo por la lengua ligera y la envidia de una mala amiga inofensiva que le busca el mal a otra, por tener ese placer. ¡Ah!... En esa sociedad distinguida se esconden tantas cosas, pero la aristocracia, es la aristocracia y cualquier cosa que hagan, no importa; al contrario, se hace más popular la persona que tiene escondido

algún *pero* por ahí. Pues se vé que tiene aptitudes para algo cualquier cosa que este algo sea, y se contentan con decir: Nos estamos civilizando... y la civilización no es más que hipocresía enmascarada. Pero nosotros, pobres gentes desprovistas de cultura y de inteligencia, no comprendemos estas cosas y no tenemos derecho a juzgar sus actos y menos a recriminarlos. Somos el pueblo bajo que no debemos mezclarnos con los de arriba.

Una mañana Laura esperaba ansiosa, la llegada de Carmela, para contarle uno de sus chismes, con que ella sabía amargarle la vida a cuanta muchacha conocía. Como a esas de las ocho llegó Carmela, con el semblante muy placentero, como de costumbre. Laura esperó que Carmela se ocupara de una delicada labor que tenía a su cargo y que requería mucho pulso para no hechar a perder la tela. Laura se le acercó, con el tono más confidencial que pudo encontrar y dando un toque de misterio a su rostro empezó así:

—Carmencita, por ahí dicen que tú tienes un novio muy guapo y rico, es verdad eso?

Carmela al darse cuenta de que sus amores ya no son un secreto, se llenó de coraje pues ya lo sabía Laura el telégrafo del barrio, y eso bastaba para que Roberto y ella auduvieran en boca de toda la gente. Levantó la frente y con un gesto de soberbia preguntó:

—¿Quién te ha dicho semejante manía?

—Anda negra, no te hagas la mojinbrós con tu amiga: ¿no ves que yo sé quién es él y cómo se llama? — Y sin dar tiempo a Carmela para impedirlo, Laura sin poder ya contenerse prorrumpe:

—Es Roberto de Lara.

Carmela pálida de cólera, se torna roja, porque aquella boca de reptil venoso ensucia el nombre respetado de Roberto, a quien ella tanto ama, y es capaz de un sacrificio por ahorrarle un disgusto, o un sufrimiento. Es así que, con mirada imperativa repone vivamente:

—¿Quién te ha autorizado para entrometerte en mis asuntos? yo no conozco a ese señor, ni tengo nada con él, ni con nadie; además ¿quien eres tú, para juzgar mi vida privada? Sólo a mi madre puedo conceder tal derecho.

Laura con risa mordaz contesta:

—Eh... la melindrosa a medio verano, por cortar la rosa se espino la mano.

Carmela en el colmo de su coraje barbotó:

—Laura tú tienes sentimientos muy negros, y como no tienes en que ocupar tu tiempo, lo empleas en ocasionar mal a las personas que te sirven de sombra. Tú y todas las que cómo tú les gusta el chisme, debían de ocuparse en limpiar su negra y nauseabunda conciencia, y no meterse con las personas honradas, que no son cómo Uds. medallas de dos caras.

Juanita, que después de enviar el anónimo a Carmela, espera el resultado de la trama que teje para perjudicar a la pobre muchacha, que ningún mal le ha hecho, dijo interviniendo:

—¡Jesús María! Carmen, qué aluvión de improprios para defenderse la pobre Laura, que no sabe lo que dice

Carmela como si no hubiese oído nada, no contesta. Juanita monta en cólera y dijo unas cuantas palabras al oído de Laura; esta hace aspavientos y sabiendo que no estaba la señorita Rosa en casa, arma una bulla terrible. Por fin Laura guiñando un ojo maliciosamente a sus compañeras dijo a Carmela:

— Carmen, aunque tú no me puedas ver, contaré la bola que anda por ahí, y esto lo hago por lástima, pues te toca muy de cerca.

Carmela sin siquiera levantar la vista contesta:

—No deseo saber nada, retírate y no me quites el tiempo.

—Tonta, es bueno que sepas lo que te voy a decir. Dicen que es la pura verdad, porque la persona que me lo dijo no puede mentir.

Como Carmela evitando hablar con Laura se queda callada, ésta lo toma como una autorización, y dejando filtrar gota a gota todo el veneno de su malicente lengua, en cada una de sus palabras, dijo:

— Por una persona bien informada de los asuntos privados de la aristocracia; he sabido que el muchacho que te hace el amor, esta para casarse con una lindísima damit.

que tú tienes el alto honor de vestir. Se casan tan luego que ya estamos para confeccionar el traje de novia, y tú serás la que bordará el bello vestido que lucirá la feliz y distinguida desposada. Y lo peor del caso es que tu elegantísimo novio no ha tenido valor de confesártelo, o es que Uds. están convenidos en seguir las relaciones?

Carmela haciendo poderosos esfuerzos logra contener la furia que la ahoga y afectando indiferencia exclamó:

—De seguro tú eres amiga íntima de esa señorita? puesto que estás al corriente de sus intimidades.

Laura y Juanita cambian una significativa mirada y Laura se muerde los labios al ver que sus palabras no han causado el efecto deseado en Carmela, y espetó de esta manera:

—Oye Carmen; hoy estamos en los tiempos en que la gente es práctica, y como se dice: «le los tontos comen los vivos». Tu Roberto te ha estado engañando, y es casi seguro que te dijo que se casaría contigo?, pero para que cayeras en el lazo. ¡ay hija! a los elegantes de ahora hay que verlos de lejos y tocarlos con pinzas, o con guantes de Basse-Ball. Despierta, ya estás grandecita, y dale diente por diente a tu novio rico. Dile, que si no te dá una fuerte suma de dinero contante y sonante, oyes he, te irás corriendito a donde la señorita Leonor y le dirás que tu eres la amante de su futuro esposo. para que ella te de dinero y después te armas un escándalo. Ella, para que no se le ahogue la boda, te dará lo que tu le pidas por tu silencio y ya tendrás conque poner una tienda de modas que rivalice con la de señorita Rosa, y a la que yo te diré a servir de valde. ¿Que te parece?

Carmela siente que no puede resistir más, cambia colores, y un riptus de amargura se acentúa en la comisura de sus labios. Hace un poderosísimo esfuerzo sobre humano, con tranquilidad muy lejos de sentir y con voz pausada pero guesa contestó;

—Quita de aquí vicho maligno, reptil asqueroso que emponzoñas todo lo que tocas y dejas tu lava venenosa en la vida tranquila de todas aquellas gentes a que te acercas. Larva destructora, con tu lengua nauceabunda haces sufrir a las gentes sencillas que no tienen valor para defen-

derse de tus crueles calumnias, pero conmigo te equivocas; yo te pondré las peras a cuatro, y te enseñaré a no ofender a las personas honradas que evitan tu putrefacto contacto.

Laura y Juanita se quedaron con un palmo de nariz, pues esperaban una explosión de sollosos por parte de Carmela, y no creían a ésta capaz de una energía semejante. Todas se miran las unas a las otras en espera de que Laura conteste con una de sus acostumbradas insolencias, pero ésta se siente humillada ante Carmela, y para no demostrar su inferioridad, dijo con maligna sonrisa y sarcasmo en las palabras:

—Ya ven muchachas; un bien con un mal se paga; y es que la cabra siempre tira al monte.

Juanita se encoge de hombros y alejándose exclamó:

—Por eso; machete estate en tu vaina,

Carmela dobla el bordado que sus manos se niegan a hacer, lo guarda, y tomando su tapado, se marcha del taller.

Su madre al verla llegar a una hora no acostumbrada le llamó la atención.

Carmela corrió a ella, hechándole los brazos al cuello y deshecha en lágrimas, balbució:

—Madre mía... salvame que me muero... sufro mucho. Tengo el alma herida... sólo tú puedes consolarme, madrecita querida.

La afligida madre no sabe qué hacer; estrechó fuertemente ante sus brazos a su hija adorada. Carmela entre sollosos contó detalladamente la causa de su dolor. Su madre con palabras cariñosas y sanos consejos, logró calmarla un tanto.

Esa noche llegó Roberto a visitar a Carmela, Josefa lo recibió como de costumbre ella le cuenta que su hijo está enferma. Roberto con ansia pídele que la deje ver, la madre de ella coniente.

Roberto penetra en el cuarto de la obrera y le pregunta:

—¿Qué tienes. qué te pasa?.

Carmela al oír esa voz tan conocida, vuelve la cara, abre los ojos y se encuentra con la mirada de Roberto,

al verlo vienen a su imaginación sus terribles sufrimientos, y rápidamente exclamó:

—Váyase Ud. no quiero verlo, . . . que me ha hecho . . . mucho mal. váyase por favor.

Roberto muy extrañado y sin comprender, miró a Carmela, y después a la madre de ésta, y preguntó muy intrigado:

—¿Pero qué es lo que le sucede a Carmela, señora? ¿porqué no quiere verme? ¿qué le he hecho yo?

Carmela dirigiéndose a su madre dijo:

—Llévatelo mamá, no quiero verlo . . . que se vaya donde no lo vea jamás en mi vida.

Roberto desesperado no quería quitarse de la orilla de la cama pero Josefa le dijo algo muy bajito, que logró sacarlo del cuarto, lo llevó a la pieza siguiente, y le contó todo detalladamente. Roberto se apreta fuertemente la frente con ambas manos, como queriendo extraer de su cerebro una idea. Después se marchó; vagó por la ciudad sin saber que hacer, y cerca de la media noche, cansado de caminar sin rumbo fijo, se encaminó a su casa, se dirigió a su cuarto y se dejó caer en un sofá. El día siguiente, muy temprano de la mañana, Roberto salió para «Las Rosas».

Al medio día, Roberto salió directamente para casa de Josefa y le rogó le dejara ver un momento a Carmela. Esta no quería verlo, pero cuando notó el semblante triste de Roberto accedió.

Roberto después de una fuerte lucha consigo mismo, se armó de valor, y empezó a hablar de esta manera:

—Carmela; oye bien lo que te voy a decir, pues si lo hago, es por que posees la cualidad de ser cuerda y reservada. Es cierto que estoy comprometido y que voy a casarme, pero yo no quiero, más bien, yo no amo a mi novia, ni la amaré jamás. Te habrán dicho quién es y como se llama? pues bien, ahórrame el hablarte mucho de su persona . . . Ella es amiga de mi madre desde hace muchos años. mi madre fué quién preparó este matrimonio y dispuso de mí, sin tener mi autorización. Cuando yo regresé de Europa después de quince años de ausencia, me encontré en el muelle al desembarcar, que ya tenía no

via preparada, y sin haber tenido el trabajo de buscarla; y desde ese momento ella se consideró como mi prometida. A mi siempre me han gustado las muchachas bonitas y he cortejado a una infinidad, unas por pasa-tiempo, y otras por que me agradaban, pero ninguna por amor verdadero, y doy gracias a Dios que así haya sido, porque no sé que hubiera hecho, si me hubiese enamorado de una de estas muñecas distinguidas, que cambian de novio como cambiarse de traje, y que raramente le son fiel a uno de los muchos que las cortejan. Para mi no se ha hecho la mujer ligera, porque la mucha que fuera mi novia y me quemara la canilla (como decimos los muchachos), yo sería capaz de cualquier tontería.—Tras unos segundos de silencio, prosiguió Roberto—Lamento el haberte conocido tan tarde... Cuando empecé a hacerte el amor, no creí que llegaría a quererte tanto, que fueras tan necesaria a mi vida. Si yo te dijera que con mi novia soy feliz, te mentiré, pues no es cierto. Por Leonor siento lástima, porque dice que me ama. Si acaso se llegara a efectuar esta boda (espero que no suceda así), no sé los sufrimientos que pasará la pobre, entonces comprenderá que no soy el esposo que ella esperaba encontrar en mi. ¿Te parece poco, estar unida para siempre a un hombre a quien no se ama? se puede concebir sufrimiento igual?, ¡ahí la vida es un martirio insoportable, de sólo pensarlo pierdo la calma. Carmela; tu enfermedad tiene remedio, el tiempo el gran remedio de todos los males, te dará la tranquilidad y el olvido, y te queda la satisfacción de saber que te amo y no te podré olvidar jamás. Pero yo, pobre de mí... que puedo esperar? me quedará el remordimiento de haber contribuido a la desgracia de dos mujeres, a ti a quien amo tanto, y a mi futura esposa, a quien no podré amar, y que estaré condenado a ver todos los días, y estar juntos a toda hora, poner buena cara siempre que estemos en público y hacer creer a todo el mundo que nos amamos y somos felices. ¡Vaya que sarcasmo de la vida! ... esta es la peor farsa, la mentira más cínica, la más cruel y desastrosa borrascosa, la tormenta que se desencadena después del fragor de los rayos y truenos, y destruye la pasajera felicidad, para sumirnos en las tinieblas, o derribarnos en un profundo

foso de donde saldremos para la eternidad.

Y así hablando estuvo Roberto cerca de dos horas, después se dirigió a su quinta.

Silvia al levantarse esa mañana, supo que su hijo había salido. Como se hiciera tarde y no llegara, telefonó a «Las Rosas» y le contestaron que acababa de salir. Silvia esperó en vano toda la tarde, estaba nerviosa por la tardanza de su hijo, además él siempre que comía fuera de casa, avisaba. A las cinco y media llegó Leonor, Silvia queriendo desahogar su apenado corazón, contóle su aflicción:

—No sabe Leonorcita la pena que tengo. Roberto salió esta mañana en auto y todavía no ha regresado, debe andar con amigos, porque el sólo no tardaría tanto. ¡Ah, los amigos! ellos son y serán la causa de que yo viva en constante sosobra, con la vida en un hilo y los santos en la punta de la lengua encomendándoles la vida de Roberto.

Leonor con naturalidad contesta:

—¡Oh! si no es más que eso, no se apene Silvia.—Y cómo ésta se le quedara viendo extrañada, dijo con prontitud para reparar su ligereza:

— Roberto es un muchacho inteligente, quiere mucho a su madre, y no creo que quiera hacerla sufrir. Es muy natural que siempre esté fuera de casa, pues tiene innumerables compromisos sociales, y un hombre de su categoría se debe a la sociedad a que pertenece. Silvia, usted comprenderá que son los últimos días que le quedan de vida de soltero, y claro es, que quiera darse sus escapatorias y gozar libremente con sus amigos; no se apure, que ya cambiará, usted mejor que nadie, debe saber que el hombre que no hace locuras soltero, las hace casado, y siempre es preferible que las haga antes y no después.

—Si Leonorcita —dijo Silvia—, veo que usted es una muchacha cuerda, que piensa con la cabeza, que esta le sirve a usted de mucho, y no es como la mayoría de las mujeres, que tienen la cabeza sólo para llevar el sombrero. A usted no la ciega el amor que llena su corazón, que al fin y al cabo éste, sólo está lleno de romanticismo, y ello no hace la felicidad en el hogar. La felicidad lo forman el amor y las consideraciones mutuas, y la inteligencia de

la esposa. Siempre lo he creído y lo seguiré creyendo; que usted es la única que puede hacer la dicha de mi querido hijo, y espero que luego llegarán ustedes a ver realizados sus sueños de ventura.

Y así la conversación siguió en ese terreno por algunos momentos. Las horas transcurrieron lentas y silenciosas, el péndulo del reloj de Carey incrustado en oro, colocado en un ángulo del salón frente al cual, Silvia descansa en un sillón, con los ojos puestos en la carátula de el instrumento marcador del tiempo, el péndulo que marca con dejadez pasmosa los minutos interminables.

Roberto no quería ver a su madre antes de haber convencido a Carmela. Silvia tan severa para con el honor, que apreciaba su nombre más que la vida, y su palabra favorita era EL HONOR DEL NOMBRE ANTE TODO. ¡Qué diría al imaginarse los pensamientos de su hijo! Esto era por lo que Roberto se hallaba indeciso. No quería disgustar a su madre, pero debía decirle la verdad, no se sentía con fuerzas suficientes para abandonar a Carmela ni consentiría jamás en casarse con Leonor, que desde su regreso sentía que la aborrecía. Su madre era la única que le detenía; por la sociedad no se preocupaba, pues hoy día está tan de moda que los muchachos distinguidos, hijos de las más elegantes familias, y talvez de las más orgullosas; se casen con muchachas de segunda y tercera clase, así es que no sería de extrañar que Roberto lo hiciera también. Al principio no aceptarían a su esposa en sociedad; comentarían el suceso, pero, ¡quién se ocupa de callar a la humanidad, ni de satisfacer sus gustos! ... Y a la vuelta de algunos años, la esposa que la sociedad no quiso aceptar en aquel entonces, ahora la agasaja, la admira y le tributa homenajes que aquella misera muchacha nunca soñara. Por esta parte no había que temer, aun en caso extremo. ¡No era él inmensamente rico para acallar cualquier habladora? no, la parte difícil no estaba ahí. Esa estaba en la voluntad de su madre. ¡Oh, que golpe tan certero!, que duro sería para Silvia, tan orgullosa, que su hijo querido, en quien cifraba todas sus esperanzas, el llamado a enorgullecer más el abolengo de familia con un buen matrimonio; ¡cometiera la más grande locura de unirse

con una obrera. ¡Ah... que fácilmente se puede derrumbar el castillo de nuestras ilusiones!..... Estos eran los pensamientos de Roberto.

Esa misma noche tan rica en aventuras; llegó Roberto a casa de Carmela, élla había tenido toda la tarde para reflexionar bien, respecto a lo que Roberto le dijera esa mañana. En el ingenuo corazón de Carmela se libró la más ruda batalla; después de grandes sufrimientos venció la nobleza de su alma, única en su grandeza.

Cuando Roberto pidió una contestación categórica, Carmela se armó de valor y gran serenidad, se expresó de esta manera:

—Roberto; después de pensarlo bien, comprendo que yo no puedo hacer su felicidad. No, no me diga nada, por favor no me interrumpa. Yo no lo puedo hacer feliz a usted por varios motivos; primero: porque no soy instruida, ni tengo inteligencia suficiente para comprender y apreciar a usted como se merece. Segundo: no comprendiéndole, no llegaríamos a un acuerdo nuestros gustos serían distintos y estaríamos en constante discordia. Tercero: que yo no soy de la misma categoría de usted, nuestro matrimonio sería un escándalo en los círculos sociales, se hablaría mucho, los comentarios serían interminables, y le acarrearía a usted serios disgustos. Y cuarto: que su madre sufriría de un modo cruel; y cuando esté al alcance de su mano el remedio, creo que usted no la dejará padecer.—Tras unos minutos de silencio, Carmela prosigue.—Además, su novia sufriría un chasco terrible, en sociedad le harían burla; la mamá de usted jamás me perdonaría el que yo llegara sólo a robarle a su hijo, se sentiría avergonzada de tenerme por nuera, nunca me admitiría en su casa, pues yo le había hecho a usted desender hasta mí. Usted es un joven inteligente y me comprenderá; ahora nó, pero después llegará usted a agradecerme este sacrificio que hago por usted. Esta es una prueba de amor que le doy, deseo que usted sea feliz, después de algún tiempo usted lo será; tengo la firme creencia, y eso me basta, para que más tarde Ud. y los suyos no tengan que hecharme en cara el haber contribuido yo personalmente, a su desgracia. Yo no quiero hacer este sacrificio en valde,

quiero que me prometa usted que se casará pronto, y cuando... piense usted en mí... sea con cariño, con gratitud, y tener yo la satisfacción de que usted me quiso....

Roberto con la cabeza baja y mesándose los cabellos, de pronto dijo nerviosamente:

—Basta ya....

Su mirada vagaba de un lado a otro, hizo un gesto duro que unió las cejas y atravesó su frente una vena gruesa, con seño adusto oyó todo hasta el fin, después con un ademán brusco alzó la cabeza y mirando a Carmela con ternura, exclamó:

—Pero criatura querida, ¿cómo quieres que acepte semejante sacrificio?, nó, a este precio no quiero la tranquilidad, yo nunca he querido a Leonor, ni la querré, y no amándola no seremos felices jamás. La felicidad para que sea completa debe llegar por sí sola, y no debemos correr tras ella. Es necesario que desistas de tu idea loca de sacrificio. ¿Cómo crees que yo permitiría que tú hicieras semejante locura por Leonor, que ni siquiera te conoce, no te lo agradecería, ni sabría apreciar tu alma generosa y noble?. No Carmela esto es un imposible.... —conociendo una idea. Roberto continuó:

—Bien, consiento en que te sacrifiques porque tu lo quieres, pero debe consistir en una cosa, que es la siguiente: Casate conmigo esa será mi dicha, y tú estarás satisfecha de haberte sacrificado por mí.

Carmela con desaliento murmuró:

—¡Oh, Dios mío! Roberto no me comprende. —Y dirigiéndose a su madre:—Madre mía; explícale lo que deseo, yo no puedo soportar por más tiempo esta situación, y que no sea necesario verme en el caso de decirle lo que... o quiero que sepa.

Roberto con mirada enojada, vuelve la vista de la hija a la madre, y sin darse cuenta exacta de lo que dice, contestó:

—¡Ah, que torpe soy! debí comprenderlo antes, tú nunca me has querido, no me digas que no, porque no te creería, además lo estoy leyendo en tus ojos, tú a quién quieres es al obrero, al mecánico. Sí ahora veo claro.... Bueno que te aproveche, me voy para que seáis felices los

dos, y te felicito por tu franqueza.

Se caló el sombrero hasta los ojos y subiendo a su auto se fué. Carmela sin fuerzas para desmentirlo, deja caer pesadamente la cabeza en las almóadas y se deshace en lágrimas que queman su rostro, que al caer en su boca tienen un sabor amargo. La pobre madre a fuerza de caricias logra tranquilizarla un poco, y abrazadas u- en sus lágrimas en silencio más el cuento quemuchas ` fra- ses`

XII

EL día siguiente, temprano de la mañana. Roberto se dirigió a su casa. Cuando llegó, su madre corrió a recibirlo y abrazándolo cariñosamente lo llevó a su gabinete. Sentóse en un canapé, y atrajo a su hijo hacia sí. Roberto gustoso se dejó acariciar por la mano suave de Silvia que mimosamente le pasaba por el cabello. Ella aprovechando ese momento, dijo a su hijo con tierna solicitud:

—Roberto hijo mío, ¿qué tienes, qué te pasa mi pequeño?, te veo triste, tu semblante revela un sufrimiento; ¡no soy yo tu madre querida, tu amiga íntima, tu confidente, por qué no decirme lo que te aqueja! Yo sabré ayudarte en algún apuro que tengas, y si es una pena seria hallaré consuelo para tu aflicción.

—Bien mamá; confiado en tu generosidad y tu bondadoso corazón te diré, que sufro mucho, más de lo que tú puedas imaginar. Siento en el alma haber esperado llegar a este estado, pero no quería darte un disgusto, además; yo he vivido en sueños, ahora en mi interior ha despertado, ese ALGO que todos tenemos dentro del cuerpo, ese segundo YO que todos los hombres poseemos, me ha reanimado. Ese poder que reside dentro de nuestra alma, y que nos guía, empieza a sentir en mí y me ha demostrado que he vivido la primera parte de mi vida sin darme cuenta. Comprendo que he sido débil, pero... una bondadosa y angelical criatura me enseñó el camino que conduce al sacrificio, sacrificándose ella, para darte la tran-

quilidad a tí.

Silvia admirada del giro que toma esta confianza, exclamó:

—Querido Roberto, explícate con más claridad, porque de lo contrario no comprenderé a dónde quieres ir a parar.

Roberto después de un segundo, empezó así:

—A eso voy mamá. Tu gran amor hacia mi te hizo concebir la idea de burcarme una novia, que con el tiempo tu misma llegaste a elevarla al grado de prometida, y que más tarde la harás mi esposa. Tu no te has tomado el trabajo de averiguar si me gustaría la novia que me proporcionaste, tu no sabías si yo tendría otros gustos o ideales.—tras un momento de silencio prosigue.—Por Leonor yo he tenido muchas consideraciones y cariño, pero no amor. Talvez un amor pasajero, un capricho, o un simple pasa-tiempo, pero ahora comprendo que no puedo amarla como a una novia y mucho menos como a una esposa . . . Yo creo madre mía, que para que un matrimonio sea feliz y viva tranquilo, ambos esposos deben amarse mutuamente, porque yo no concibo el matrimonio sin amor, ni confianza mutua. Tú mejor que nadie, debes comprenderme bien, y ver que tengo mucha razón al hablar de esta manera. Te hago ver todo esto para que no me hagas objeciones al decirte que **NO QUIERO CASARME**. . . . ,pero si tu persistes en tu idea de casarme con Leonor, pues por darte gusto lo haré, pero fíjate bien; **POR AHORA NO**. . . . Deja que se mitigue el dolor que sufre mi alma, pues yo amo a otra mujer y no a Leonor como equivocadamente has creído. Amo a una buena y dulce muchacha a una joven sencilla y humilde, que no tiene la cabeza llena de humos, y que sabe amar, con el amor que un hombre sensato aprecia, ese amor elevado y dispuesto al sacrificio, ese es el amor que honra y merece ser correspondido; no un amor simulado o lleno de ambición, como los amores de hoy día. ¡Lástima que esa alma elevada y ese gran corazón pertenezca a una persona tan humilde!

Silvia al oír todo esto, queda anonadada, como si hubiera recibido un fuerte golpe en la médula de los huesos; con la cabeza baja y la vista perdida en los mil arabescos de

la alfombra escucha sin comprender, hasta la última palabra de su hijo. Después de reflexionar un momento, preguntó con suavidad, como una queja:

—Pero... es que tú nunca amaste a Leonorcita, hijo mío!. Sí tu no amabas a Leonorcita porqué te comprometiste con ella?, porqué no me lo hicisteis ver antes, porqué no hablaste en aquel entonces como lo estás haciendo ahora?... en aquel tiempo hubiera habido un remedio, ahora ya no Roberto.—Dijo Silvia moviendo negativamente la cabeza.—Todo está listo para la boda, además, es excesivamente tarde para retroceder. Tú eres un hombre de criterio y debes considerar que en lo hecho no hay remedio, tú la presentaste ante el público como tu prometida, y ya ves... las apariencias te condenan.

Roberto sufrió la decepción más grande de su vida; inclinó la cabeza, un rictus de amargura contrajo su fina boca y apretó los puños en señal de impaciencia y desaliento. Comprendió que su madre quería más a Leonor que a él, su hijo. Reconoció que no la haría desistir de su empeño en casarlo con Leonor, y no había medio de hacer la variar de idea. Roberto sufrió una desilusión más, reconociendo que su madre no lo amaba como una madre ama a sus hijos, que son un pedazo de su alma, y más cuando este hijo es único. ¡Oh... que terrible realidad! que desilusión para un muchacho como Roberto que sentía mucho amor, respeto y estimación por su madre!. Desde el momento que vio que su madre se ocupaba demasiado de Leonor, fué acortando la confianza que en ella había depositado. Este fué el primer dolor fuerte que sufrió el corazón sensible y amoroso de Roberto.

A las diez de esa misma mañana llegó Leonor para averiguar algo acerca de Roberto.

Silvia estaba en el baño cuando Leonor llegó, y ésta para entretener el tiempo, cogió distraidamente los periódicos del día, que estaban sobre la mesa. Los desdobló y al azar leyó las noticias de Costa Rica. ¡Oh... pero cual no sería su sorpresa! al leer que el guapo argentino, su romántico amor de abordo habíase casado con una heredera de un cuantioso capital. Leonor se hizo estos comentarios; «El muy ingrato me prometió que vendría dentro

de tres meses a casarse conmigo. ¡Ah, los hombres! quien les creyera todos son falsos y embusteros; ingratos y traidores; si los queremos nos desprecian, si somos indiferentes no nos quieren. ¡Para qué existe esta mala raza!... y lo peor de todo, es que no nos podemos pasar sin ellos, ¡oh, que cobardía y miseria la de este faláz y detestable mundo que cobija en su seno sólo el oprobio, la miseria en todos sus conceptos, la mentira y el lucro, ¡ay que asco de humanidad!... valía más no amar nunca, no conocer el amor jamás, y dejarse llevar por una corriente que nos trasladara a un verdadero paraíso, y pasar los años en una insensibilidad rayana en el olvido de sí mismos. ¡Que triste realidad, que desencanto, que amargo despertar, es mentira que entre esta oscura humanidad hayan gentes bondadosas y grandes de alma, que sufren y se sacrifican en loor nuestro. Todo es vana ilusión. ¿Qué es la vida? una quimera, una ilusión prosaica, un amargo desengaño, un mar enfurecido que nos arrebató lo que más amamos; la derrota prematura de un alma sedienta de luz, de amor, de abnegación, y viene de pronto un formidable oleaje que arraza con nuestras esperanzas, y el alma se esfuma, y con ella la felicidad dejándonos un cuerpo inerte.—Y con la rapidez del rayo una luz vivísima iluminó su entendimiento. Leonor comprendió que su última esperanza se le había esfumado que sólo la última carta la desisiba le faltaba que jugar, y su única salida, estaba en seguir adelante en su empresa. Después de meditar un momento, Leonor compuso su semblante debidamente para esperar a Silvia. Cuando ésta apareció Leonor con el rostro compungido y con voz triste como un quejido pidió noticias de Roberto, Leonor estaba nerviosa y distraída contestaba con monosilabas a lo que Silvia le decía ésta achacaba la nerviosidad de Leonor al comportamiento de Roberto, pero en realidad no había tal, Lo que a Leonor tenía fuera de sí; era la noticia del matrimonio de su ex novio argentino.

.....

Quando Roberto llegaba a casa de Carmela, la madre de esta, pretextando una orden del médico, no dejaba que Roberto viera y hablara con su hija.

Transcurrieron unos cuantos días. Una mañana Carmela después de derramar muchas lágrimas y hacer poderoso esfuerzo sobre sí misma y con su gran sangre fría que a caracterizaba, se dispuso a poner manos a la obra redentora que su potente imaginación había creado.

Después de una larga conversación con su madre, se dirigió a casa de Leonor Delgado. Esta no conocía a Carmela, y por lo tanto nunca se imaginó que una pobre obrera fuera tan bella y tuviera un alma noble y generosa.

Leonor estaba para salir, cuando le avisaron que una joven del taller «Montmartre» deseaba hablarle. Leonor creyendo que sería para probarle un traje, dio orden de que la introdujeran a su habitación. Al penetrar Carmela a la iluminada salita, la luz dió de lleno en su semblante, Leonor quedó gratamente sorprendida de la espléndida belleza de los profundos ojos negros y la perfección de aquel rostro. Por la imaginación de Leonor jamás pasó la menor idea de que entre la clase baja hubiera tanta perfección y belleza en el semblante de una joven.

Carmela después de aceptar la silla que Leonor le ofreció, dirigió una tímida mirada a ésta, y con voz un poco temblorosa dijo:

Señorita Leonor: me he tomado la libertad de venir a su casa para decirle algo que supongo no sabrá usted. Además quiero que usted me considere como una muchacha honrada, aun cuando no me vuelva a ver más.

Leonor al oír este preámbulo, se sintió molesta y tuvo intenciones de despedir a la obrera, suponiendo que se trataría de chismes parecidos a los de su amiga María Luisa, pero la curiosidad estaba desarrollada en alto grado en el ánimo de Leonor, y este defecto pudo más que todos sus escrúpulos. Con una seria mirada sondeó el alma de Carmela. Y dirigiéndose a ella, repuso:

—Tenga la bondad de explicarse, que estoy dispuesta a oírla.

—Gracias señorita; me explicarse en pocas palabras.

—Sí, le ruego que sea breve. —Y tomando una silla se sentó, teniendo cuidado de componer los pliegues de su traje, y acercando a su nariz un fino pañuelo, se recreó en su perfume, dando a toda su persona un deje de indiferencia.

Carmela con voz suave y reposada, aparentando una gran tranquilidad muy lejos de sentir, empesó de la manera siguiente:

— Sé que usted es la prometida de don Roberto de Lara, usted no debe ignorar que su novio cortejaba con mucha asiduidad a una muchacha que trabaja en «Montmartre» y se llama Carmela. El señor de Lara amó a la obrera con un amor noble y generoso como todo lo que de él emana, la pobre muchacha le correspondió con igual amor, pero muy desinteresadamente. El hizo pesar por un joven de familia honrada pero pobre, la casualidad que siempre interviene en todo, o el destino; hizo conocer a Carmela la verdadera categoría a la que él pertenecía; ella sufrió horriblemente por el engaño de que fué sido víctima; dedujo que el señor de Lara era terreno vedado para ella, pues los separaba una gran diferencia y enorme distancia. Ella le hizo ver la falta que había cometido al engañarla con su falsa personalidad, y la dejara seguir su camino que el destino le deparara. Don Roberto no quiso atender ningún razonamiento, y ofreció a Carmela hacerla su esposa. La muchacha reconoció que él arruinaba su porvenir y su nombre; además ella supo que Roberto estaba para casarse y no queriendo hechar a perder su felicidad le despidió. Para obligarle a alejarse definitivamente ella hará un sacrificio en honor de el que tanto ama.—Aquí la voz de Carmela se le ahogó en la garganta, dos lágrimas temblaban en sus sedosas pestañas, y haciendo un supremo esfuerzo susurró suavemente:

— El sacrificio se consumará mañana a primera hora en la iglesia del Calvario.

De su garganta se escapó un doloroso solloso y dos lágrimas como gotas de rocío corrieron por sus pálidas mejillas, después muy quedamente dijo:

— Ahora que usted lo sabe todo, creo que me perdonará el que yo inconscientemente le halla roto el amor de su novio; yo soy Carmela... Lo único que le pido por favor, es que lo haga feliz... él es digno de una mujer noble, generosa y amante como usted, y estoy segura de que usted lo hará dichoso. El es amable y generoso con la

clase pobre, sabe apreciar a la gente honrada, y favorece a todo el que tiene necesidad. Tiene el alma noble.

Es uno de los pocos de la aristocracia que no conoce el orgullo, y no nos hace comprender que nuestra presencia es repugnante y les causamos desprecio.

Leonor escondió la cabeza entre sus manos y un temblor nervioso sacudió todo su cuerpo. No había interrumpido ni una sola vez a la pobre muchacha que con el corazón despedazado venía a devolverle su novio, entregada a sus reflexiones, no se recordaba que la obrera estaba allí presente, y que una palabra de consuelo que ella le hubiera dirigido, habría bastado para dar la tranquilidad al atormentado corazón de Carmela. Esta se le quedó viendo por un momento, levantó la cabeza con desaliento, y luego con paso rápido abandonó la habitación y después la casa donde había enterrado su alma y su dicha.

Al salir a la calle, el aire fresco asotó el rostro de Carmela volviéndola a la realidad, se sintió con el corazón liviano, como que un enorme peso se había quitado de encima, su generosa acción le había confortado el alma, y con un suspiro de satisfacción se encaminó a su casa.

Después de un momento de reflexión, Leonor se dió cuenta de que aquella pobre muchacha debía sufrir de un modo terrible, que amaba con toda su alma a Roberto, y que se hacía desgraciada por hacer la felioidad de otra a quien aquella no conocía más que de nombre; este era un verdadero sacrificio; que Leonor misma no se sentía con fuerzas suficientes para hacer uno igual. Y se dijo: «Esto es NOBLEZA DE ALMA». Y separando las manos de su rostro, iba a dar las gracias a Carmela por su abnegación, más, su sorpresa no tuvo límites al encontrarse con que Carmela había desaparecido. Leonor corrió al corredor y ya no la vió, volvió a su cuarto y se asomó al balcón, exploró la calle con la vista y no vió nada.

Ocho días después de los acontecimientos recientes, Roberto regresaba a su casa con la más firme resolución de no casarse con Carmela por lo pronto, hasta haber conseguido de su madre que ésta le diera su consentimiento.

Tan luego llegó a la ciudad, se entrevistó con un ami-

go íntimo que lo puso al corriente de lo sucedido y entregándole una carta díjole:

—El Jueves por la mañana sucedió un acontecimiento de trascendental interés para tí. Esa misma mañana Carmela vino a mi casa a dejarme esta carta.

Roberto rasgó rápidamente el sobre, leyó y releyó varias veces la carta, sin dar crédito a lo que sus ojos veían, y sin comprender el verdadero sentido de las palabras. Por fin, cansado de tener ante su vista aquel papel que le quemaba, lo estrujó entre sus manos con furor, se mordió los labios hasta hacerse sangre y un relámpago de odio pasó por su mirada. Después pasándose la mano por la frente, exclamó lentamente; pisoteando el papel que yacía extrujado en el piso:

—!Así es la vida!. Que peguera la mía; qué vergüenza! una modistilla jugó conmigo como el Gato juega con el Ratón antes de devorarlo. Ella, una muchacha salida de la nada enseñarse la diferencia que nos separa!. !Qué sarcasmo!. parece mentira, lo veo y no le puedo creer.

!Qué vayan al diablo las mujeres!. Una más... !qué más dá?. Mentira, mentira, cual es tu nombre: MUJER.

Esa noche Roberto la pasó de rumba en compañía de sus inseparables Luis Conde Moneda-falsa y Angel.

A la mañana siguiente Roberto avisó a su madre que tenía viaje dispuesto para Guatemala en donde pensaba permanecer por espacio de un mes. Silvia no se opuso, pues aunque tarde había conocido el carácter de su hijo, que era de aquellos que no se dejan dominar, pero si se les sabe llevar, se puede conseguir de ellos todo lo que se desea. Pero para esto se necesita un poco de inteligencia y bastante pulso. Toda madre de familia está en el deber de sondear al alma de sus hijos, para no labrar su desgracia en vez de hacer su felicidad.

—EPILOGO—

Silvia tenía la firme convicción de que al regresar su hijo, de su viaje a Guatemala, se casaría con Leonor, pues el obstáculo que antes se interpusiera ahora había desaparecido. Así es que esperó con calma, y dijo a Leonor hiciera sus preparativos para después del regreso de Roberto. Silvia creyó que Carolina sería una buena aliada y le escribió para que se uniera a su causa, pues ésta hacía más de un mes que se encontraba en la Antigua Guatemala.

.....
Tres meses después de estar Roberto en la Antigua Guatemala, un día en ocasión de que Silvia se sentaba a la mesa en compañía en Leonor; recibió un telegrama de su hijo, concebido en los términos siguiente:

—«Esta mañana me casé con Carolina. Mañana saldremos para Europa en viaje de bodas, y dentro de seis meses regresaremos a esa a recibir tu bendición.

Te besa tu hijo.
Roberto».

Aquí terminó la ambición y el orgullo de Leonor, de poseer un cuantioso capital, que era la obsesión de su vida. No hay cosa que Dios castigue más durante, que:
LA AMBICION, EL ORGULLO Y LA VANIDAD.

—FIN—

F E D E R R A T A S

PAGINA	LINEA	DEBE DECIR	DICE
12	33	pensaba	pensando
13	39	una	uua
14	19	cuando	ou ando
15	40	es un	es
16	3	parte difícil	parte del
16	19	facciones	acciones
16	25	Las Rosas	Las Roas
16	30	bolsillo,	bolsllo,
18	25	un su	un
20	39	le	Ud.
20	24	yo,	yo misma,
19	38	atrayéndola	atrayendosela
21	24	estudios de	estudiar
23	16	América	Amrica
38	21	llegando	llegaron
39	21	sonnolientos	soñolientos
39	35	Radio	radio
39	40	natación	cemento
47	1	Es el 2	En el 2
52	32	-----	pero
54	17	puede	para
55	27	el ser	no ser
57	37	la volubilidad	volubilidad
58	29	cambiar de	cambiar
59	4	no hacerla	no hacer
59	31	trató de	trató
59	35	despreocupación	desprocupación
60	18	-----	pues
61	4	retroceder	retrodecer
62	34	dice con	con
83	23	acercarse	acecarse
85	9	no	que no una
91	40	atrevido	aterenido
91	38	adorante	adortare
110	7	loba	boda

PAGINA	LINEA	DEBE DECIR	DICE
111	1	denigrando	dedigrando
113	36	maledicente	maldicente
115	15	exclamó	clamó
116	40	me encontré	e enconté
122	8	unen	uen
127	4	que la	que a
128	15	sido
128	20	deparaba	deparara
129	3	...	



INDICE

CONTENIDO

Cap.	PAG.
I	5
II	23
III	33
IV	47
V	56
VI	67
VII	73
VIII	87
IX	96
X	103
XI	109
XII	123

